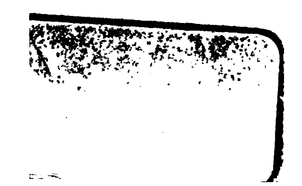

ET
VE RI
TAS
CHRISTO
ECCLESIAE



41

GALERÍA DE TIPOS.

amis

OBRAS DRAMATICAS

DE

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

El 11 de Diciembre, en un acto y en verso.
El 1.º de Enero, id., id.
Quien piensa mal...., id., id.
La cuerda sensible, id., id.
La más preciada riqueza, id., id.
Llevar la corriente, id., id.
Un defecto, id., id.
D.ª Concordia, id., id.
Receta contra el suicidio, id., id.
Se desea un caballero, id., id.
Vicente Péris, (*Drama histórico*).
En el pincel y en la espada, (Poema dramático).
Ingratitudes de un rey..., (Monólogo histórico).
Entre amigos, juguete cómico.

OBRAS NO DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR:

El Esclavo Blanco (poema). un tomo, 4 rs.
Una página de la guerra. un tomo, 6 rs.
Galería de tipos, (Retratos y cuadros de costumbres). un tomo, 10 rs.

EN PREPARACION.

La comedia humana, (Coleccion de cuentos, n... las y poemas). un t...
Aromas y colores, (poesías). un t...

GALERÍA DE TIPOS,

RETRATOS Y CUADROS DE COSTUMBRES,

TRAZADOS POR

FRANCISCO FLORES GARCÍA,

CON UN PRÓLOGO DEL

EXCMO. SR. D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

(De la Academia Española.)

MADRID.—1879.
LIBRERÍA DE JUAN RODRIGUEZ,
Calle del Olivo, núms. 6 *y* 8.

Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.

PRÓLOGO.

I.

Debo á la benevolencia con que me distingue el Sr. D. Francisco Flores García (y en modo alguno á merecimientos que me autoricen para tanto) la alta honra de apadrinar este primorosísimo libro el dia de su solemne aparicion en el mundo.—Reiteradas veces he tratado de disuadir al autor del empeño que en ello tenia y tiene, ora manifestándole que su *Galería de tipos* no [illegible] menester de recomendacion ajena para [illegible] muy bien recibida del público (pues [illegible] las primeras páginas se recomien-

da por sí misma), ora haciéndole ver que, de requerir padrino, debia procurar que lo fuese quien no anduviera tambien necesitado, como á mí me acontece, de mentores y panegiristas.—Pero el Sr. Flores García ha insistido en su inexplicable, obsequiosa solicitud, y yo he cometido la debilidad de acceder en fin á ella, bien que arbitrándome préviamente un recurso maravilloso para salir del apuro con gran facilidad y seguro éxito, ó sea sin exponer al lector á perder un tiempo precioso escuchando insustanciales discursos mios antes de ponerse *al habla* con el ameno y discretísimo autor de esta obra.

El tal recurso ha consistido en pedir al mismo Sr. Flores García, y lograr de él, casi á viva fuerza, algunos apuntes referentes á su vida particular, política y literaria, cuya interesante historia preveia yo que habria de ser el mejor testimonio de su gran talento y la más eficaz recomendacion q pudiera hacerse de su nuevo libro.—Dı ño hoy de tan curiosos datos, no vacilo

publicarlos á continuacion, tal y como han salido de la pluma de mi amigo, seguro de que la naturalidad y desaliño de su ingénua confesion (que él imaginaba permaneceria secreta) han de conmover profundamente al público, haciéndole admirar el genio innato y la fuerza de voluntad de este héroe del trabajo (así merece llamarse) que, desde la condicion de obrero mecánico, en que se hallaba cuando ya era hombre hecho y derecho, ha sabido transformarse por sí solo en escritor, en político, en filósofo, en literato.

Ruégole, pues, y hasta le mando (ya que tan deferente es conmigo), que consienta la publicacion de sus apuntes como parte integrante y principal de mi Prólogo, sin permitirse enmendarlos ni suprimir cosa alguna, dado que á él no le toca apreciar cuánto vale y cuánto le honra esa expontánea y sincera autobiografía,...—á continuacion la cual apenas tendré yo que añadir cuarenglones de mi cosecha, por via de induccion á su admirable *Galería de tipos*.

Conque oigamos al Sr. Flores García.

II.

«Nací en Málaga el 30 de Junio de 1845.

»A la edad de nueve años, sabiendo apenas leer y escribir, entré á trabajar en la Ferrería del *Angel*, donde trabajaban todos mis hermanos y habia trabajado mi padre, que ya estaba imposibilitado, víctima de una enfermedad que le quitó la vida cuatro años más tarde.

»A los diez y seis de mi edad era yo oficial de herrero-mecánico, habiendo saltado el escalon de ayudante que media entre aprendiz y oficial.

»Dos años más tarde ocupaba uno de los principales puestos en la gran Ferrería de Heredia (que es de las primeras de Europa.)

»El año 64, cuando tenia diez y nueve años, pasé á Francia y trabajé siete meses en la *Fundicion inglesa* de Burdeos.

»La impresion que este viaje me produjo y la aficion á la lectura que observé en mis compañeros de taller, hicieron que yo tambien me aficionase á los libros y periódicos; pero habia olvidado casi por completo lo que aprendí en mis primeros años.

»La noticia de que mi madre se hallaba enferma de gravedad, me restituyó inmediatamente á Málaga, volviendo á ingresar en la Ferrería de Heredia.

»Desde mi vuelta de Francia habia cobrado mucha aficion á los libros y leia con fruicion las pocas horas que me dejaba libre un trabajo tanto más penoso cuanto que casi siempre era á destajo y con su producto tenia que atender á la subsistencia de mi madre, una hermana mia, viuda, y dos niñas de ésta.

»Formé parte de algunas sociedades literarias y de declamacion, sin atreverme nunca á tomar parte en sus trabajos, aunque ya borrajeaba alguna cosa.

»El año 67 publiqué mi primera composicion en verso en *El Diario Mercantil* de Málaga y la benevolencia con que me trató la prensa local me animó á publicar en el mismo y en otros periódicos diversas composiciones cuyo verdadero valor ignoraba.

»A principios del año 68 escribí una pieza, en verso, titulada *Saber amar*, que se estrenó con éxito en el teatro Principal.

»La revolucion de Setiembre del mismo año [cam]bió por completo mi modo de ser. Entre [aqu]ellas grandes masas de trabajadores compa[ñer]os mios tenia una popularidad de que yo mis-

mo me asustaba, y no habia comision, sociedad, ó club político para cuya junta no fuese yo elegido, algunas veces en primer lugar.

»En la primera eleccion de ayuntamientos por sufragio universal, un distrito en masa (el del Cármen) me votó expontáneamente para el cargo de concejal. No me consideré con aptitud para este cargo y renuncié; mas como me hicieran entender que el cargo era obligatorio y me apremiaran con cuatro comunicaciones casi seguidas, hice triunfar mi propósito con la excusa legal de no tener la edad que exige la ley para el desempeño de dicho cargo.

»Por aquella época fundé y redacté un periódico que se tituló *El nuevo dia*. Defendí en mi periódico las ideas democráticas y escribí una comedia patriótica, *El* 11 *de Diciembre*, conmemorativa del fusilamiento de Torrijos y 48 compañeros mártires de la libertad, en 1831. Esta comedia tuvo un éxito extraordinario en el teatro Principal.

»A todo esto continuaba trabajando en mi oficio, aunque algo falto de salud.

»El 1.º de Enero de 1869, como oficial que era de la milicia nacional, tomé parte en la sangrienta lucha que tuvo lugar entre estas fuerzas y tropas del general Caballero de Rodas por negase la milicia á ser desarmada.

»Ocho dias despues escribí en pocas horas un drama titulado *El 1.º de Enero*, que se há representado y todavía se representa con éxito en muchas capitales de España.

»Muerta mi santa madre, y encontrándome yo sin fuerzas físicas para seguir en mi oficio, á causa de haber comenzado á trabajar mucho ántes de lo que debiera en una profesion tan ruda, fatigado y amargado tambien por ésta terrible pena y por la lucha política que habia sostenido, resolví, por consejo de muchas personas (entre ellas el ex-ministro D. Eduardo Palanca, mi amigo) establecerme en Madrid y seguir la carrera de periodista y literato.

»El 9 de Marzo de 1869 entraba yo por la puerta de Atocha con un saco de noche, un paraguas, un legajo de manuscritos y sesenta y siete reales en el bolsillo, que constituian todo mi equipaje y mi fortuna. Además traia tres cartas de recomendacion, de Palanca, para Castelar, Pí Margall y Fernando Garrido, respectivamente.

»Castelar se escusó cortesmente: Pí me dijo que me protegería en cuanto pudiera (y creo que lo hubiera hecho á ser preciso) y Fernando Garrido me abrió su casa, me instaló en ella y me puso á ...ibir fajas para remitir á provincias las pri...as entregas de la *Historia de las clases obre-*...ue por entónces publicaba.

»Más tarde colaboré en el Boletin que servia de cubierta á dichas entregas, y, por influencia del mismo Garrido, colaboré, firmando lo que escribia, en *La Igualdad* y en *La Federacion Española.*

»A mediados de 1870 publiqué un poema titulado *El Esclavo Blanco.* Casi toda la prensa de Madrid y provincias insertó grandes elogios de este libro y se vendió la edicion.

»A fines del mismo año escribí en el célebre periódico *El Combate,* tan amenazado de la no menos *célebre partida de la porra.*

»Al publicar este periódico su último número el 25 de Diciembre de 1870, salía yo para Málaga con una mision política de bastante importancia, del *Directorio Republicano.*

»A las pocas horas de mi llegada á Málaga llegó tambien un telégrama para el gobernador diciéndole que me prendiera. Por este telégrama y por varios procesos que en Madrid me seguian por artículos penables que habia escrito y firmado, permanecí oculto en dicha capital hasta la amnistía que dió el rey Amadeo para delincuentes políticos, en cuya fecha volví á Madrid.

»Colaboré algun tiempo en *La Ilustracion Republicana,* en *La Federacion Española* y en *La Igualdad;* fuí redactor de *El Jurado,* y poco despue de *La Discusion.*

»En este último periódico publiqué muchas *variedades literarias* y *críticas teatrales.*

»Al proclamarse la República el 11 de Febrero de 1873 fuí secretario del Gobierno Civil de Ciudad-Real y poco despues Gobernador interino de la misma provincia, hasta que el ministerio Salmeron me ofreció un cargo en Gracia y Justicia, con cuyo motivo regresé á Madrid, no llegando á tomar posesion de dicho cargo por razones que deseo olvidar y no son para dichas.

»El golpe de Estado del 3 de Enero de 1874 me llevó otra vez á la redaccion de *La Discusion.* Al advenimiento de Don Alfonso, fué este periódico suprimido.

»Poco despues escribí una comedia titulada *Escuela de amor* que se representó con buen éxito en el teatro Eslava, y fuí corresponsal de varios periódicos de provincias.

»A principios del año 1876 entré á formar parte de la redaccion del periódico *El Pueblo Español,* encargándome poco despues de la direccion de dicho diario.

»El año 1877, sin dejar la direccion del *Pueblo,* fundé con mi amigo D. Francisco del Pino, *La Enciclopedia* (Biblioteca latino-americana), de ~~a direccion literaria me encargué.

~~n esta Biblioteca coloboraron los escritores eminentes de España, y se publicaron 2 tom.

»En Junio del mismo año hice un viaje á París y tuve ocasion de conocer personalmente á los hombres más notables de aquella República, en política y en letras.

»Tanto á la ida como á la vuelta me molestó la policía española en la frontera, registrando mi equipaje y mi persona, y deteniéndome, aunque brevemente, por creer el Gobierno, segun averigüé más tarde, que mi viaje era político y que yo era portador de *importantes documentos* para los emigrados republicanos, que entónces residian y residen aun en París.

»A fines del año 77 pasó á otra empresa la propiedad del *Pueblo Español*, separándome yo de su redaccion pocos dias antes.—Desde esta fecha me dediqué á escribir para el teatro, siendo campo de mis operaciones el Teatro Martin, habiendo estrenado hasta la fecha, en dicho coliseo, diez obras, entre dramas y comedias, todas con éxito, y cuyos títulos son: *La crueldad de la fortuna*, *La más preciada riqueza*, *Vicente Péris*, *Se desea un caballero*, *Receta contra el suicidio*, *La cuerda sensible* y otras.

»Además he estrenado en *Apolo*, con buen éxito, una comedia titulada *Llevar la corriente*, y otra en el Teatro de la Comedia, titulada *Entre amigos*, tambien con éxito satisfactorio.

»Desde el año 74 hasta la fecha he colaborado mucho en Revistas literarias, Almanaques, etc.»

III.

Explicado auténticamente, y por tan expresiva manera, quién es el autor de la *Galería de tipos*, hablemos ahora algo de esta obra, aunque no sea más que para rendirle, por mi parte, el debido tributo de admiracion, ya que me ha tocado en suerte la dicha de presentárosla.

En mi concepto, los artículos de costumbres que vais á leer pertenecen al género de los muy célebres que escribieron hacen muchos años el insigne Mesonero Romanos (ó sea *El curioso parlante*) y aquel otro Flores, su discípulo ó continuador, que se despidió del mundo con el sabrosísimo libro *Ayer, Hoy y Mañana*.

La única diferencia esencial consiste en *El Curioso Parlante* y D. Antonio Flo- hablaban como indígenas de la misma dad que estudiaban y describian, y

hasta como personajes de la propia comedia madrileña en que figuraban muchos de sus *tipos*, mientras que el Sr. Flores García habla con la terrible estrañeza y aun más terrible sinceridad de un *forastero en la Córte*, ó de un *recien llegado á la sociedad* que analiza.—Y es que aquellos escritores habian nacido ó se habian criado entre las personas y las cosas que luégo retrataron, y el Sr. Flores García viene de su taller, de su fábrica, de su club, de su mundo de ideas ó de utópias, á examinar los fenómenos sociales, como el navegante que salta á tierra en regiones inexploradas, ó como el naturalista que observa la ignorada vida de unos seres recien descubiertos por el microscopio.—Sirvan de comprobacion á esto que digo los artículos titulados: *Los vividores de café, los Intrusos, los Maldicientes* y otros semejantes, que, más que filiaciones de vulgares sujetos, parecen *fees de livores* extendidas, ante los muertos y heridos de nuestra lucha social, por un escribano de otro planeta.

En ocasiones, acontece lo contrario, y el Sr. Flores García, en lugar de poner de relieve casos y tipos á que nosotros no hubiéramos sabido dar su verdadero valor, por estar familiarizados con ellos, nos cuenta cosas extrañas y peregrinas (que se ignoran comunmente en los círculos madrileños) acerca de las penumbras sociales ó de los antros políticos de donde él viene.—Entónces es formidable, en medio de su tranquilidad y de su inocencia, no sólo para las clases acomodadas y dichosas á quienes revela las desventuras y los peligros de que está rodeada la brillante civilizacion actual, sino para los mismos infelices á quienes retrata con perdurable amor y cruel exactitud; pues hay que advertir que este singularísimo revolucionario escribe sin pasion ni parcialidad, con absoluta hombría de bien, dando á cada uno lo que es suyo, de donde resulta que no siempre salen tan bien ...ados sus correligionarios y amigos como ...do los pintan (haciéndoles favor, para ...larlos más tarde) los que sólo son de-

mócratas en sus discursos y escritos, y no tienen nada de comun en la realidad con los desheredados de la fortuna.—Sean ejemplo de esta mi segunda observacion los artículos titulados *Los pobres de levita*, *Los vividores ambulantes* y *De la teoría á la práctica*,—particularísimamente este último.

En uno y otro empeño, lo mismo cuando refiere á los de *arriba* lo que sucede *abajo* que cuando refiere á los de *abajo* lo que sucede *arriba*, el Sr. Flores despliega verdadero y atinado espíritu de observacion, cuya sagacidad se pone mucho más de manifiesto si trata de asuntos en que no haya podido ser actor ni espectador inmediato, como acontece en los artículos denominados *Las Románticas*, *Las Mujeres políticas* y otros del mismo órden.

No siempre obedece á estas inspiraciones la musa de nuestro articulista. Tambien comprende este tomo varios trabajos que son ya hijos de una experiencia inmediata de la vida de la Córte, donde el autor re- de hace algun tiempo y ha llegado á con-

cer por sí mismo importantes zonas de la sociedad genuinamente madrileña, como se vé en el artículo llamado *Los Bufos*, y en el de *Los Críticos al por menor*, que está escrito de mano maestra.—No sé si el de *Los siete-mesinos* es fruto de la observacion ó de una intuicion prodigiosa; pero sí respondo de que lo firmaria con mucho gusto el revistero de salones más chispeante y á la moda.—En los *Patriotas inocentes* se descubre gran instinto político y de gobierno; pero en *Los Maridos* se rinde culto á preocupaciones antisociales impropias de un autor tan juicioso...

Por lo demás, el lenguaje del Sr. Flores García es siempre claro, fácil, correcto, propio; sin atildamientos ni primores que maravillen, pero tambien sin ningun pecado mortal contra la gramática castellana.—Parece la conversacion familiar ó íntima de un hombre ilustrado y culto, capaz de hablar ' escribir en muy más elevados tonos.

diferencia de nuestro inmortal Larra, ca se indigna el autor de estas monogra-

fías, ó por lo ménos su indignacion no se revela en la forma de sus escritos. Frio, circunspecto, desdeñoso, y triste cuando más, parece un juez que examina delincuentes, no un fiscal airado como el citado *Fígaro*, como Juvenal, ó como la generalidad de los escritores del género anatómico.

Diré por último, que en este libro, como en muchas de sus comedias, luce el Sr. Flores García excelentes dotes de versificador, segun puede verse en los tipos de *Cardona* y *El Patron Araña*, escritos en primorosos versos; y, por ello y por todo, concluyo felicitando al autor, al editor y á los futuros lectores de la *Galería de Tipos*, como me felicito á mí propio por haber gozado el privilegio de leerla ántes que nadie.

P. A. DE ALARCON.

INTRODUCCION.

Entiende el autor de este libro que uno de sus más rudimentarios deberes, no ya como escritor sino tambien y principalmente como hombre, consiste en mostrar públicamente su agradecimiento á aquellas personas que más eficazmente han contribuido á facilitar la impresion de estas páginas, servicio que sólo pueden apreciar en su justo valor los que por propia experiencia saben cuán difícil es en España la empresa de publicar un libro cuando el autor no se apoya en una reputacion verdaderamente universal, siendo su nombre segura garantía de éxito, reputacion que si bien se adquiere poseyendo las altas cualidades del génio, se forma tambien con los años y la constancia si aquellas cualidades concurren en el es-
or aun en cantidad mínima.

gura en primer término como patrocinador del
ente libro el escritor insigne, verdadera y legí-

tima gloria nacional, D. Pedro Antonio de Alarcon, quien con una galantería que excede á todo encomio se ha prestado gustoso á escribir el prólogo que antecede, honrando y autorizando con su respetable firma la obra modesta del último de los escritores españoles.

Dar públicamente las gracias por favor tan valioso al ilustre autor de *El sombrero de tres picos*, y *La Noche-Buena del poeta*, y decir algo acerca del objeto fundamental con que han sido escritas las páginas que siguen, son los móviles que me han impulsado á trazar esta especie de introduccion que creo necesaria ántes de entrar en materia.

Siempre he concedido grandísima importancia á los libros que tienen por objeto no ya pintar costumbres y tipos de la sociedad en que vive el autor, sino escoger entre esos tipos y esas costumbres aquellos cuadros y escenas que, segun la moral del momento histórico de donde brotan, necesiten más fuerte censura y enérgico correctivo, á fin de ir mejorando por medio de la crítica razonada y la sátira exenta de pasion, las condiciones morales de los pueblos, no siempre guiados por recta intencion y propósitos generosos.

Pintar costumbres por el solo placer de ofrecer bellas y gráficas perspectivas sin atacar el vicio ni excitar al bien por medio del contraste y de la comparacion, es, en mi sentir, si no perjudicial, inútil al

ménos, porque tales obras no llenan otra mision que la de entretener al público agradablemente, haciéndole, acaso, perder el tiempo.—Bajo este punto de vista son censurables algunas obras publicadas con gran éxito al mediar el presente siglo por escritores de gran valía, cuyo talento y vena cómica quedaron satisfechos con vagar mansamente por la superficie de aquellos mares sin penetrar nunca en el fondo de su agitado seno. Produjeron obras que cautivan el ánimo y deleitan el entendimiento, pero de las cuales ningun provecho puede sacar el lector por estar exentas de toda crítica.

No pertenece ciertamente á este número el inolvidable *Fígaro*, escritor acaso el más notable de su tiempo, considerado bajo el doble aspecto de crítico literario y pintor de costumbres. A la severidad del estilo y á la pureza de la diccion, unia el desgraciado Larra—cuya pérdida nunca llorarán bastante las letras españolas—un conocimiento profundo del corazon humano y de la sociedad en que vivia.—Por eso sus producciones son, si vale la palabra, más psicológicas que literarias.—Cierto que alguna vez pecó de atrevido y no pocas de mordaz, pero merece alguna disculpa si se tiene en cuenta el estado habitual de su ‹peramento y las rudas pruebas á que se vió so- tido.

reo sinceramente que Larra debe ser tomado por delo siempre que se trate de escribir sobre cos-

tumbres. Es más: creo que la sociedad en que vivió este escritor ilustre está moralmente contenida en sus obras inimitables.

Como la sociedad cambia y se renueva incesantemente, y nuestra sociedad no es ni con mucho la de 1830 á 1836; como entre nosotros se agita algo que entónces ni por asomos se conocia, puede y debe el escritor público, en los momentos que corren, dedicar su inteligencia y su actividad á esta importante rama de la literatura, sin que por ello nadie se juzgue autorizado para creer que le mueve un sentimiento de emulacion que pudiera parecer ridículo, y que lo seria sin duda alguna.

Que este libro responde á una necesidad justamente sentida, paréceme indudable. Que no aspira á llenar cumplidamente el vacío que en tal sentido se nota, ocioso es declararlo. Escritores de verdadera importancia, plumas de más alto vuelo deben emplearse en realizar empresa tan provechosa, y desde luego producirán más sazonado fruto que el que esto escribe.

Expuesta mi opinion sobre el objetivo que deben perseguir los trabajos literarios llamados de costumbres y declarando una vez más que he hecho cuanto me ha sido posible porque en las siguientes páginas encuentre el lector algo de lo que deseo, dentro mis escasas fuerzas, al público toca averiguar si conseguido ó no mi propósito.

GALERÍA DE TIPOS.

I.

LOS VIVIDORES DE CAFÉ.

Además de las muchas y diversas parcialidades que se agitan y trabajan en nuestro país por llevar al poder, con el propósito más noble y desinteresado, sus ideas respectivas, existe una parcialidad, partido, partida ó bando, agrupacion numerosísima, quizá la más numerosa de todas las conocidas, que sin manifestar ostensi- mente ninguna aspiracion política influye, bstante, en los destinos de la nacion, y al- os de sus individuos hasta logran *hacer pa-*

pel en muchas de las situaciones que aquí se suceden con rapidez vertiginosa.

Los hombres que componen ese bando—llamémosle así—trabajan asíduamente, de comun acuerdo, por... no trabajar. La ociosidad es su objetivo, vivir sobre el país su bello ideal: la farsa, en sus múltiples y variadas formas, el único medio que emplean para llegar al fin apetecido.—Con semejante *programa* la union es perfecta, la accion rápida, los resultados inmediatos y tangibles. No tienen necesidad de discusiones enojosas ni de reuniones interminables para ponerse de acuerdo en las cuestiones de *principios*. Sin jefe que los dirija, su marcha y su conducta son admirables: todavía no ha estallado una disidencia en sus largas y apretadas filas.

En otros tiempos—tiempos de inconcebible atraso,—los miembros de este cuerpo social se llamaban estafadores, farsantes, pícaros redomados, caballeros de industria. Hoy, gracias al progreso de los tiempos, al espíritu innovador del siglo, al advenimiento á la vida política de todas las clases y á otra porcion de cosas que no son de este sitio, esos tipos sin cambiar esencialmente de forma han cambiado de nombre, y s llaman *vividores*, pura y simplemente. El peri dismo político, uno de los más altos poderes d

Estado en la presente sociedad (excepcion hecha de algunos *momentáneos* eclipses), ha inventado esa palabra gráfica y feliz. Sin entrar á discutir ahora la propiedad ó impropiedad de tal calificativo, aficionado como soy á las innovaciones, lo acepto desde luego, le doy carta de naturaleza en mis dominios, y lo emplearé sin escrúpulo siempre que sea necesario.

Hay en nuestra sociedad, por desgracia, infinitas clases de vividores, todos afiliados, muchos sin sospecharlo siquiera y obedeciendo á su natural instinto, al numeroso bando de que he hecho mencion y que tan grande influencia ejerce en nuestros destinos. Entre esas infinitas clases, tócale llenar este primer cuadro á una de las más importantes, la cual se designa con el ingenioso nombre de *vividores de café.*

El gran centro de operaciones de estos *industriales* es Madrid; pues aunque el tipo no es enteramente desconocido en provincias, por la índole especialísima de los establecimientos de la córte á que dá nombre el sabroso néctar descubierto en las laderas del Yemen, y que tan inspirados cantos hizo brotar de la cítara del poeta árabe Schedels, aquí es donde el *vividor* tiene ancho campo y dilatados horizontes para el —olvimiento de su tráfico y el desarrollo de do de ser.

Como en provincias, por punto general, son las gentes más laboriosas que en Madrid—dicho sea sin ofensa de los cortesanos y de los empleados públicos—sucede que los cafés, cuyo número relativamente al de esta muy heróica villa es exíguo, solo se ven concurridos en las primeras horas de la noche y los dias feriados; por cuya razon el *vividor* es ménos frecuente y por consecuencia tiene ménos gente que explotar. Esto, unido á que en provincias se conocen y se tratan casi todos los concurrentes á un café y se sabe ó se oye decir *quien es cada uno* y de qué vive, hace muy difícil y comprometida la existencia del *vividor* en su calidad de tal. Sin embargo, como la *ocupacion* es cómoda y lucrativa, tambien se suelen encontrar en provincias ejemplares curiosos de tan curiosa planta.

En Madrid, donde hay tantos desocupados que viven de *sus rentas*; tantos negociantes cuyos negocios nadie conoce; tantos pretendientes cuyos destinos nunca llegan; tantos autores cuyas obras no se imprimen, ni se representan jamás, y tantos *elegantes* cuya ocupacion perpétua es arreglarse el lazo de la corbata; en Madrid, en este Madrid tan celebrado como poco conocido de muchos de sus panegiristas, uno de los primeros principales elementos de vida es el café.

Aquí, donde seria difícil cuando no imposib

contar los establecimientos de esta clase que existen abiertos, seria tambien empresa vana querer encontrar uno de esos establecimientos, sobre todo los del centro de la poblacion, falto de concurrencia desde las ocho de la noche hasta las tres de la madrugada; y esto lo mismo en dias festivos que en dias de trabajo; bien que en Madrid, principalmente en la Puerta del Sol, nadie se atreverá á clasificar semejantes dias, respectivamente, sin ayuda del calendario. ¡Todos los dias parecen de fiesta!!...

Aquí se vive en el café, en el café se almuerza y se cena, en el café se dan cita los amigos, los amantes, los políticos, los bolsistas, los comerciantes, los literatos, los artistas, los pretendientes, los empleados, los cesantes, y al café, en fin, concurren los desocupados de todas clases y condiciones, en primer término los *vividores* que pretendo dar á conocer al público.

Hay *vividor de café* que comienza su *carrera* haciendo algunos desembolsos, que él modestamente llama sacrificios, á los cuales se resigna con santa mansedumbre pensando cuerdamente en el reintegro y en las ganancias, porque está encido de que para coger es necesario sem-r. Y á fé que no se equivoca. Ante todo, es n fisonomista, *moral* y físicamente hablando. tale hablar una vez con una persona, verle

una vez solamente, no solo para recordar siempre su fisonomía, sino tambien para adivinar de repente su estado económico y financiero con exactitud matemática.

Al establecer su campamento, mejor dicho, al penetrar en el café, abarca todo el local, por grande que sea, en una mirada. Si no conoce á nadie, se sienta solo, toma cierto aire de cómica gravedad, enciende con las debidas precauciones un *veguero* de doce céntimos, pide el *Diario de Avisos* ó *La Correspondencia*, ó ambas cosas á la vez, gracias á la última invencion de Santa Ana, y hace como que lee mientras observa con el mayor disimulo el efecto que produce su persona en las que le rodean. Si nota que alguien se ha fijado en él, lee en alta voz, demostrando grande interés, el anuncio de la venta de alguna casa, el traspaso de alguna tienda importante ó la cotizacion de los fondos públicos, dándola de *tenedor* y lanzando como es natural alguna blasfemia contra el gobierno.

A la lectura siguen toda clase de comentarios á propósito para entablar conversacion con las personas más próximas á su mesa. Hay ocasiones en que consigue su intento, y la conversa se enreda y se hace general: otras veces el au torio finge no oirle y tiene que apelar á di tos recursos: lo más corriente es que deje

gar su cigarro, cosa bien fácil siendo del estanco, y pida lumbre á cualquiera de la manera más cortés.

Con tan fútil pretexto habla de la contribucion de guerra que pagamos los españoles en tiempo de paz, ó de política, ó de la filoxera; en fin, habla de cualquier cosa, pero habla por los codos, como suele decirse, y ya hay para rato.

Deja su mesa, toma por asalto las de *sus nuevos amigos*, á quienes convida inmediatamente con desprendimiento desusado, y con los cuales está de acuerdo en política, en religion, en *filosofía*, en todo. La misma escena suele repetirse al otro dia en el mismo sitio: el *vividor* se ha hecho simpático á aquellas personas, cada una de las cuales le convida posteriormente y en distintos cafés siempre que lo encuentran, y aun les parece poco en pago de su primera explendidez y sobre todo por la bondad de su carácter. ¿Sabe nadie lo que vale un hombre que nunca disputa y que está de acuerdo con todo el mundo en todas las cuestiones?

El *vividor*, al establecer su *industria*, no convida todos los dias á unas mismas personas ni ...urre á un mismo café dos semanas seguidas: ...sa suerte seria muy reducido el campo de operaciones. A diferentes horas, y en dis-... sitios repite la *operacion* de sembrar para

las horas en que cada una de las personas que conocen concurre á tales establecimientos, adulan á todo el mundo, hablan de sus pasádas y futuras grandezas—porque todos desempeñaron grandes cargos y esperan obtener importantes destinos—y, lo repito, siempre encuentran un *pagano* que haga de víctima.

Otros se dedican á explotar el fanatismo político y la vanidad personal. Y como en algunos cafés de Madrid se reflejan evidentemente los cambios de situacion, y de la noche á la mañana, así como son nuevos los empleados públicos son nuevos tambien los concurrentes á esos establecimientos. Fornos, principalmente, prueba lo que digo.

Los *vividores* mencionados, nunca dejan de acudir á tales sitios: proclaman á todas horas y en todos los tonos el mérito, la integridad, la sabiduría de los ministros: pintan con los más vivos colores la satisfaccion del país, al verse gobernado por tan ilustres varones, y ¡claro! ¿qué ha de suceder? Algun empleado de la nueva situacion, ó algun fanático, ó algun pariente del ministro H. ó B. le brinda con su amistad, le llama hombre de talento, y seguidamente le vida; esto es de cajon.

Como estas escenas se repiten á cada ca o de ministerio; como estos *vividores* son mir -

riales de todos los gobiernos posibles, en todas las situaciones tienen amigos que les convidan diariamente y que además les dan algunas credenciales ó les despachan algunos expedientes con más prontitud de la que generalmente se acostumbra y con ménos equidad de la que la moral deseara; porque los *vividores*, segun ellos mismos confiesan, siempre tienen parientes que colocar y amigos á quienes servir en el despacho de expedientes de cierto género.

Otros *vividores de café*, más modestos, se conforman con ejercer lo que pudiera llamarse *mendicidad ilustrada*: son unos pobres de levita que tienen horror invencible al trabajo y que se llaman *hombres de partido* por haber sido escribientes en la administracion de un periódico político que murió por falta de suscritores.

El que haya saludado siquiera una vez á uno de estos tipos y despues lo encuentre en el café, tenga por sabido que habrá de convidarlo irremisiblemente. Convidarlo, ó cometer una gran descortesía. ¿Cómo es posible dejar de decir á una persona que se acerca á nuestra mesa: «Usted gusta?» Él no necesita más. Si Vd. llega l… el extremo de no cumplir este precepto de …idad, él buscará otro medio y Vd. le con… á forzosamente de buena ó de mala gana. … vividores, nunca hay necesi…d de pre-

guntarles qué van á tomar: ya se sabe que piden un café con media tosta la de *abajo*. No es fácil calcular cuántas medias tostadas de *abajo* toman al dia.—¿Qué demontre harán los dueños de cafés con las medias tostadas de *arriba* que deben sobrar en cantidad considerable?

Como estos *vividores* pasan la mayor parte del dia y de la noche en el café, no se ocupan en nada útil para ganar su subsistencia. Y como la media tostada, aún *repetida* no llena todas sus necesidades, tienen que apelar, y apelan á la munificencia de sus conocidos, amigos ó protectores. Así, pues, el que cree haber salido del paso convidándole, se equivoca: cuando más descuidado se halla, ve que el *vividor* se le acerca cautelosamente y le atiza un *sablazo* de un duro, ó medio, ó un par de pesetas y á veces una. —Se dan casos.

Concurren ademas al café, otros muchos vividores en cuyo exámen no creo oportuno entrar ahora porque, bosquejados los más importantes de la *clase*, es posible que los otros aparecieran vulgares y pálidos.

Como en todos los partidos hay un número considerable de *vividores*, hé aquí por qué dije al comenzar que la *agrupacion* ejerce grande fluencia en los destinos del país.—Las cons raciones que en presencia de estos ligeros b

tos surjan de un criterio sano, habrán de ser desconsoladoras, y á las veces obligarán al lector á exclamar con el poeta:

«Marqués mio, no te asombre
»ria y llore cuando veo
»tantos hombres sin empleo,
»tantos empleos sin hombre.»

II.

LOS VIVIDORES AMBULANTES.

Retratados, aunque imperfectamente, en el primer capítulo los *vividores de café*, habré de bosquejar ahora los *vividores ambulantes*, cuya importancia y categoría, dentro de la profesion, son superiores á todo encomio, y sobre cuyos ligeros bocetos llamo muy especialmente la atencion de los lectores de provincias que vengan ó piensen venir á Madrid alguna vez. Y digo esto, porque rara vez los indíviduos mencionados ejercen su industria con los cortesanos ni con las personas que aquí residen de antiguo, no por cariño ni falta de voluntad, sino sencillamente porque tales personas no se dejan engañar así co quiera; lo cual no prueba, ni con mucho, que habitantes de Madrid sean más avisados qu

de las provincias, sino que, y esto es lógico, conocen la capital de España mejor que los forasteros que á ella vienen por vez primera; son naturalmente recelosos (perdiendo se aprende á jugar), y no están dotados de la sana sencillez que forma el carácter distintivo de los naturales de las pequeñas poblaciones.—No hay que echar á mala parte la sustancia de este exordio.—

La *profesion* de vividor ambulante tiene gran incentivo para aquellas personas que abrazan la carrera del crímen con verdadera vocacion y llevadas de su ódio instintivo al trabajo y á la sociedad; á ésta porque no quiere aceptar sus deformidades morales, y á aquél porque no cabe dentro de sus vicios. Dicha *profesion*, á más de proporcionarles una vida cómoda y regalada—desde su punto de vista,—les abre el camino de la gloria, y la trompeta de la fama lleva de uno al otro confin de la tierra el estruendo de sus hazañas inmortales. Y quien dice la trompeta de la fama, dice un periódico noticiero que, con una frecuencia bajo cierto sentido aterradora, publica párrafos como los siguientes:

«El Sr. D. N. N. ruega por nuestro conducto á sus numerosos amigos no entreguen dinero á
l ...na persona que lo pida en su nombre, aun-
(...sente tarjeta suya, mientras no vean la
f ... dicho señor, quien ha averiguado que

se abusa de su nombre para estafar al público. Llamamos la atencion de la autoridad sobre tan incalificable abuso.»

—Hoy al oscurecer ha sido robado un forastero detrás de los Campos Elíseos. Fué conducido allí por unos rateros que, fingiéndose personas decentes, le hicieron creer que en tal sitio existia un tesoro escondido, del cual le darian parte. El juzgado correspondiente entiende ya en el asunto. Los criminales no han sido habidos.»

Estos sueltecitos y otros muy parecidos en la forma, siempre iguales en el fondo, se leen en los periódicos de Madrid con frecuencia aterradora, haciendo la más brillante apología de esos obreros del vicio que se llaman vividores ambulantes. Las autoridades, como todos los dias tendrá ocasion de saber el lector, siguen la pista constantemente á los rateros; pero éstos rara vez son habidos. ¡Váyase lo uno por lo otro! Si no siempre los encuentran, al ménos tenemos el gusto de saber que los buscan.

Como de las sucintas y descarnadas noticias que de estos hechos llegan al público pudiera deducirse que las personas estafadas ó robadas son tontas de remate, por caer en lazos al pa[illegible] r burdamente preparados, creo cumplir un d[illegible] r de humanidad volviendo por el *honor intel*[illegible] l

de las víctimas, cuya defensa está contenida en la travesura, en el ingenio, en la habilidad, en la notoria *ilustracion* de los vividores ambulantes, y sobre todo en su organizacion poderosa. Por ejemplo, parece increible que cuando un vividor acomete á un transeunte y le abraza, le dá la mano, le llama por su nombre y dice que es su amigo, el transeunte le crea sin haberle visto nunca; pues no es imposible, ántes, al contrario, es natural. El acometido advierte que el acometedor le llama por su nombre y apellido, que le habla de su familia, de su país, de sus negocios, de todo lo que le atañe; observa que todo lo que le dice es verdad, y piensa para su capote: «Indudablemente este hombre me conoce, y yo debo de conocerlo, sólo que ahora no me acuerdo á punto fijo... ¡Qué memoria la mia!» Inmediatamente despues, y procurando convencerse á sí mismo, dice en alta voz: «Efectivamente, V. me conoce y yo le conozco; ¡ya lo creo! esa fisonomía... Yo le he visto á V. en alguna parte.» El vividor vuelve á la carga, dispara sobre su víctima un aluvion de fechas y de adulaciones... y el negocio está hecho. Se van á tomar café ó á nasear, *intiman* y están tres ó cuatro horas jun-ıl cabo de las cuales ya hay material para -ıcetilla.—Si la víctima se niega á prestar ·eracion para descubrir el *tesoro*, ó no quie-

re creer que una cadena de *doublé* sea de oro fino y por consecuencia se niega á comprarla, ó no gusta de pasear por las afueras de la poblacion... irremisiblemente se queda sin reloj ó sin dinero, ó sin ambas cosas á la vez: dichos objetos pasan con la mayor prontitud y limpieza, sin que nadie lo note, á los bolsillos del vividor en el momento de la despedida; porque hay que tener en cuenta que el *escamoteo fino* es lo primero que aprende el vividor ambulante.

¿De qué medios se valen los vividores para averiguar el nombre y la historia de cada una de las personas que explotan, tratándose de gentes que no han visto nunca? Esto que parece tan difícil, es sumamente fácil, como verá el paciente lector.

El gremio de los vividores ambulantes tiene una organizacion poderosa, como dejo dicho. Muchos de sus miembros, porque así conviene á los altos fines de la agrupacion, se dedican al servicio doméstico en todas sus esferas y ramificaciones. Los criados de casas particulares conocen perfectamente á los amigos de sus amos, y esto, no diré que siempre, pero en muchas ocasiones, es causa de los abusos que se cometen pidiendo dinero á unas personas en nombre otras. Los camareros de fondas y casas de hu pedes, si se lo proponen, se enteran de la vid-

milagros (porque hasta milagros hay en ciertas vidas) de cuantos forasteros vienen á parar á dichos establecimientos; porque ¿qué cosa más natural sino que en mesa redonda se hable de todo, especialmente de los asuntos de cada uno, en cuya conversacion siempre van *envueltos* los motivos que les han traido á Madrid, el nombre del país de donde proceden, y hasta los nombres de los indivíduos de sus respectivas familias?—Estas cosas las averiguan siempre los criados, aunque en ello no tengan interés alguno; está en su naturaleza el sentimiento de la curiosidad. Teniendo interés, perteneciendo á la sociedad de los vividores y siendo su obligacion *practicar* averiguaciones, no hay para qué señalar hasta dónde llegarán éstas. Dan cuenta de ellas al centro respectivo; la persona encargada de engañar al prójimo que por tener dinero se ha atraido la atencion de *la órden* no es tonta ¡qué ha de ser! y por lo tanto no es extraño que algunos incautos provincianos caigan en unas redes tan artísticamente tendidas.—Despues de estas explicaciones, ¿parecerá todavía inverosímil que el vividor esté tan al corriente de los asuntos de las personas á quienes engaña?

llegar á este punto, debo confesar ingé-
·ente que los gobiernos de España y Fran-
n desarrollado este espionaje de las fon-

das de una manera portentosa. Con el objeto de perseguir conspiradores han inundado, en ocasiones, esos establecimientos, de policía secreta, abriendo el camino á la industria de que acabo de hacer mencion.—¡Lo que puede el ejemplo!

Vuelvo á mi asunto. En el mismo ramo hay *profesores* que trabajan por cuenta propia y á los cuales hay que conceder mayor ingenio y travesura que á los demás, puesto que averiguan cuanto les conviene saber, por sí mismos, sin ayuda de nadie. Se sitúan en la Puerta del Sol, ó en la Carrera, ó en el *mentidero* de la calle de Alcalá—mentidero que en nada se parece á aquel famoso de que nos habla Calderon establecido en

«..... aquellas cuatro esquinas
de la calle del Lobo y la del Prado»

al que dió más de una hermosa dama el nombre de *Mentidero de varones ilustres*;—se sitúa, digo, en uno de esos parajes, cuando en los mismos hay mayor concurrencia y son todo oidos, como vulgarmente se dice. Es muy comun que en esos lugares se encuentren dos forasteros, de un mismo pueblo ó de una misma provincia, que sean amigos, que traben conversacion, que ı tuamente se pregunten por sus familias resp tivas. Siempre que esto ocurre el *vividor* e

cha, no pierden una sílaba..... y ya tiene un hilo por el cual sacará el ovillo.

La providencia, aunque parezca raro, viene en ayuda del *vividor*. La providencia suele ser un amigo de uno los dos amigos que hablan: toma parte en la conversacion, hay una presentacion en seguida, y ya se sabe á ciencia cierta, por lo ménos quién es uno de los tres, porque la presentacion se hace poco más ó ménos en la forma siguiente: «El Sr. D. Fulano de Tal, de tal punto, hijo de D. Mengano, esposo de doña Zutanita, que viene á Madrid á tales y cuales asuntos.»—El vividor *establecido* por su cuenta no necesita saber más: en cuanto el predestinado se separa de sus amigos, se vé acometido en la forma que queda descrita, y los resultados se saben luego por el *eco imparcial de la opinion y de la prensa.* Que esto suceda en un país culto, civilizado, es triste; pero.....—¡consolémonos!—la autoridad sigue la pista á los criminales, y ya los encontrará alguna vez, aunque sea el dia del juicio por la tarde, para juzgarlos despues de muertos, ya que vivos nunca logró verles la cara.

Creo inútil hacer mencion de los *tomadores* que sin decir palabra alijeran los bolsillos en dias de bu[illegible] de procesiones, ó mientras los transeuntes [illegible]inan embobados el escaparate de una joy[illegible] de los gritadores que venden en la via

pública específicos para el dolor de muelas—y con cuyos *mejunjes* aumenta considerablemente el dolor: de los que vocean pastillas para quitar manchas,—y con cuyos ingredientes las manchas se hacen mayores: de los que venden con mucho misterio hojas de batatas por tabaco de contrabando, y de otra infinidad de vividores ambulantes, azotes de la pobre humanidad, dignos de ser conocidos; pero estos tipos serán objeto de un estudio aparte y clasificados por su órden natural.

La materia es fecunda y el tema está poco manoseado, lo cual hace presumir fundadamente que el trabajo no será completamente inútil.

Espronceda, teniendo idea clara de lo que es la vida y la naturaleza humana, ha dicho que

«en el mundo hay que aprender
á sentir crecer la yerba.»

Parodiando la frase del gran poeta, bien se puede afirmar que lo primero que hay que aprender en el mundo, es á sentir crecer los vividores de todas especies: para guardarse de ellos.

—◆—

III.

LOS LEVANTA MUERTOS.

Uno de los vicios más arraigados en esta sociedad, acaso el que más fomenta la inmoralidad que corroe sus entrañas, es el juego bajo cualquier aspecto que se le considere, muy particularmente tomado como especulacion, como medio de subsistencia. Por el juego se hacen los hombres vagos, se arruinan, se prostituyen, pierden, como es lógico, el sentimiento de la dignidad, reniegan de la familia, de la amistad, y de etapa en etapa, arrastrados por el torbellino de las malas pasiones y de los placeres desenfrenados, recorren toda la escala del crímen, llegando, como término de su viaje, al presidio ó al cadalso.

Siempre que ocurre un cambio político ó un ple cambio de autoridades, el gobernador

que quiere ganarse la voluntad de los hombres honrados, comienza por mander cerrar las casas de juego y perseguir á los jugadores, dando con este proceder enérgico una prueba evidente de su amor á la buena moral, al órden, á la pureza de las costumbres, etc., etc. Mientras tanto aquel gobierno, es decir, todos los gobiernos, juegan á la lotería y dan ejemplo de la más refinada inmoralidad reglamentando y administrando uno de los ramos del vicio que con tanto encarnizamiento persiguen—aparentemente—y del cual sacan tan positivos resultados.

No hay situacion *nueva* que no persiga el juego, ó si se quiere, uno de los juegos, el *Monte*; pero nunca deja de haber *partida*, ó en términos más claros, nunca están cerradas las casas donde tal vicio se esplota, dos meses seguidos: esto sin contar los garitos donde siempre se juega con ó sin permiso de la autoridad, lo cual prueba con harta evidencia hasta donde llegan la energía y el celo, por no decir otras cualidades, de las autoridades españolas de todos los tiempos, y prueba tambien, con elocuencia dolorosa, lo arraigado que está el vicio en las modernas sociedades, y, finalmente, la consecuencia, la perseverancia que hay para el mal (ciertos períodos de la historia y bajo el imperı de ciertas instituciones.

No entra en mi propósito la idea de tratar ahora esta cuestion, más filosófica que política, ni creo que debe pintarse el tipo del jugador, sobradamente conocido y hasta vulgarizado desde tiempo inmemorial; pero ya que no retrate el jugador habré de bosquejar una de sus hijuelas, á saber: *El levanta muertos.*

Este curioso personaje ha comenzado su carrera siendo *punto*, y punto perjudicial, punto negro, como diria un publicista contemporáneo. *Punto* quiere decir indivíduo que apunta, que pone su dinero á una carta con la misma esperanza que el que lo pone á un número de la lotería; con la ilusion de ganar. Este tipo ha pertenecido á dicha clase; se ha arruinado, ha perdido su fortuna, ó la dote de su mujer, ó el dinero de sus amigos: ha llegado un dia en que no ha tenido una peseta ni quien se la dé, en que no sabia qué partido tomar, que dice el vulgo, y entre irse con un trabuco á Sierra-Morena ó dedicarse á *levantar muertos*, que es lo mismo, pensando en el respeto que infunde la Guardia Civil se ha decidido por lo segundo, y, perdida hasta la nocion más leve de la dignidad, se ha lanzado resueltamente á empresa tan arries-

ntar un muerto es, segun el tecnicismo
jugadores de profesion, cobrar sobre el

tapete verde el doble de una cantidad que ha puesto otro, hecho que no ofrece mucha dificultad en el momento de su realizacion; pero cuyas consecuencias pueden ser fatales, y algunas veces lo son, al concluir el que *talla* de pagar la carta favorecida, que es cuando tiene forzosamente que descubrirse la cosa, pues viene á seguida la reclamacion de un *punto* que no ha cobrado y las escusas del banquero que dice haber satisfecho el doble de la suma que habia en la carta favorecida por la suerte.

Parece increible que haya quien se atreva á cobrar una cantidad que no le pertenece, y más increible todavía, que este delito no sea descubierto en el instante de su perpetracion, toda vez que se comete en presencia de mucha gente y á la vista del interesado. Este fenómeno tiene su explicacion natural. En primer lugar el *levanta muertos* tiene mucha osadía, mucha serenidad; las circunstancias que le rodean son inmejorables, y aunque alguna vez le ocurran disgustos sérios, á los cuales se encuentra habituado, en muchas ocasiones logra su intento.

Alrededor de la mesa donde se juega al *monte* hay mucha gente; pues además de los puntos hay otras personas que no juegan, bien porq[ue] no tienen dinero y están allí como aficionad[os] bien porque no son jugadores y han entrado c

algun amigo, por curiosidad ó por otras causas que no son de este sitio. Hay mucha gente; pero nadie se cuida de las personas que están á su lado: todos tienen fija su atencion y su mirada en el juego y en las manos del banquero. Mientras éste va tirando cartas, hasta que sale la que termina el azar, no se respira, no se pestañea ni se oye el más leve ruido.

Cien miradas á cual más extrañas y cuyas definiciones son imposibles; cien miradas intranquilas, anhelantes, se clavan en la baraja con verdadero frenesí. Sale la carta fatal, porque siempre es fatal para alguien, la carta que decide la suerte, y se oye un rumor incomprensible, misterioso, mezcla de terror y de alegría, de ira reconcentrada y de espansion ruidosa; rumor siniestro y espantable en el cual están condensadas todas las palpitaciones del vicio en su más genuina representaion.—Se comienza á pagar la carta que *ha venido*, y como por ensalmo se restablece la calma y vuelve á reinar profundo silencio interrumpido solo por la voz del banquero que al pagarlas va citando las cantidades, y por unos golpecitos que dan los *puntos* con los nudillos sobre la parte superior de la ·sa, y cuyo sonido indica que el que lo produ- debe percibir la cantidad mencionada por el ıquero. En ese momento, en el momento de

pagar, el *levanta muertos*, que está de pié, situado detrás de la primera fila que rodea la mesa, mete la mano por el primer claro que encuentra, da el golpecito consabido y se apodera de la cantidad que otro debia percibir. Siempre procura tomar una suma de las cinco ó seis, ó más, que hay iguales, por cuya razon no se arma el escándalo instantáneamente, pues cada uno de los que deben cobrar aquel dinero piensa para sí que todavía no le ha llegado su turno y que debe esperar.

El *levanta-muertos*, despues de realizado su propósito, suele escabullirse bonitamente sin que nadie se fije en él, lo cual es muy fácil, ó quedarse en la reunion afectando gran serenidad, para ver lo que sucede al notarse la falta del dinero que ha sustraido. Lo que sucede no es muy agradable: al terminarse el pago de la carta hay un *punto* que reclama enérgicamente su dinero: el banquero dice, y dice bien, que ha pagado todas las *posturas*: el *punto* perjudicado no se conforma, y grita: el banquero grita tambien y se arma la de Dios es Cristo. Hay ocasiones en que el dueño de la casa, por evitar escándalos que pueden perjudicarle, paga, y todo se concluye: otras veces no sucede esto y el *punt* se calla por prudencia y acaba la tremolina; ó n se calla el *punto* y entónces tiene que interver-

la autoridad.—Y á todo esto el *levanta-muertos*, sino se ha marchado, permanece impasible, ó grita tambien anatematizando el hecho.

Se dan casos en que por un incidente imprevisto, ó por falta de serenidad, ó por una causa cualquiera, se descubre la falta en el momento de cometerla, ó se descubre poco despues, y entónces es cuando se arma *la gorda*, como decimos los españoles aludiendo á la revolucion, cuando se arma, de lo cual tambien se dan repetidos casos en nuestro país.—Como el *levanta-muertos* no haya sido cogido con las manos en la masa, desde luego niega el hecho, y grita, y se descompone y todo lo mete á barato logrando algunas veces convencer á sus acusadores de su perfecta inocencia. Si éstos no se dán por convencidos y la cosa pasa á mayores, hay cada palo y cada bofetada que canta el credo, y mi hombre sale con las narices rotas, ó se las rompe á cualquiera y lo meten en el Saladero, ó cosa por el estilo: esto cuando el *levanta-muertos* no es hombre de pelo en pecho, es decir, hombre de navaja de muelles ó *pistola de caballería*, que entónces la cosa es muy distinta.

A los primeros insultos que le dirigen, aunque ·yan cogido con las manos en la masa, arma ·rra y hiere ó mata á cualquiera, si ántes ·· lastiman á él, y ya no hay para que decir

cuáles son las consecuencias: el hospital, el cementerio, el presidio ó la horca.

El *levanta-muertos* es una especie de bandido: es, por decirlo así, la línea más sombría del triste cuadro de los jugadores de profesion, la quinta esencia del más repugnante de los vicios; pues aunque él procura tranquilizar su conciencia, si la tiene, que eso no se ha puesto todavía en claro, con la conocida sentencia de

«ladron que roba al ladron
ha cien años de perdon,»

él es un ladron de la peor especie, aunque tambien sean dignas de censura y merezcan castigo las personas en perjuicio de las cuales ejerce su criminal industria.

Esta clase de *vividores* encajan mejor en el Código Penal que en la literatura; pero es deber del escritor darlos á conocer para vergüenza de unos y escarmiento de otros.

Como puede verse por este sucinto relato la existencia del *levanta-muertos* es por demás azarosa y accidentada; pero eso no le importa un ardite al que abraza con fé la *carrera* y no tiene oficio ni beneficio, ni aunque lo tenga quiere trabajar. ¡El trabajo! esa es la piedra de toque, el mónstruo, mejor dicho, á quien tanto teme algunos hombres, huyendo del cual son capac de refugiarse hasta en el crímen, si el crím

les proporciona el vivir sin trabajar gozando de los placeres más ilícitos y brutales, aunque este género de vida les atraiga el ódio de las gentes honradas, el deshonor y la inquietud anejos á tal *oficio*. La gran cuestion, la cuestion de las cuestiones es vivir sin trabajar: si esto se consigue, por cualquier medio, está realizado el bello ideal del vividor que profesa aquella sabida máxima jesuítica que dice:

Todos los medios son buenos
como conduzcan al fin.

Cuando leo en la prensa periódica que la autoridad persigue á los jugadores, como sabemos lo que estas persecuciones duran y significan, sonrío filosóficamente, como si dijéramos, á estilo de presidente del consejo de ministros, y á seguida se presenta en mi memoria, más que el jugador siempre perseguido y no extinguido nunca, por desgracia, el *levanta-muertos*, el bandido *ilustrado* del último tercio del siglo XIX que se pasea impunemente por las calles de la capital, y cuya existencia ni siquiera sospechan los grandes estadistas, profundos filósofos y hábiles políticos encargados de regir los destinos de los pueblos, y aunque lo sospechen no les in-
ta, ni aunque les inquiete procuran encon-
-medio á mal tan grave.—Así anda ello.

IV.

LOS PANCISTAS.

«Sr. D. Francisco Flores García.

Muy señor mio:—Los periódicos me han dado conocimiento del propósito que Vd. abriga de publicar una *Galería de tipos*, y, conociendo yo por experiencia un *tipo* que acaso Vd. no habrá tenido ocasion de estudiar, me tomo la libertad de enviarle los adjuntos apuntes de los cuales podrá Vd. hacer el uso que estime más conveniente.»

Hé aquí los apuntes á que se refiere la carta anterior, en los cuales no hé creido prudente hacer alteracion ninguna:

«Así como en la esfera política existe un número considerable de hombres que con todos gobiernos están de acuerdo, y con todas las tuaciones viven—raza privilegiada y felíz, d

tinada á gozar perpétuamente las delicias del presupuesto, y cuya excesiva ductilidad le ha conquistado el título de *pancista*—así existe tambien, en las regiones del vicio, un número no pequeño de hombres partidarios de la *estabilidad* y que, pancistas de otro género, sacan del tapete verde el pan de cada dia.

»El *pancista* del juego, que es el que me propongo retratar, ha hecho un estudio especial de la baraja y de su propio indivíduo; ha pasado muchos años—suele ser viejo—*apuntando fuerte*; ha perdido toda su fortuna, está desegañado del mundo, se le fué la aficion al trabajo y tiene, como cada hijo de vecino, necesidad de vivir: sus aspiraciones son modestas, y con ganar veinte ó treinta reales diarios, que es lo que necesita para ir saliendo, se conforma y hasta bendice su suerte. Dicha suma, si tiene *talento* y paciencia, si sabe dominarse en momentos *supremos*, puede sacarla fácilmente del tapete consabido. ¿Cómo realiza su propósito? Eso es lo que voy á referir no para que sirva de incentivo al vicio, que el vicio será siempre repugnante y odioso, sino para conocimiento de los incautos, si Vd. cree que estos apuntes deben darse á la estampa.

l vividor pancista entra cuotidianamente en rito al comenzarse la *partida* ó momentos ·· se sienta junto al banquero y allí perma-

nece mudo, impasible como una estátua, hasta que el juego termina. La partida puede comenzar á las seis de la tarde y concluir á las cuatro de la madrugada. ¡Diez horas! ¡No importa! Aunque fuesen quince, mi hombre no se mueve de su silla; es el primero que entra, y el último que sale. En todo este tiempo apunta cuatro, cinco, cuando más seis cartas, y nunca arriesga más de medio duro: podrá no acertar una, dos á lo sumo, pero acierta positivamente tres ó cuatro, lo cual le dá el resultado, casi matemático, de su cálculo. Este resultado se apoya en las razones siguientes:

Lo que obliga á la mayor parte de los jugadores á perder casi siempre; es la impaciencia, el arrebato, la ambicion desenfrenada é insaciable de ganar mucho, sin tener en cuenta el conocido refran «quien todo lo quiere todo lo pierde,» ni aquel otro «quien mucho abarca poco aprieta.»—Ejemplo: entra un *punto* con buena suerte y acierta diez ó doce cartas seguidas: hace una ganancia relativamente fabulosa en muy poco rato: debia satisfacerse con dicha ganancia y marcharse al momento; ¡pues no señor! todo lo contrario, se queda: alentado por el éxito quiere ganar mucho más, pretende llevarse to[do] el dinero que vé sobre el tapete, no puede co[n]tenerse y sigue apuntando: la fortuna, enoja[da]

con semejante impertinencia, vuelve la espalda á tan ambicioso *punto*, el cual despues de perder toda la ganancia pierde tambien el dinero que llevaba y se marcha echando venablos por aquella boca y maldiciendo de su suerte.

Pues bien, el pancista, que en sus buenos tiempos ha sufrido muchos de estos terribles desengaños, ha visto el asunto con claridad, ha adquirido experiencia, se ha dominado, limitando considerablemente sus aspiraciones, y obteniendo por este medio un resultado más seguro.

Ya he dicho que permanece en el garito mientras se juega, siguiendo impávido todas las peripecias de la partida, y que en el trascurso de tantas horas apunta muy pocas veces. Nunca juega de los primeros, pasa una hora lo ménos observando las cartas que *se dan*, cómo viene el juego y hácia qué lado se inclina la suerte; con todo lo cual forma su juicio y *apunta*. ¿Gana? Pues no vuelve á jugar hasta que pasa otro rato. ¿Pierde? Pues hace lo mismo. Si acierta tres cartas seguidas no vuelve á jugar en toda la noche; si las pierde en la misma forma, tampoco juega más: si acierta una y pierde otra, sigue ju[illegible]ndo, con los mismos intérvalos, hasta que g[illegible] pierde la cantidad que se ha propuesto e[illegible]bos casos. Si por casualidad pierde una n[illegible]o se afecta en lo más mínimo y procura

desquitarse, no de una vez, sino paulatinamente, en tres ó cuatro dias: sino pierde, no sale de su paso.

Nunca se anima con el éxito ni manifiesta pesar en la desgracia, ni tiene otra ambicion que la de *sacar* para vivir. Por sus antiguos servicios y por su respetabilidad dentro de la *clase*, el *pancista* es una especie de jubilado á quien todo el mundo considera, no por lo que es, sino por lo que ha sido, lo cual le facilita en gran parte la gestion de su cometido y hasta le dá cierta importancia entre las gentes que le rodean.

Si el *pancista* no tuviera en su abono el haber sido *punto fuerte* durante muchos años, no le permitirian que ocupara lugar preferente al lado del banquero, cuando aquel sitio podia ocuparlo un parroquiano de provecho, un forastero rico, un aficionado reciente ó un *caballo blanco*; pero el *pancista* tiene su reputacion, su hoja de servicios, y tiene por lo mismo, derecho á ejercer su *cargo*, cuasi pasivo, rodeado de la aureola de la popularidad.

Desde su asiento, cigarro va y cigarro viene, mirando alternativamente á la baraja, á los *puntos* y al banquero, todo lo observa, todo lo y todo lo sabe.—Se arma un escándalo, hay a pelotera de gritos y bofetadas que se vien la casa abajo; todos se ponen de pié, ora par -

mar parte en la *danza*, ora para ponerse en salvo, y mi hombre, como si se encontrara á cien leguas de la tremolina permanece sentado é impasible sin abrigar el más leve temor por la seguridad de su persona. Y nunca le pasa nada! Sin duda hay una providencia (¡!) que vela por esos hombres de nieve en cuyo cerebro no cabe más que una idea y cuya planta no se mueve más que en una direccion y hácia un objeto determinado.

Hay varias causas que concurren lógicamente á la explicacion de este fenómeno psicológico. El *pancista*, que por regla general es viejo, como digo más arriba, ha presenciado millares de sucesos idénticos, ha sido actor en muchas de estas escenas, y á la altura en que se encuentra ya no pueden sorprenderle tales hechos ni por la novedad ni por el sentido que envuelven ni por el interés que abarcan: el vicio le ha saturado hasta el extremo de hacerle insensible á los accidentes del vicio mismo. Tiene marcado de antemano su derrotero, su punto objetivo, concretas y limitadas sus aspiraciones, y como estos accidentes no han de influir poco ni mucho en sus intereses presentes ni futuros, de ahí que p[illegible]anezca completamente extraño á cuanto le r[illegible].

[illegible] quien conociendo al *pancista* íntimamen-

te, afirma que su ganancia diaria es segura, tan segura como la renta de una propiedad asegurada de incendios. Por los datos y noticias que acerca del particular he podido reunir, me inclino á creer que, sin ser la ganancia diaria tan segura como algunos suponen, es, sin embargo, muy probable que el *pancista* saque del juego para vivir, con más ó ménos trabajos, con más ó ménos apuros. Y ¿cómo no cuando en este desgraciado país vive sobre el mismo todo el que se lo propone, con tanta más holgura cuanto mayor sea su cinismo y su inmoralidad?

Hay otros *pancistas* sin antecedentes y sin merecimientos á los cuales nadie respeta. Los *infeliçes* á que me refiero bien puede decirse que son aficionados. Como no tienen reputacion y carecen de autoridad dentro del *gremio*, no pueden sentarse á la mesa con el descaro que el pancista viejo, y se resignan á permanecer de pié, en segunda fila, lo cual es harto incómodo. No tienen paciencia para estarse toda la noche, ni el aplomo y seguridad que el *cargo* requiere si ha de desempeñarse con perfeccion. Sin embargo de todo esto, tambien esos pancistas vulgares y adocenados viven á expensas del vicio, adquieren cada dia nuevos conocimientos en el arte vivir sin trabajar, y al cabo llegan á perfecci narse siendo modelos de perdidos y afrenta y

carnio del país á que pertenecen... y de la moral sobre todo.

Pero la moral es una señora tan recatada, tan llena de escrúpulos y miramientos—¡mujer al fin!—que, por temor al escándalo, sin duda, sufre con resignacion tamaños ultrajes y tolera la existencia de esos y de otros muchos *vividores* que la deshonran, sin proferir una queja formal contra ellos, ni siquiera demandarlos por daños y perjuicios ante un juez de primera instancia. Bien que esta prudente conducta quizá sea hija de las muchas quejas que de los encargados de administrar justicia tiene la moral que, aunque moral y todo, es por extremo quisquillosa y susceptible.

*
* *

Y aquí concluyo, rogando á Vd. no eche en saco roto estos apuntes y noticias que bien pueden servir para bosquejar un tipo curioso, completamente desconocido de la generalidad de las gentes y digno de figurar en su *Galería*.—Con lo cual tengo el gusto de ofrecerme á Vd. atento S. S. Q. B. S. M.,

E. N. Puerta.

Por la copia,

El Autor.

V.

LOS PERDONA-VIDAS.

Aunque el tipo es asaz conocido y por todo extremo vulgar, merece, sin embargo, ocupar un lugar en esta galería y ser descrito con algun detenimiento para que aquellos de mis lectores que hayan tenido la fortuna—que así puede llamarse—de no encontrarlos hasta ahora en su camino, puedan reconocerlos á primera vista y tratarlos como es debido si por acaso alguna vez los encontraren.

España, la tierra clásica del valor y la caballerosidad, el país guerrero por excelencia,

donde retoñando está
siempre el gérmen de una guerra,

como dice García Gutierrez; el pueblo intrépi y valeroso, cuyos hijos, generalmente habland buscan en ocasiones la muerte con la mayor i

pavidez y hasta por un motivo fútil; este país que, según la frase del mismo escritor,

parece que fué creado
para escuela de la guerra,

produce tambien, y negarlo fuera locura, almas pequeñas y cobardes, incapaces de las empresas y acciones que forman el carácter distintivo de nuestro pueblo.

Algunos de estos cobardes, avergonzados de sí mismos y faltos por otra parte de un criterio sano y de una conciencia recta, se empeñan en engañar al mundo queriendo aparecer ante la sociedad distintos de como son, á saber: siendo cobardes, pretenden pasar por valientes. De esta madera son los perdona-vidas que tanto ruido meten y que tan malos ratos hacen pasar á los hombres pacíficos que, sinceros y honrados, no disfrazan su modo de ser.

Y no hay que dudarlo: el hombre que por motivos pequeños y á veces sin motivos, provoca cuestiones *graves* y no quiere transigir ni en el menor detalle cuando su antagonista, rehusando ir á *cierto terreno*, procura arreglar la cuestion *satisfactoriamente*, como dice de ordinario la *gacetilla*, es un cobarde. Si, por el contrario, se en-
ıtra, como suele decirse con la horma de su
·to; si halla un hombre *dispuesto á todo*,
ıstrado como está en la farsa de la vida en

ciertas escalas sociales, piensa *juiciosamente* que la cuestion no es de tanta importancia; busca de una manera hábil, siempre dejando su honor *bien puesto*, soluciones conciliadoras, que eviten un lance desagradable, y sigue gozando fama de valeroso.

La frase vulgar y célebre de aquel portugués que perdonaba la vida al que lo sacara del pozo, es perfectamente aplicable á muchos tipos que todos conocemos, que han hecho su *reputacion* —reputacion poco envidiable—por medio del escándalo, y que por una mirada, por un gesto, que van derechamente á *herir su dignidad*, como ellos dicen, sin creerlo ellos mismos, provocan á singular combate en duelo á muerte á cualquiera que haya tenido la mala ventura de parecerle cobarde.

Si el cobarde, como digo más arriba, *resulta* valiente, siempre tiene tiempo y medios el perdona-vidas de arreglar la cuestion en el sentido que le conviene, y este sentido es no batirse dejando su honor en el lugar que le corresponde. ¡Y es que nadie ha caido en la cuenta del *lugar* á que pertenece el honor de dichos señores!

En todas las capas sociales, como dirian ciertos filósofos, existe el perdona-vidas. Entre la que hemos dado en llamar clases del pueblo, e tipo se destaca mucho; está familiarizado con

Saladero; sirve en ocasiones, muy malas causas, y hasta suele ocupar la prensa con el relato de sus hazañas; pero no es, ni con mucho, tan perjudicial como el perdona-vidas de levita,

de alma gastada y botas de charol,

que dijo el poeta.

Mozo que vive de su propio fuero,

calumniando á quien se le antoja, y humillando y poniendo en ridículo á cuantas personas encuentra á su paso que tienen la desdicha de no conocerle tal cual es y cometen el pecado de tenerle miedo.

El perdona-vidas de chaqueta, ya lo he dicho, es el ménos perjudicial: es perdona-vidas por temperamento, por vanidad, más no por cálculo, y aparte de que se dedica á *cobrar el barato* en ciertas casas *non sanctas*, ocupacion fea y poco decorosa, en general el tipo es gracioso por las balandronadas que vierte y las *historias* que cuenta, y apenas si produce el menor daño aún á las personas cuyo trato le es habitual.

No así el perdona-vidas de clase *más elevada*, que daña y envenena impunemente cuanto toca, aunque tambien es fuerza convenir en que no es suya toda la culpa. La educacion que recibe en-
por mucho en su modo de ser; pero no es es-
ocasion oportuna ni lugar á propósito para
rar en cierto linaje de consideraciones filosó-

ficas (¡!) que por otra parte me desviarian de mi intento.

En cierta clase de la sociedad, donde más pruebas de moralidad y cultura debieran darse, parece como que se tiene á menosprecio el emplear la inteligencia en estudios que, al par que son útiles al Estado político, dan cierto brillo y respetabilidad al que á los mismos se consagra con algun provecho. Por esta razon, que ninguna razon revela, muchos *señoritos de clase elevada*, llegan á formarse hombres sin haber seguido ninguna carrera, sin entender una palabra de nada (de nada útil), sin otros títulos para ser considerados por las gentes que los de nobleza de su familia—si por acaso es *noble*,—sabiendo algo de gimnasia, mucho de esgrima y tocar *algunas cositas* al piano.

Con semejante educacion, y el orgullo y la vanidad de *su raza*, se lanza mi hombre al mundo, y ¿qué ha de hacer? Por hacer algo es galanteador de oficio, trasnochador por costumbre, duelista de profesion y perdona-vidas por sistema. Aunque sea cobarde, que suele serlo—se dan casos—es lógico y racional que pase por valiente. Y es lógico y racional que así suceda por los siguientes motivos:

Consagrada toda su actividad é inteligencia desde sus primeros años al *arte* de la esgrima

aunque no tenga mucho de *lo* de Salomon, se comprende sin esfuerzo que al llegar á la edad de las pasiones sea un tirador consumado, un espadachin de primera nota. La misma seguridad que tiene de lo que sabe le hace intrépido, osado, pendenciero, y no puede ménos de ser así, garantida como tiene su impunidad por las autoridades que no persiguen ni castigan á los que asesinan con todas las *reglas del arte,* y por la destreza de su brazo. Esas garantías suplen perfectamente el valor, y dados los hábitos y costumbres que ha adquirido el sugeto viviendo en la holganza, sin dar á sus sentimientos ni á su inteligencia el alimento sano que enjendra nobles pasiones é intenciones rectas, tiene que seguir un camino de perdicion fatal é inevitablemente.

Este jóven osado y engreido, encuentra en su camino un hombre honrado que, hijo de padres más escrupulosos ó ménos ricos, ha tenido que seguir una carrera á la cual ha dedicado todo su tiempo, siendo, por consiguiente, profano en el nobilísimo *arte* de la esgrima. Por la cosa más sencilla le insulta cruelmente y á seguida habla llevar la cuestion al campo del honor. Y ¿qué cede en este caso? Que, ó el ofendido se escu- lo mejor que puede, lo cual es deshonroso en stra sociedad, ó vá al *terreno de los caballeros*

y muere asesinado víctima de su inexperiencia y de sus preocupaciones. En ambos casos el *diestro* tirador consigue su objeto. Si la cuestion se arregla pacíficamente, pasa por un perdona-vidas; y si la cuestion no tiene arreglo y mata ó hiere á su *adversario*, pasa por un valiente y es aplaudido por esa generacion servil y gastada que rinde eterno culto al dios éxito.

Nuestras costumbres estravagantes, con perdon sea dicho, forman y alientan al perdona-vidas. El duelo, elevado á la categoría de institucion social, pacientemente tolerado y libremente consentido, es el ancho círculo donde se mueven y desarrollan á placer los despreciables tipos que sirven de tema á este trabajo. Para extinguir esa raza de alborotadores por costumbre y desalmados duelistas por sistema, la mayoría de los cuales carece de valor personal y de otras muchas cualidades que adornar deben al hombre, seria preciso que todo el mundo aprendiese esgrima y que, todos los hombres de sentimientos honrados y sana razon estuvieran siempre dispuestos á castigar la insolencia de los perdona-vidas en *cualquier terreno*. Pero esto no puede ser; en primer lugar, porque no todos lo hombres quieren perder en los primeros años d su juventud un tiempo precioso que necesita para cosas verdaderamente útiles; en segun

lugar, porque no á todos los hombres les gusta el ejercicio de las armas, y, finalmente, porque muchos no estan en situacion de malgastar el tiempo aun cuando á semejante entretenimiento tuviesen aficion.

El hombre prudente, juicioso y comedido, piensa que nunca ha de tener una cuestion desagradable, puesto que él no ha de provocarla. ¡Cuánto se equivoca! Precisamente el hombre pacífico, solo por serlo, es objeto de agresiones injustas, toda vez que el agresor puede prometerse una perfecta impunidad. Precisamente con el hombre pacífico, honrado y tolerante que nunca busca una cuestion y desea evitarlas todas, es con quien se ensaña, por decirlo así, el *baratero* de levita que á costa de indignidades y bajezas labra su poco envidiable reputacion.

Creo que basta lo apuntado para conocer el perdona-vidas en sus rasgos más característicos y en sus más interesantes manifestaciones; empero no terminaré sin apuntar aquí una receta contra esta que pudiera llamar plaga social: no en vano se ha dicho que contra siete vicios hay siete virtudes.

l perdona-vidas se anuncia y dá á conocer, eralmente hablando, por su intransigencia erada, por su descompostura sin límites, por amenazas ridículas, y sobre todo, por ser el

iniciador de todas las cuestiones y fundarse éstas en motivos baladíes ó más bien en pretestos de poca monta.—Carísimo lector: si alguna vez se te presenta uno de estos tipos y te provoca y te propone como *ultimatum* de sus resoluciones un paseo al *campo del honor*, no te andes por las ramas, no manifiestes la más mínima debilidad, no hagas ni digas nada que pueda autorizarle á creer que lo tomas en serio, porque entónces estás perdido. Por el pronto, es decir, provisionalmente, *siéntale de veras la mano*, rómpele una costilla ó alguna otra parte esencial de su indivíduo..... y yo te respondo del resultado, que es magnífico, superior á todo encomio.—El *perdona-vidas* será despues amigo tuyo, si así lo deseas, amistad que no debes admitir siguiendo mi consejo.—En cuanto á la eficacia del remedio, es cosa probada: la práctica lo garantiza.

VI.

LOS INTRUSOS.

¿Quién, por distraido que sea, no ha encontrado en su camino alguna vez un intruso que haya pretendido robarle su asiento en un banquete, las miradas de una hermosa en una *soiré*, su felicidad en el hogar doméstico, su pareja en un baile, su opinion en una polémica y la paciencia en todos los casos?—Podria afirmarse que para nadie es desconocida la raza de los intrusos, considerablemente aumentada, aunque no corregida, en estos últimos tiempos.

Los intrusos han oido decir: «De audaces es la fortuna,» y no han necesitado más para lanzarse en el torbellino de la vida á esplotar cuanto ella ne de esplotable bajo el punto de vista de cier- *moral*, patrimonio exclusivo de esos hombres ı poseen á la perfeccion un descaro sin lími-

tes y una despreocupacion asombrosa, estando además dotados de una ignorancia supina—que la audacia encubre perfectamente—sin cuya cualidad el intruso no seria intruso verdadero.

Aunque estos tipos no consigan siempre hacer fortuna, consiguen por lo ménos, áun en casos excepcionales, comer y cenar grátis muchas veces, alternar con personas importantes á quienes no conocen, pasar pór hombres ilustrados siendo unos necios, adquirir relaciones que andando el tiempo pueden serles útiles, y otras muchas cosas que no conseguirian si no acudiesen donde no los llaman, si no dieran opiniones que nadie les pide, si no trataran, en fin, de cosas que no entienden; pero entónces no serian intrusos, y por tanto no habria que ocuparse de ellos.

Verifícase un banquete en Fornos ó en cualquiera otra parte para celebrar el advenimiento de una República, ó la restauracion de una Monarquía, ó para ponerse de acuerdo varios hombres políticos sobre los *principios*, ó para otro cualquier objeto, que el objeto no hace al caso, y los españoles hallan en todo pretexto para comer, y el banquete es, por ejemplo, de treinta cubiertos. Raro, rarísimo es el banquete de esta índole donde no faltan, al comenzar, algunos c biertos. El anfitrion, ó si se quiere el *pagano*, notar la falta de cubiertos y la sobra de come

sales, lejos de pensar que allí puede haber intrusos, cree que alguno de sus más íntimos amigos se ha permitido la confianza de convidar á alguien cuya presencia sea necesaria en semejante solemnidad, é inmediatamente ordena que se sirvan los cubiertos cuya falta ha notado.

Suele tambien darse el caso de que el anfitrion sospeche que algunos se han entrometido, aunque por prudencia no lo diga; pero en tal caso de los intrusos es de quien ménos sospecha, porque éstos desde el primer momento han hablado tanto y con tanta naturalidad, que, más que meros espectadores, parecen los héroes de la fiesta, los promovedores de la reunion, los llamados á llevar la palabra en la misma explicando sus móviles y su pensamiento.

Y lo mismo que en un banquete ocurre en un baile ó en una tertulia, con tal de que la reunion sea numerosa, pues es sabido que en reuniones pequeñas, de amigos íntimos ó puramente de familia, los intrusos serian al instante descubiertos, y ellos, que así lo comprenden, no cometen nunca la imprudencia de lanzarse á semejantes escollos; pues aunque la prudencia está reñida con su modo de ser, quizá por una aber-
...n de su naturaleza son prudentes en ciertos
..., sobre todo para no verse nunca en tales
...

La raza de los intrusos se divide en dos clases, á saber: intrusos por cálculo, que son los que llevan el propósito de medrar por su osadía á costa del prójimo, é intrusos por temperamento, que son los que, estando parados junto á una esquina ó en los pasillos de un teatro, vienen á meter su cucharada en la conversacion de dos amigos como si los conociera de toda la vida.—Estos últimos son deliciosos. Uno de los lugares donde mejor se pueden estudiar es en el *saloncillo* de un teatro las noches de estreno. Ya sabrá el lector, y si no lo sabia puede saberlo desde ahora, que dicho local es un hormiguero las noches indicadas. Allí concurren los autores aplaudidos y tambien los silbados; críticos de varias especies y categorías, desde el modesto gacetillero hasta el importante folletinista; actores sin contrata; altos y bajos empleados, todos, ó la mayor parte amigos del autor y de la empresa, por lo cual casi todos acarician la risueña esperanza de que no guste la obra, estando ellos por su parte dispuestos á contribuir con todas sus fuerzas á semejante resultado.—Si la obra es, pues, silbada, gozan de una satisfaccion, aunque así no lo demuestren por cortesía: si, por el contrario, es aplaudida, sienten vivo pesar, aunque en presencia del autor revelen, como sucede, una alegría extremada.

Tambien concurren al *saloncillo* personas á quienes nadie conoce, que no entienden una palabra de literatura y arte dramático y que á pesar de su ignorancia en tales materias hacen la crítica de la obra, dan la enhorabuena al autor y á los actores, hablan con todo el mundo y hasta logran en algunos momentos pasar por críticos ilustrados. No hay para qué decir que estos caballeros son intrusos. Han acudido aquella noche al teatro, saben que hay un *saloncillo* destinado á la murmuracion—natural desahogo de la impotencia y la envidia—donde se desuella despiadadamente al autor si no se halla presente y se le adula hasta el servilismo si allí se encuentra, y dicen: «Vamos allá, pasaremos el rato, sabremos por *buen conducto* á qué atenernos respecto del mérito de la funcion y conoceremos personalmente al autor y á los actores.»

Una vez dentro del *saloncillo*, no sin alguna extrañeza del portero, el formar juicio acerca de la obra es para ellos la cosa más fácil. Por el pronto no dicen una palabra, se limitan á escuchar con cierta cautela lo que se dice en los varios corrillos que se forman por la gente del oficio y despues repiten, como cotorras, lo que han

...cede algunas veces que, lo que el intruso ...ído en un corrillo y repite en otro no es ad-

misible, lo cual no es extraño, teniendo en cuenta que rara vez hay dos críticos que estén de acuerdo en el análisis de una produccion. Cualquiera creerá que el intruso pasa entónces un mal rato por no poder aceptar la discusion á que le provocan rechazando sus opiniones. Nada de eso: el intruso llega y dice—porque lo ha oido un momento ántes—que tal ó cual recurso es impropio y da algunas razones..... de pié de banco: le contradicen; mas él se escapa por la tangente diciendo con el mayor aplomo: «Nada, amigo mio, no discutamos: ¿usted no participa de mi opinion? Buen provecho; no aspiro á convencerle, soy tolerante y poco amigo de *discusiones enojosas.* Ese defecto no lo he notado yo solo; es casi la opinion general. ¿Usted cree lo contrario? no me opongo, está Vd. en su derecho?

De esta manera el intruso sale airoso y léjos de aparecer como insensato pasa por hombre tolerante, amigo de respetar todas las opiniones y enemigo de disputas acaloradas. De aquel corrillo pasa á otro en el cual muda de conversacion para no verse en el caso de ser *tolerante* por segunda vez.

Llega el autor al *saloncillo,* todos le felicitan, y los intrusos, por no ser ménos que otros le felicitan tambien, con tanto más gusto cuanto q nada cuesta aquel acto de cortesía, á nada co

promete, se proporciona una satisfaccion á un hombre de mérito y se gana un amigo que de algo puede servir el dia ménos pensado.

Del *saloncillo* pasa el intruso á ver á los actores, á quienes da la enhorabuena por el acertado desempeño de la obra, y aunque los actores como el autor se preguntan interiormente quién podrá ser aquel sugeto tan amable, concluyen por hacerse la siguiente reflexion: «No conozco á este caballero, pero desde luego declaro que es muy simpático.»—¿Cómo no ha de parecer simpático y hasta hombre de talento aquel que, comprendiendo el flaco más vulnerable de la humanidad se dedica al piadoso ejercicio de la adulacion?

Aquellos que son intrusos por el solo placer de *farolear* ú obedeciendo á su temperamento, pero sin intencion de medrar á costa del prójimo, están retratados en los siguientes versos:

«Estos por lo comun son buena gente,
son á los que llamamos infelices,
hombres todo entusiasmo y poca mente
que no ven más allá de sus narices.»

...nbien pertenecen á la categoría de intru-
s... intrusos perjudiciales, los que por influen-
c... ...or dinero—y se han dado casos—reciben

un título de médico, abogado, ingeniero, etcétera, etc., sin merecerlo en justicia por no haber sacado de sus estudios el fruto necesario al ejercicio de tan respetables ministerios. Semejante intrusion priva de la vida á muchas personas ántes de tiempo, hace de la ley un sarcasmo y de la justicia una arbitrariedad, es causa á cada momento del hundimiento de un puente, de la explosion de una caldera de vapor, del derrumbamiento de un edificio y de otros innumerables males que minan y aniquilan brutalmente la salud del Estado, y cuya enumeracion, al alcance del lector discreto, seria prolija.

¡Y todo por ese pecado capital de nuestros tiempos, que se llama osadía y arrastra á tantos hombres á invadir el campo ajeno!

La osadía de los unos sólo vive á costa de la debilidad de los otros: el dia en que concluya la debilidad, se habrán acabado los intrusos.

VII.

LOS POBRES DE LEVITA.

No ignoro que el tema está manoseado y por consecuencia que es muy difícil cuando no imposible decir algo nuevo sobre la materia. Este es el gran inconveniente con que luchamos los que hemos venido al mundo cuando todo se ha dicho, por cuya razon puede decir que ha puesto una pica en Flandes el que logre ser completamente original en achaques de literatura.—Sin embargo, paréceme que en la clase numerosa que constituyen los pobres de levita, existe un grupo de importancia que nadie ha tomado aún por su cuenta, quizá por lo nuevo, y el cual no debe pasar desapercibido, tanto por la naturaleza de su reciente orígen cuanto por la influencia que ejerce en las costumbres de la actual generacion.

autor aplaudido en ocasiones y en ocasio- lbado, pero cuyo mérito, al ménos relativo, ndiscutible, ha puesto á discusion sobre la

escena dramática, en una obra realmente bella, el tema siguiente:

«La levita, ¿es signo de educacion, de distincion, ó de posicion?»

De la respuesta que muchos de los que usan dicha prenda dan á esta pregunta, pudieran resultar detalladas las muchas especies de pobres que existen; que tambien entre los pobres de levita hay notabilísimas distinciones.—Prescindiendo yo, por el respeto que me merecen y la consideracion á que son acreedores, de los verdaderos pobres de la clase media, nérvio de la sociedad en todas las épocas de la historia desde la aparicion de esta fuerza inteligente y numerosa, en los cuales la levita es signo de distincion, genéricamente hablando, voy á ocuparme tan solo de esos que bien pudiera llamar *usurpadores de estado social*, y en los cuales aquella prenda es un viviente anacronismo, si vale la palabra, que no debe valer.

Los pobres de levita sometidos hoy á la accion de mi *férula* han salido (sin órden de nadie) de esa clase honrada y benemérita que en un tiempo se llamó *plebe*, luego *estado llano* y más tarde *cuarto estado*.—Son artesanos, aprendieron un oficio que les producia para vivir con ar glo á sus necesidades, vistieron con gusto y h ta con orgullo la blusa y la chaqueta, vivier

tranquilos, resignados, sin ambiciones ruines ni pasiones bastardas,

ni envidiados ni envidiosos,

hasta que la política, esa ocupacion de la época moderna, esa monomanía de nuestro siglo, madre para unos, madrastra para otros, vino á sacarles de sus casillas despertándoles del sueño profundo y casi patriarcal en que yacian.

El deseo de lo desconocido, que muchas veces pierde al hombre (y tambien á la mujer), les sacó de su propia esfera.—Al encontrarse de la noche á la mañana, por virtud de una revolucion trascendental, *electores* y *elegibles*, lejos de limitarse, como debian, á ejercer sus derechos con conciencia é independencia verdaderas, cuidando de elegir sus representantes entre aquellas personas de mayor ilustracion y probada moralidad que promovieran y realizáran la felicidad de la pátria, se hicieron agentes electorales, se agitaron en la lucha de los comicios, intrigaron y pelearon contra la ley, y por fin consiguieron, abusivamente, *traer* á las Córtes una respetable cantidad de personajes meramente políticos, de esos que apenas si saben que en todas las naciones hay intereses materiales de los cu[illegible] deben ocuparse los legisladores preferente[illegible].—Andando el tiempo estos personajes ll[illegible] al poder (¡como que no se ocuparon de

otra cosa!), y, siguiendo la costumbre de antiguo establecida, repartieron credenciales á diestro y siniestro.

Aquellos artesanos se creyeron con más derecho que nadie á disfrutar del botin, hicieron valer sus méritos en largas hojas de servicio, reclamaron con energía y obtuvieron lo que deseaban. No habia en el rincon de sus provincias respectivas espacio suficiente para ellos y sentaron sus reales en Madrid, trocando al punto los útiles de su profesion por la pluma y el raspador del oficinista, el sombrero hongo por el de copa, el trabajo material por el de la *inteligencia*, la chaqueta, en fin, por la levita. La industria y el comercio perdieron auxiliares poderosos, la administracion pública adquirió algunas nulidades, el servicio empeoró de una manera pasmosa y... total: resultaron algunos pobres de levita.—Pero no precipitemos los sucesos: hay que decir cómo y por qué resultaron tales pobres, nuevo adorno de esta famosa capital.

Al salir estos hombres de su propia esfera rompieron con todos sus antiguos hábitos, se crearon nuevas necesidades, y notaron, sin gran esfuerzo, que en el cambio habian ganado mucho, que habia una muy notable diferencia entre la vida del empleado público y la del trabajador, é hicieron el firme propósito de no vol

por nada ni por nadie á su primitivo estado. (Esto de estado primitivo puede entenderse de las dos maneras.) Pero la fortuna, mudable y veleidosa (como mujer), llevó el poder y las delicias á él anejas á manos de otros hombres; los artesanos á que me refiero quedaron cesantes (quizá para colocar en sus puestos indivíduos de la misma clase) y, como habian formado el propósito de no volver á trabajar, se dedicaron entonces á la *carrera de cesantes*, se hicieron conspiradores, bulliciosos, y por último y como remate de fiesta, pobres de levita. Hé ahí el tipo en todo su esplendor y magnificencia.

—¡Hijos legítimos de la moderna revolucion, nuevo elemento de desórden en todos los órdenes de la vida,—principalmente en el económico,—nueva clase social que pesa casi de manera esclusiva sobre esta córte, alegre y expansiva de suyo, nueva irrupcion de *bárbaros* (entiéndese tambien de todas clases): yo os saludo, con regocijo despues de todo, porque con vosotros y por vosotros veo aparecer el período álgido de una enfermedad que ya empieza á llamar la atencion de los que pagan y no cobran y cuyo remedio urge por instantes!

[illegible] pobre de levita de que me voy ocupando le r[illegible]cereis inmediatamente entre el bullicio de u[illegible]cesion ó el escarceo de una *ejecucion* en

el Campo de Guardias, más que por otra cosa, por la levita que lleva puesta, y más que por ésta todavía, por el aire *marcial* que imprime á su gentil persona la citada prenda, que aún no ha podido ni podrá nunca establecer buenas y armónicas relaciones con su dueño, que más que dueño es tirano.

Como la sola ocupacion de este tipo consiste en *esperar* que caiga el Ministerio para que suban los que él llama modestamente sus amigos, le encontrareis en todas partes y á todas horas hablando mal del gobierno, inventando noticias de crísis, comentando el estado deplorable de los valores en Bolsa, cosa de la cual no entiende palabra, creyendo con una candidez patriarcal que sus tiros dan en el blanco, y que si *su partido* tarda en llegar á las alturas olímpicas del poder, *sus adversarios* habrán de llamarle para comprar su silencio con un buen destino.—Excuso decir que esto último jamás se realiza, por cuya razon, y de etapa en etapa, cae el pobre de levita en un extremo peligroso, peligrosísimo.

Como no tiene aptitud ni medios para ganarse la subsistencia fuera del destino y de su antigua ocupacion, de la que no quiere acordarse siquiera; como el *esperar* no produce nada, al ménos que yo sepa, y como la holganza rebaja los caractéres y el sentido moral de los hombres hasta



un nivel indescriptible, dá en la *gracia* de pedir dinero á todo el mundo,

fingiendo historias y contando lástimas
que ablandaran los bronces y las peñas,

y lo que en una persona delicada es martirio insufrible, es para él ocupacion fácil y amena, llegando á adquirir el convencimiento de que no hay mejor manera de *buscársela* que aquella que sintetiza esta frase que envuelve un problema tan complejo como pavoroso: «Vivir sobre el país.»

Cuando el hombre ha llegado á tal extremo ya está dejado de la mano de Dios, como suele decirse; emprende una lucha desesperada contra la sociedad, de cuya viciosa organizacion se queja amargamente, cuando él contribuye poderosamente á desorganizarla, y como las armas no son iguales, él es al fin vencido; del estado de pobre de levita pasa á la condicion de *caballero de industria* (toscamente formado), se hace jugador, petardista, recorre todas las gradaciones del vicio, y viene á terminar su vida en el hospital ó en el Saladero.

Si no tiene valor ó maldad suficiente para lanzarse á tales escollos y continúa siendo lo que se llama un buen hombre, llega al último grado de la miseria, desciende de la categoría de pobre de levita á la de mendigo vulgar, arrastra una exis-

tencia peor que la misma muerte, y acaba su carrera en el Pardo: su levita no es ya signo de posicion, de educacion ni de distincion; ha perdido completamente el pelo y la forma; recuerda involuntariamente una generacion que ya descansa en la sacramental de San Luis, y vá pregonando por todas partes la instabilidad de las cosas humanas, lo pasajero de los goces mundanales, y el justo castigo que sufre el que indebidamente la lleva contra su voluntad y contra las leyes del destino.

Si el tipo de que me ocupo no tiene familia, y por tanto no tiene que atender más que á su persona, aunque pasa ratos muy desagradables, no es, sin embargo, su situacion de las más apuradas. El cuadro se oscurece de negras tintas, hasta el extremo de ser imposible su presentacion ante el público, cuando estos pobres de espíritu y de inteligencia tienen familia y ésta la constituyen una esposa y varios hijos, séres desgraciados que sufren el castigo de una falta que no cometieron, víctimas inocentes del más culpable de los extravíos, y eterno remordimiento que debe por siempre resonar en la conciencia del insensato que tan inmensa desgracia causara. En este caso, el pobre de levita que ha veni[illegible] á serlo por su propia voluntad, merece la exe[illegible]cion de todas las personas honradas... y h[illegible]a

diria la condenacion eterna, si yo creyera en ella más allá de la muerte de la materia.

Vistos por el lado cómico, único que debe tomarse de estos personajes grotescos, la caricatura es acabada y digna en un todo del lápiz de un artista consumado. Juzgado físicamente, fluctúa entre el mozo de cordel y el hortera de la calle de Toledo, que es el tipo primitivo del hortera genérico, sin que realmente pueda afirmarse de cuál de los dos está más cerca. Intelectualmente, es el término medio entre el cochero de plaza y el vendedor de piedras de afilar.—Así y todo, han llegado á formar grupo, á constituir clase, á causar estado, como se dice en términos jurídicos.

Me parece haberte descrito, lector benévolo, aunque á grandes trazos, una de las especies más interesantes de esa familia numerosísima que forman los pobres de levita; y hasta creo poder afirmar que este tipo es esencialmente madrileño, ó por mejor decir, que aquí únicamente existe con perfiles y detalles dignos de reproduccion.—Una vez conocido, guárdate de sus impertinencias, y principalmente pon tu bolsa al abrigo de sus necesidades. No es mucho exigir [illegible] instinto previsor que te caracteriza.

VIII.

LOS MALDICIENTES.

Segun la frase feliz de mi amigo el inspirado poeta Antonio Fernandez Grilo, «hay gentes que padecen indigestiones de alegrías ajenas,» padecimiento moral que viene á retratar de una sola pincelada esa polilla de la sociedad conocida con el nombre de maldicientes.

Parece como que los detractores por sistema, son de naturaleza distinta que las demás criaturas, representando sobre la tierra algo más infame y repugnante que la figura dé Cain, que si aquel mató á su propio hermano, al fin tuvo el valor de su crímen, mientras que los murmuradores, los calumniadores, los maldicientes, en una palabra, asesinan de contínuo la honra a na y deprimen el ajeno mérito á sangre fria perfecta impunidad casi siempre, y sin hab

cibido insultos ni ofensas de las personas á quienes hieren por la espalda.

Han adquirido la costumbre de hablar mal de todo, personas y cosas, y en ejercicio tan miserable recrean su ánimo y deleitan sus sentidos con la misma regularidad que emplea el reptil para escupir su veneno.

Es más difícil comprender la virtud que sentirla y practicarla: y como la primera cualidad del maldiciente es la absoluta carencia de sentido moral, de aquí que, no estando en condiciones de poder comprender la virtud, no crea en ella, y no creyendo, no solo es fácil sino lógico que la niegue.

Por esta razon los maldicientes son más temibles que en ninguna otra parte en los círculos íntimos de la sociedad y de la familia, donde se habla de la virtud de las mujeres, de sus actos de abnegacion, de su sensibilidad y de su constancia. Para ellos no hay hija obediente, ni hermana cariñosa, ni esposa fiel, ni madre que llegue al sacrificio. No piensan que de la mujer han nacido y que á la mujer habrán de unirse por ley de naturaleza.

ir tan solo pronunciar un nombre de mu-
je nque no la conozcan, arranca á sus lábios
u nrisa maliciosa y compasiva, trás de la
cu dibuja claramente la idea del ensaña-

miento y el propósito de hacer daño que no se aparta un punto de su corazon y de su mente. Despues de la sonrisa, toma la palabra, y, si se habla de veinte mujeres, veinte *historias* odiosas y repugnantes, hijas de la más maquiavélica invencion, salen á relucir, con tal riqueza de detalles y tan vigoroso colorido que parecen verdaderas, y que las más de las veces cree el mundo sin la menor dificultad.

Dijérase que los *maldicientes*, en su ódio á la humanidad, tienen una predileccion satánica por la mujer, prodigándola una especie de refinamiento de encono, quizá por ser la mujer la imágen más bella de la tierra y por lo mismo el más saliente contraste de la deformidad. Y como las deformidades morales son las más repulsivas á la estética del alma, por una asociacion sencilla de ideas, ó más bien por una correlacion, vendremos á explicarnos de alguna manera ese lujo de ódio que los maldicientes sienten hácia la mujer.

Es muy posible, dada su condicion, que no sean afortunados en sus empresas amorosas, que el instinto de la mujer se engaña pocas veces, y en tal concepto, así como el murciélag[illegible] ´dia la luz, el maldiciente ódie á la mujer, por[illegible] la luz de su hermosura y su virtud lastimen [illegible] tenebrosa vista. En este caso, nada más l[illegible] co,

segun ellos, que calumniarlas inventando las más absurdas novelas.

Porque eso sí, los maldicientes son hombres de imaginacion, y poseen el don de la inventiva de un modo verdaderamente asombroso.

Ésta engaña á su marido, aquella se burla de su amante, la otra es querida de Fulano, la de más allá se escapó con Zutanito, y así sucesivamente van pasando revista y resulta, segun sus juicios, que no hay una mujer buena bajo la capa del cielo, que dice el vulgo.

Cuando los maldicientes tienen la desgracia de encontrarse en minoría en una reunion—cosa que raras veces ocurre—y predomina una tendencia bondadosa, y se habla bien de los ausentes, ellos, cuyo temperamento pacífico no les permite chocar con nadie, se dejan arrastrar de la opinion de la mayoría, aunque sin renunciar por completo á sus aficiones predilectas.

Elogian sin reserva y hasta con entusiasmo á las personas cuyos nombres se traen á discusion; más despues del elogio siempre han de encontrar un *pero* que atenúe ó destruya las alabanzas.

Se trata, por ejemplo, de una mujer: todos han convenido en que es buena y hacendosa: el [illegible]ciente lo confirma. «¿Quién, Fulana?»—di[illegible] ¡Qué virtuosa, qué honrada, qué recogi[illegible] *Pero*..... es lástima que con tan brillantes

cualidades tenga tan insoportable génio, tan irascible carácter. Su marido,—lo sé de buena tinta,—estuvo á punto de suicidarse el otro dia por no poder sufrirla. Repito que es una lástima; *pero.....»*

Y de manera tan sencilla, con tanta ingenuidad, al parecer, oscurece el mérito de aquellas personas que abiertamente no puede calumniar. Renuncia á la mitad de su tarea: por completo no renuncia nunca. Primero moriria de pena que admitir la existencia de un ser verdaderamente bueno y agradable.

El *pero* del maldiciente es, como si dijéramos, su última trinchera y de ahí no hay fuerza humana que pueda desalojarle: es el único grado de *bondad* relativa que cabe en su corazon, y harto se violenta cuando tiene que contentarse con arañar siendo el morder su ocupacion favorita.

Tratándose de los hombres, dicho se está que ninguno es honrado, que nadie tiene talento, que todos carecen de buenas cualidades y que no ha habido quien lleve á cabo una accion generosa. Las grandes obras y los hechos notables se han producido por obra y gracia del Espíritu-Santo.

Si entran los maldicientes en una exposic de pinturas, no hallan un cuadro bueno y

premios se han concedido á la influencia y al favoritismo, de ninguna manera al mérito de los lienzos.

Si visitan una biblioteca—y el que esto escribe ha presenciado algunas de esas visitas—solamente celebran los libros de aquellos escritores que han fallecido—convencidos sin duda de lo inútil que es censurar á los muertos—ensañándose rabiosamente en las obras de sus contemporáneos vivos y flamantes, para perjudicarles de alguna manera.

Si asisten al teátro y la obra representada es aplaudida, el público es un ignorante y el autor un bárbaro, puesto que el drama está plagado de defectos, y no merece los honores de la representacion.

Hay que advertir, despues de todo esto, que los verdaderos ignorantes, los que todo lo critican sin entender nada de nada, son los maldicientes. ¿Cuáles son sus obras? ¿Dónde estan las muestras de su talento? Quizás porque la ingrata naturaleza les negó todos sus dones, quizás porque la impotencia y la envidia los devora, se han dedicado á morder á los demás ya que no sirven para otra cosa.—No son enteramente perj[illegible]iarles en este sentido. Si se dedicaran exc[illegible]amente á criticar las obras de arte, podria p[illegible]rseles este vicio, toda vez que esas obras

fijan la atencion pública, si son buenas, á pesar de cuanto malo se diga de ellas.

Cuando merecen severo correctivo y castigo ejemplar, es al penetrar en el vedado terreno de la vida privada para manchar la honra ajena: cuando afirman con el mayor aplomo que una esposa es adúltera, que un marido es *complaciente*, que un empleado público es inmoral y que la riqueza de un comerciante no ha sido bien adquirida, sin otros datos que su deseo de causar daño.

Los maldicientes se aclimatan en nuestra sociedad por culpa de la sociedad misma, y á ella es principalmente á quien debe culparse de los males que causan y de la impunidad que disfrutan.

Así como cada pueblo tiene el gobierno que merece, en cada generacion preponderan los vicios que la misma generacion alimenta.

Bajo este punto de vista, *los maldicientes* son un castigo merecido al estado social que los tolera. Por eso no se comprenden algunas quejas que contra ellos se formulan. Más lógico seria aplastar los reptiles, que quejarse de sus mordeduras despues de haberles prestado conf[illegible]ble abrigo.

IX.

LOS PUBLICISTAS DE DOUBLÉ.

El uso lo trastorna todo y hay ocasiones, como la presente, en que va contra el Diccionario de la Academia. Este libro, utilísimo y hasta monumental, define el publicista diciendo que es: «Profesor ó escritor de derecho;» pero la costumbre, sin negar al publicista estas cualidades le atribuye otras muchas, y se da frecuentemente el caso de encontrar muchos publicistas que no saben una palabra de derecho y que, aunque pasen por escritores, bien juzgados en tal concepto se ve que tampoco saben escribir. Entre nosotros, publicista es sinónimo de hombre público, y hombre público todo aquel que se ocupa [illegible]lítica ó de literatura, aunque sea como sim[illegible] gacetillero de un periódico simple, ó trazan[illegible]glones desiguales que puedan dignamen-

te competir con las famosas coplas de Perico el Ciego.

Por las tintas generales de estos cuadros presumirá el lector que, al ocuparme de los publicistas, no he de gastar mi tiempo y su paciencia (la paciencia del lector) en bosquejar aquí el retrato de los que en justicia merecen este título en su calidad de hombres de Estado eminentes ó de literatos insignes. Mi tarea, aunque modesta, es más provechosa: consistirá en sacar á la pública vergüenza (si esto es posible) los falsos publicistas, los publicistas que no lo son, los *publicistas de doublé*, en una palabra.

¿No los habeis visto? Por sus obras los conocereis, como dice el Evangelio.—En los períodos revolucionarios se halla un *publicista* á cada paso, al volver de cada esquina, en el primer club ó comité de distrito. Generalmente ellos son los que pierden las revoluciones con más ansiedad esperadas y de mayor justificacion en la historia, arrastrando las incultas masas al torbellino del desórden y al camino de la perdicion. Son los autores de todo motin, los ídolos de toda demagogia, los padres de la anarquía. Eternos declamadores y cómicos eternos, sienten la pasion de la elocuencia, mejor dicho, aspiran á sentirla, y como nunca ven satisfecha esta su primera ambicion, se apodera de sus corazones el

sentimiento de la envidia, odian á todo el que posee medianamente el arte de la oratoria, y, como no son posibles ni la lucha ni la competencia en la region de la ciencia y de las ideas ante públicos ilustrados, se van por otro camino, exageran notablemente las conclusiones de todos los sistemas, sustituyen el raciocinio con la palabrería, adquieren una verbosidad pasmosa, capaz de taladrar los oidos á la estátua del Comendador, y adulan servilmente todas las malas pasiones, todos los instintos perversos de la multitud.

El *publicista de doublé* es periodista, literato, orador, hombre de partido y conspirador; todo en una pieza. Sin talento, sin instruccion, sin virtudes públicas ni privadas, posee, sin embargo, una gran cualidad á la que debe en ocasiones su pasajero encumbramiento, que pasajero ha de ser tratándose de tipos de su calaña: tiene una grandísima actividad, se encuentra en todas partes, hace toda clase de papeles y se somete á todo linaje de circunstancias. Cuando mendiga favores es adulador hasta el servilismo; cuando de él se solicita el más pequeño servicio es altivo hasta la grosería. El egoismo es la norma de ida; la ingratitud el vicio que germina en entrañas. Su ambicion satánica y bastarda nantiene perpétuamente en ridículo entre los

hombres de verdadero talento y no afectada modestia, y sólo el vulgo nécio, que dijo Lope, le admira y le acepta como publicista. En el periódico donde escribe redacta y publica sueltos hiperbólicos elogiando lo que él llama sus obras, muchas de las cuales son imaginarias, y las que realmente ha producido son, á lo sumo, cuando son algo, una paráfrasis desdichada, un plagio insulso de lo que otros escritores han dicho y repetido hasta la saciedad.

«El estilo es el hombre.»—Montaigne lo ha dicho y hay que repetirlo. El estilo del *publicista de doublé* es su propia personalidad: hinchado, hueco, afectado, campanudo; con un amaneramiento que raya en lo increible y una ampulosidad que marea. No hay que buscar en el fondo de sus escritos ni una idea, ni un raciocinio que acusen la más lijera chispa, no ya de talento, pero ni siquiera de sentido comun. He dicho fondo y debo rectificar; los escritos de esa gente no tienen fondo, propiamente hablando, y en cuanto á la forma, que así hemos de llamar al empedrado de palabras que brotan de su impacable pluma, me parece que con lo dicho basta para poder aquilatar su *mérito.* De estos *publicistas* ha nacido el famoso *volvamos en sí* de 1 periódico no ménos famoso, el *lápsus plume, zamarra de Adan, el hombre embozado en un ri*

con y tantos otros desatinos que corren de boca en boca haciendo las delicias de críticos y gramáticos.

El *publicista de doublé* habla en todos los clubs, en tiempos de *bullanga* (que así puede y debe decirse cuando el poder transige con la demagogia en perjuicio del sosiego público) ó pertenece á todas las sociedades científicas y literarias cuando las demasías de abajo engendran la dictadura de arriba, y obligan á la sociedad á pasar por esos períodos de silencio y de resistencia tan frecuentes en nuestro país y que tan desdichada idea dan de la cultura de una nacion. Él, el publicista, lo que desea ante todo y sobre todo, es exhibirse; pronunciar discursos, publicar artículos, confeccionar libros, y luego hacer públicos elogios de sus talentos y de sus habilidades; que su nombre ruede constantemente por las columnas de los periódicos con el pretexto más fútil ó sin pretexto alguno, y que su actividad, verdaderamente ratonil, y su osadía ó más bien su desvergüenza y su cinismo, suplan la ausencia completa del talento y de la instruccion.

En la redaccion donde *cae* intenta trastornar-todo, meterlo todo á barato, sobreponerse á compañeros, el último de los cuales es una nencia con él comparado; intriga con el di-

rector ó propietario, con el administrador, con el noticiero; se conquista la animadversion de todo el mundo y por último, ó queda dueño del campo marchándose de la redaccion todo el que vale algo, en cuyo caso llega el periódico hasta un extremo en que no se puede leer (por no escribirse en lengua conocida), ó tienen que echarlo con cajas destempladas por haberse hecho incompatible hasta con el mozo de la redaccion, *ofensa* de la cual se venga con ensañamiento calumniando villanamente al director del periódico, que si cometió alguna falta en su vida fué la de sufrir á este tipo más de ocho dias con perjuicio de sus intereses y de la reputacion de su diario; habla mal de sus antiguos compañeros, tolerantes con él hasta la exageracion, y finalmente hace pasar por el tamiz de su lengua viperina á todas aquellas personas que le han hecho algun favor ó valen más que él: en el segundo caso se halla todo el que tiene sentido comun.

Despues de su campaña periodística que suele ser corta, y cuyo mayor espacio lo ha empleado el *publicista de doublé* en hacer, como él dice, su reputacion, dándose *bombos estrepitosos* (1) en la

(1) Recuerdo uno de estos *bombos*, en el cual se anunciaba un quisicosa del publicista, que terminaba con estas palabras: «La mejor garantía para nuestros lectores es el nombre del autor.»—¡Él mismo lo escribió y ni se ruborizó siquiera!

gacetilla, con incansable afan, y exhibiéndose en todos los círculos como director ó jefe de redaccion del periódico donde escribe, viene á quedar de reemplazo por las razones que apuntadas dejo, y ya decididamente abraza la carrera de literato, en su más alta expresion, escribiendo libros que el público destina luego, si llegan á imprimirse, á usos que aquí no quiero nombrar, ó bien no se dedica fijamente á nada por dedicarse á todo y sigue bullendo y agitándose (en el vacío), aguijoneado por la ambicion de bienestar y de goces materiales que le consume. El elevado espíritu de noble emulacion que ambiciona la gloria por la gloria misma, no por las *utilidades* que de ella se pueden sacar, ese espíritu generoso que ha creado tantos hombres ilustres y tantos beneficios ha hecho á la humanidad, no palpita en el corazon ni en la mente del *publicista de doublé.*

Uno de los negocios que con más tenacidad persigue este tipo es un casamiento, por cálculo, con una mujer rica. Si lo consigue, puede decirse que ha hecho la mitad de la jornada; puede aspirar á una cartera ministerial y hasta conse-‑‑irla: frecuentes ejemplos tenemos en España.

‑n muchas ocasiones, casi siempre, y Dios me ‑one el mal pensamiento, la mujer que sien-‑óven, hermosa y rica se casa con un hombre

que además de pobre es nécio (necedad que las mujeres distinguen mejor que nadie,) ¡á mí que no me digan! esa mujer..... necesita *editor responsable* y lo compra con su dinero. De lo contrario si es una virtud salvaje, una de esas virtudes que dejan en mantillas á la Lucrecia que sirve de erudicion en estos casos raros de la virtud heróica (porque hubo dos Lucrecias,) esa es más fea que la conciencia de una Traviatta, y lleva en su rostro y en su talle y en todo su ser material el escudo de su virtud.—El *publicista* se ocupa poco, ó no se ocupa nada, de estos detalles, y vá derecho á su negocio. En la cuestion de amores, de amor propio, de fidelidad conyugal, etc., etc., es *tolerante* y verdaderamente *liberal.*

Sea la que fuere su condicion ó estado, rico ó pobre, casado ó soltero, el *publicista de doublé* se encuentra en todas partes, desempeñando cargos públicos, haciendo *discursos*, escribiendo desatinos y molestando, y asombrando á todo el mundo con sus acciones y con su osadía. Él tercia en todos los debates y lleva la contra á todas las ideas, á todos los sistemas y á todas las soluciones. No expone nunca una razon de peso ni un argumento que no esté hasta el infinito petido; pero grita y gesticula mucho, se escuc á sí mismo con deleite, acaba con la pacien

del auditorio, y una vez terminada la sesion, ó junta ó lo que sea, su primer cuidado es redactar una gacetilla—circular que envia á los periódicos diciendo que acaba de pronunciar una oracion brillantísima que ha cautivado el ánimo de sus ilustrados oyentes.

En todas sus peroratas, venga ó no á cuento, baraja los nombres de Mirabeau, Montesquieu, Danton, Aristóteles, Platon, Sócrates, Tácito, etc., etc., siendo las más de las veces contraproducentes y negativas las citas con que á manera de empedrado esmalta de autores que ni siquiera ha visto por el forro, las indigestas pláticas ó filípicas que brotan de sus lábios.—Para imprimir sus obras, suele engañar á un impresor á quien no paga jamás, castigando de este modo su candidez, ó algun editor que, adquiriendo el original casi de balde, no pierde más que la mitad del coste de la impresion

«vendiendo al peso la edicion entera
que el autor á su gloria destinaba,
enferma de cuidado la mollera.»

A las obras de estos publicistas se puede aplicar perfectamente el sabido epígrama que dice:

«En un cartelon leí
que tu obrilla baladí
la vende Navarmorcuende:

no has de decir que la vende,
sino que la tiene allí.»

O aquel otro:

«Un escritor de esta edad,
que es un pedazo de atun,
decia con seriedad:
—Yo escribo para el comun.—
Y decia la verdad.»

A pesar de su notoria insuficencia, de sus grandes defectos de carácter, de la mezquinidad de sus sentimientos y de la ruindad de sus pasiones, logra á las veces abrirse camino, como suele decirse, entre ciertas clases de la sociedad, y hasta ser diputado: de aquí los frecuentes disparates que se oyen en pleno Parlamento. Puede ser ministro, y lo han sido y lo serán muchos *publicistas de doublé*: de aquí las grandes atrocidades y los desatinos sin cuento de los gobiernos de algunas épocas.

La existencia de este tipo es causa perenne de perturbacion y de inmoralidad en las más elevadas esferas de la vida, en las esferas intelectuales, donde

«acólito del génio verdadero,»

como dijo el malogrado Lopez García, y Judas del arte y de la ciencia, como le llama todo e que de veras le conoce, envenena cuanto toca prostituyendo las ideas que pone al servicio d

su ambicion y de su vanidad, bastarda la primera y ridícula la segunda.

Al fin de su vida, si ha logrado hacer carrera, lo cual no es imposible, nos encontramos con un hombre *respetable*, con una autoridad política ó literaria que nada puede enseñar, porque nada sabe, y cuyo ejemplo puede ser pernicioso á la juventud. Lleva escrito en su memoria un catálogo de signos que nada representan, como dice Rousseau, y las posiciones que ha ocupado y las canas que ostenta, le rodean de cierto prestigio que le hace acreedor á la consideracion pública.—¿Se recuerdan sus vicios y sus debilidades á última hora?—Esto acontece muy pocas veces: por regla general el *publicista de doublé* muere respetado.

Suele tambien acontecer que este tipo acabe sus dias en la oscuridad de que nunca debió salir, detrás del mostrador de una tienda de ultramarinos, utilizando las obras que produjo su locura en envolver *artículos de primera necesidad*.—Este debiera ser siempre su porvenir.

X.

LOS BUFOS.

Un escritor distinguido, Isidoro Fernandez Florez, acaba de celebrar juicio de conciliacion (1) con el introductor en España, puede decirse, de ese contrabando artístico que se llama *género bufo*, y que tanto se esplota al presente en el teatro con gran detrimento del buen gusto y de la moral. Comprenderáse desde luego que, al hablar del introductor en España, de eso que algunos llaman caricatura del arte y que ni siquiera merece tal honor, me refiero á Arderius. Sí, señores, el mismísimo Arderius ha demandado de injuria al Sr. Fernandez Florez por un artículo que este publicó en *El Imparcial* criticando y censurando como tuvo por convenient

(1) 16 de Julio de 1877.

—siempre dentro de la cultura y de la conveniencia—el malhadado género que tan perniciosos efectos ha producido en las costumbres públicas. El hecho me parece aun más risible que las bufonadas que tienen su natural asiento en el circo de Rivas durante la estacion de verano, y que han motivado el artículo orígen de la querella.

Para que el público pueda medir en justicia hasta donde raya la suceptibilidad del actor, llamémosle así, por la gracia que tienen, por lo gráficas que son y muy especialmente porque sirven á mi propósito, voy á copiar las definiciones acerca del bufo, que han dado lugar al juicio de *conciliacion*. Hélas aquí:

«El bufo es un sér especial, sin clasificacion posible dentro de la nomenclatura del arte.

»No es cómico, aunque representa: le faltan conocimientos universales, delicadeza de sentimiento, espíritu crítico de tiempo, tipos y costumbres; ignora las diferencias psicológicas que existen entre la risa de un sér racional y la mueca de un mono.

»No es cantante aunque canta; una compañía de bufos, filarmónicamente considerada, es una nion de gatos enamorados.

No es bailarin aunque baila: mueve las pier- desordenadamente, y sus piruetas son pun-

tapies dados á la moral. Ignora por completo que la virtud es compatible con la coreografía.

»¿Qué es, entónces? Un farsante de antaño; un gritador de solfa; un clown distinguido.

»Es un industrial del arte, un fenómeno del siglo, una creacion curiosa, original y transitoria; es, en fin, pues así os place, un bufo.»

Como el Sr. Fernandez Florez habia dicho á continuacion de los párrafos trascritos que solo se ocupaba del bufo como *artista* y no como caballero particular, el cual caballero á pesar de su profesion «puede ser hombre honrado, hijo cariñoso, esposo tiernísimo, padre entrañable y amigo fiel,» esto mismo repitió ante el juez de paz (que así se llaman en el mundo los encargados de arreglar las pequeñas diferencias sociales y domésticas), se permitió dirigir un nuevo ataque al *género*, en lo cual hizo muy bien, y el demandante se dió por satisfecho. ¡Es una maravilla!

Para evitar *emplazamientos* ridículos que aunque divirtan pueden robar un tiempo precioso, yo tambien me apresuro á declarar, con la debida anticipacion, que la personalidad del *bufo*, en lo que tiene de privada, es para mí tan respetable como la de cualquier otro ciudadano que sea digno de respeto, debiendo ocuparme tan solo, con un derecho incuestionable y perfecto, de su personalidad *artística*, ya que hemos convenido en

llamarla así; del *género*, de su influencia, de todo aquello, en fin, que al público pertenece y que el público y el crítico pueden apreciar como tengan por conveniente, á ménos que á la anomalía artística no se mezcle la anòmalía jurídica, y lleguen los bufos á ser inviolables. En este caso debe añadirse un capítulo á la legislacion de imprenta, para que sepamos de una vez cuantas son las cosas y las personas inviolables en nuestro país. Miéntras llega ese caso, que me guardaré muy bien de poner en duda, aprovecho la ocasion y me ocupo con entera libertad de los *bufos* y de su *género*, si así puede llamarse á esa coleccion de desatinos sin piés ni cabeza de que se componen las obras de tan *divertido* repertorio.



La zarzuela, aun en sus producciones más sérias y notables, y lo son casi todas las de Ventura de la Vega, puede y debe considerarse como una mixtificacion artística, y el adjetivo de *mixto* que al *género* se ha dado, lo prueba sobradamente. La zarzuela no es una afirmacion en la ›ría del arte. La música y la declamacion reaan la belleza separadamente: juntándolas, algamándolas para un fin idéntico, no podrán

realizar, no han realizado nunca, la belleza del conjunto, sin la cual ninguna creacion del génio puede aspirar al título de artística en la acepcion formal de la palabra. El recitado ha de perjudicar al canto y el canto al recitado: el uno niega y anula el otro cuando se pretende que coexistan en una misma esfera y para idéntico resultado; por eso, como he dicho, la zarzuela no es una afirmacion en la teoría del arte. Como obra musical no llegará jamás al mérito de la ópera, y como declamacion nunca competirá con el drama. Entrando en la cuestion de puro detalle, vemos que un buen cantante es siempre un mal actor dramático, y viceversa, salvas honrosísimas y contadas excepciones, cuya felíz aptitud se ha prestado al desempeño difícil y variado de ambos géneros simultáneamente.

Como la zarzuela no es un sistema artístico y por tanto no obedece á principios fijos, pasada la impresion de la primera novedad, tenia que morir ó decaer visiblemente hasta degenerar en lo grotesco. Esto último fué lo que por desgracia sucedió. La zarzuela séria, llamémosla así, engendró la zarzuela bufa. La consecuencia era natural, lógica la transicion, con mucho má motivo y con mayor rapidez efectuadas, cuant más escasearon los autores que con su génio di

ronvida artificial y aparente á lo que en realidad no tenia condiciones de existencia. Todavía se defiende, aunque trabajosamente y á condicion de transigir con el género bufo, lo que un tiempo se llamó zarzuela séria; pero ni quedan artistas que puedan interpretar lo bueno del repertorio (bueno relativamente), ni ménos existen autores capaces de cultivar el género de *Jugar con fuego* ni, finalmente, la zarzuela

> renace cual ave fénix
> de entre sus propias cenizas.

La explotacion del género *mixto*, en el único sentido que ya puede explotarse, pertenece de hecho y de derecho á los bufos. No vivirán mucho, pero por el pronto son dueños del campo.

***

El bufo más perfecto es á lo sumo comparable al torero de aficion que nunca se ha puesto delante de la fiera y cuyo *ejercicio* no pasa del *Café Imperial*. Se conoce que es torero en el traje y en la *coleta*: por lo demás no entiende una palabra del arte taurino (que arte se llama tambien [illegible]spaña la brega infernal de lidiar y matar [illegible], y se veria en grandísimo apuro si se le [illegible]ra la más pequeña *suerte*, aunque se tra-

tara no de un toro, sino de un mansísimo borrego. Exactamente lo mismo que el bufo: se le conoce por actor y por cantante, únicamente porque sale á las tablas á la manera de los que ejercen con cabal conciencia dicha profesion; pero una vez en ellas (en las tablas) está á mil leguas del más leve detalle artístico. El torero de aficion que no ha llegado ni llegará á ejercer, tiene una ventaja indudable sobre el bufo. Su pantalon ajustado, su chaquetita corta, su sombrero de anchas alas, y otra porcion de rasgos y detalles característicos del oficio, le dan todo el aspecto de un torero de verdad, y por tal le tiene el público *indocto* que no asiste á la fiesta tradicional. El bufo ni siquiera es artista en la apariencia. Si á su aire y á su figura nos atenemos, más parece ramplon hortera de la calle de Toledo ó trajinante de aldea de la vieja Castilla que artista lírico ó dramático. Su facha es innoble, si se permite la expresion, y hasta creo que esto es obra suya para estar en carácter, porque no se permitiria de ninguna manera un bufo elegante. No hay que compararle, si se quiere huir del error, con el clown de las compañías acrobáticas: es simplemente el antiguo payaso de las cuadrillas de tiriteros, que no es lo mismo aunque lo parez

Por su apostura ridícula, por su completa .

norancia en las cuestiones de arte y por cierta predisposicion especial que escapa á toda definicion, el bufo es perfectamente grotesco y realiza su mision hacien lo reir á ese público insustancial y ligero, cuyo paladar se ha extragado hasta el punto de ser indiferente al sentimiento estético sin poder mantenerse en los límites de lo cómico. Una comedia de Breton ó de Olona, resulta *simple* en la actualidad, aunque se encarguen de su interpretacion actores de reconocido mérito. Ni ese género ni esos actores, hacen ya las delicias de nuestro público que aún encuentra un tanto séria *La vuelta al mundo*. El público de hoy no quiere arte, en ninguno de sus aspectos, y gusta solo de *mostaza*. La *mostaza* son los bufos y las quisicosas que éstos representan, con su acompañamiento de *can-can* y sus chistes obscenos.

Lo mejor de los bufos son las bufas, ó más propiamente dicho las suripantas. Eusebio Blasco ha reclamado para sí la gloria de haber inventado la suripanta, es decir, la suripanta, precisamente, no: la denominacion, la palabra. No creo que nadie le dispute tan alto honor. Blasco dice que tal nombre, genérico al presente, es caricatura del idioma griego, á lo cual no pongo ni ustedes tampoco, ¿verdad? De las ras suripantas españolas, dice el autor de

El Jóven Telémaco hablando del estreno de ésta que él, con la modestia debida, llama quisicosa:

«Cantaban el coro dos docenas de muchachas *bonitas*, jóvenes y primerizas en esto del cantar á coro. Ni habian sido nunca coristas, ni pisó ninguna de ellas hasta entónces el tablado.»

¡Esto es hablar! Con esa sola pincelada están retratadas á la perfeccion las muchachas *bonitas que hacen* de coristas en las compañías de bufos. No necesitan saber cantar: basta con que sean muchachas y..... bonitas. Por eso se oye decir con frecuencia siempre que Arderius viene á Madrid y se dispone á dar la batalla de verano: «¡*Valiente personal* tienen los bufos este año!» «Es cosa *que dá el ópio.*»—Aunque no dé el *ópio* el personal femenino de Arderius, que dar *eso* seria una barbaridad, es lo cierto que dá mucho que hacer á los *siete-mesinos.....* y á muchos que no lo son por la edad aunque sí por el *corte.*

Hay quien asegura que las suripantas no están completamente fuera del actual *movimiento* político-filosófico. Por de pronto proclaman y practican la libertad de *enseñanza* con todas sus consecuencias. El ejercicio de esta libertad ha privado en ocasiones á las señoras un poco pudorosas del gusto de asistir á las exhibiciones b fas de cierto género; pero tales miramientos h pasado, como insulsa *mogigatería*, y actualmen

asisten las señoras y hasta las señoritas, sin el menor escrúpulo á espectáculos como *Genoveva de Bravante*, que es de lo más *fuertecito* del *género*. Las obras son las mismas, las *ejecuciones* no han variado en nada: luego se ha modificado la sociedad. No es que los bufos hayan entrado en el público, es que el público ha entrado en los bufos: lo cual es muy distinto.

Que los bufos son piedra de escándalo y gérmen fecundo de inmoralidad, nadie que tenga sentido comun, ó buen sentido, puede ponerlo en duda: por eso causará verdadero asombro en la generacion futura el saber que en el último tercio

> de este siglo que llaman de las luces
> sin duda por el gas que descubriera,

el padre de los bufos, el bufo máximo lleva á un escritor público ante los tribunales de justicia, porque este escritor se permite decir que tal género es causa de inmoralidad en las costumbres. Acaso el famoso Darvin, autor de *El orígen de las especies*, logre averiguar la procedencia del bufo, y por el hilo se pueda sacar el ovi-
...a decir, averiguando de qué materia ó ma-
...se compone la masa encefálica de este sér,
...nga la explicacion satisfactoria de tan

inusitado hecho, y de otros fenómenos y misterios (todos relativos al mismo asunto) ante los cuales se detiene como avergozada y confusa la ciencia de la naturaleza, ó si ustedes quieren del naturalismo.

Con asistir á una sola representacion de los bufos, se adquiere la debida experiencia acerca de la moralidad del *género*. Y si en vez de asistir al espectáculo de telon afuera gusta el observador penetrar los misterios de bastidores y se queda detrás de la cortina, y traba cualquiera clase de amistad con cualquiera de las *artistas* de la compañía, el estudio puede ser perfecto, aunque la enseñanza sea, en ocasiones, dolorosa. Los bastidores de cualquier teatro, aún de aquellos destinados á la representacion de obras morales, son, sin excepcion alguna, el fundamento de la crónica escandalosa con que se nutren, moralmente, las personas formales que forman círculo en derredor de los coliseos de Madrid. En cuanto á los bastidores del teatro de los bufos, no son comparables con *nada*. Las escenas que allí se verifican de ordinario, son más para contadas al oido que para descritas en letras de molde. No hace mucho tiempo (ahora tres años, si la memoria no me es infiel) prohibió Arde[illegible] terminantemente la entrada al escenario; y [illegible] sucedió? Que las personas que allí pasa[illegible]



rato, especialmente los *siete-mesinos*, daban un escándalo todas las noches, silbaban las zarzuelas, las gritaban, las *pateaban*; hubo *graves* conflictos entre el público y la autoridad, se batió un periodista con un sócio del *Veloz-Club*, y, al fin y al cabo tuvo que ceder la empresa permitiendo nuevamente el paso á los bastidores á tan ilustrado concurso.

Si me fuere dado penetrar en la conciencia del bufo, en su íntimo pensamiento, trataria de averiguar cómo un hombre que tan celoso de su dignidad se muestra, que lleva á los tribunales á un escritor porque tacha de inmoral el género que cultiva, se presta luego, en el ejercicio de sus funciones, á representar tan desdichado papel, contribuyendo á la desmoralizacion del modo y en la forma que lo hace. Averiguaria asimismo qué entiende por moral y qué fin se propone en el desempeño de su cometido aparte del de ganar la subsistencia; pero como esto no es fácil, ni tampoco permitido, entrego sus actos exteriores al juicio público, y que éste dicte la sentencia que estime oportuna.—En cuanto á la bufa, á la suripanta.... peor es *meneallo*.

XI.

LOS SIETE-MESINOS.

No vamos á ocuparnos en estas líneas de esos niños que vienen al mundo dos meses ántes de la época marcada por la naturaleza como término de la gestacion de la mujer. Los siete-mesinos de que nosotros tratamos son unos niños grandes, empalagosos, pesados como las moscas, molestos como el martilleo de un yunque, é insulsos como el agua de noria. El delicioso tipo del siete-mesino es un engendro novísimo de nuestra sociedad actual. Al último cuarto del siglo XIX, del siglo más filosófico, más pensador y más culto de la Era moderna, le cabe la gloria de haber producido esa especie de mono bípe amalgama enfadosa de todo lo que es ridícul necio. El siete-mesino, para completarse, nec

ta la colaboración del sastre y del peluquero: sin el auxilio de estos dos apreciabilísimos artistas quedaria reducido á tan exiguas proporciones, que apenas si podria reconocérsele como indivíduo de la especie humana. Tiene su sér moral; pero tan eclipsado por el físico, que para llegar á él necesitaremos empezar describiendo su persona y trage, ó mejor dicho, su trage y persona, porque en el siete-mesino el *trage* lo es todo.

Colocad sobre un cuerpo lácio y desmalazado un pantalon ancho, muy ancho, de tela *llamativa*, género *novedad*, un chaleco largo, un chaqué corto, muy corto, reducido á su más mínima expresion, todo, por supuesto, de la misma tela, *alta novedad:* añadid á estas tres prendas una camisa cuyos puños y cuello sean enormes; una cadena de reloj del grueso de una soga de pozo, de la cual pendan tres ó cuatro diges de gran tamaño: poned en sus piés, aunque son grandes, unas botas microscópicas—el siete-mesino ha resuelto en este punto el problema de que el continente sea menor que el contenido;—adicionad un baston con puño extravagante, un sombrero inverosímil, una corbata á la *dernier;* embutid dentro de todo este extraño equipo una ...ra insignificante, de modales afectados, de ... insípida, de frente estrecha y semicubierta ...izos amanerados que añaden algunos qui-

lates más de estupidez al semblante, y tendreis completo el tipo físico del siete-mesino.

Nuestros vecinos de allende los Pirineos han bautizado á este ente ridículo con el gráfico nombre de *gomoso*, ó más bien hombre de *pez*, calificativo tan *sui generis*, que dice él solo todo lo que de molesto tiene en sociedad.

Su pretendida elegancia no consigue serlo real nunca, y por lo mismo este tipo no tiene cabida en ninguna de las clasificaciones que durante los dos últimos siglos se han venido haciendo de los jóvenes á la moda.

El siete-mesino no se parece en nada ni al *incroyable* de fines del siglo XVIII, ni al *currutaco* de la revolucion francesa, ni al *petrimetre*, ni al *lechuguino* de principios de este siglo, ni al *dandy* del romanticismo, ni al *lion* de 1840 á 1860, ni, por último, al verdadero elegante de todos los tiempos.

Aquella juventud dorada, que bullia y se agitaba en los salones, en los paseos y en los teatros, imponiendo la moda, haciendo hablar de sus trages, de sus trenes y de sus conquistas, tenia razon de ser, y llenaba en la vida social, en su parte escénica, digámoslo así, el mismo objeto que llena el césped en los cuadros de un jar[illegible] y el follaje colocado en derredor de un ramill[illegible] Éste y aquél contribuyen á que las flores re[illegible]

ten más: rompen la monótona uniformidad de los colores, y, por último, dan frescura y novedad al paisaje, y elegancia al ramo.

La pulcritud, la esquisita elegancia de los trages, la finura un tanto exagerada en las maneras, el minucioso cuidado de elegir la última moda para exhibirla en los salones y en los paseos, y el desenfado de buen gusto con que trataban de imponerse, no carecia por completo de atractivo: haciendo el efecto de sombras, permitian que del cuadro social se destacasen con mayor energía las figuras de los hombres graves y pensadores: su conversacion trivial entretenia á las madres, hacia sonreir á los ancianos y distraia á las niñas: eran, en fin, el gérmen de ciudadanos sensatos atravesando ese período de transicion entre la juventud y la virilidad con todos sus defectos, y al mismo tiempo con todo su encanto. Mariposeando en paseos y teatros, hacian asomar una sonrisa á los lábios de quien les escuchaba, pero no un bostezo de fastidio, ni un gesto de desagrado, porque sus impertinencias no eran ni cínicas, ni insulsas. Ahora bien, ¿podria decirse algo parecido de nuestros siete-mesinos?

...a conocemos su físico: veamos su moral.

...urlon sin gracia, calumniador por necedad ...provisto de todo sentido moral, el siete-me-

sino, ataca sin valor la reputacion de las mujeres que tienen á sus ojos el imperdonable defecto de no poderles sufrir; sus sátiras carecen absolutamente de toda sal ática, dando la medida de su vacia mollera; pero como esto no lo conocen, ni pueden suponerlo de sí mismos, se asombran de no producir efecto, y lo achacan á necedad en los otros, quedando satisfechos con tal descubrimiento.

Si no fuera grotesco, el siete-mesino tendria algo de cómico; pero ha degenerado en bufo: una especie es digna de la otra, y como plantas gemelas, se han desarrollado en el mismo período, y en iguales ó parecidas proporciones.

Impertinente hasta atacar los nervios de la persona más flemática, el siete-mesino se presenta en todas partes con el aplomo de la ignorancia. En los paseos habla alto con otros entes como él, porque casi nunca va solo: señala con la mano, ó con el baston á las mujeres; rie á carcajadas; cuenta aventuras inverosímiles, de las que dice haber sido el héroe, y haciendo gestos y contorsiones, procura llamar la atencion, y consigue que todo el mundo le abra paso por no marchar á su lado.

Miradle entrar en los cafés más concurridos. En lugar de sentarse se tiende en las banquetas: llama al mozo golpeando la mesa con el puño

del baston, y pide dos ó tres cosas con nombres raros en inglés ó francés, concluyendo por tomar media copa de rom, ó marchándose sin haber hecho otro gasto que el de algunos vasos de agua.

Concurre asíduamente á los teatros; pero sólo en el de los bufos, y sobre todo entre bastidores, está en su centro. Las suripantas hacen sus delicias, y se aprende de memoria los *couplets* de color más subido para despues tararearlos, mientras ocupa una silla en el Prado ó en los jardinillos de Recoletos.

Acude á los teatros de verso para tener el gusto de hablar de toros, de perros y de caballos durante la representacion, haciendo las delicias de los que se encuentran cerca de él, que suelen callarse prudentemente por no armar querella con algo parecido á un hombre; pero ya más de una vez ha sucedido que, exaltada la bilis del pacífico espectador, el siete-mesino ha recibido una leccion merecida.

Sus escaramuzas amorosas concluyen frecuentemente en descalabros, porque las mujeres rechazan por instinto á este ente ridículo, mientras él, herido en su vanidad, se venga alabándose de triunfos en los que nadie cree.

La profesion del siete-mesino es la de no tener ninguna, y por lo tanto este *tipo* pertenece, en

su mayor parte, á la clase rica, y se aumenta con los parásitos que se les adhieren, les adulan, alaban sus necedades, imitan sus maneras, copian sus trages, se visten con el mismo sastre y se sirven del mismo peluquero, pero sólo el rico paga: de suerte que el siete-mesino rico se multiplica á lo ménos por tres ó cuatro, convirtiéndose en una verdadera plaga.

Su ocupacion favorita es la de recorrer los cafés, los paseos, entrar y salir en los teatros, patinar en el *Skatin-Club*, visitar el tiro de pichon, leer algunos parrafitos de la literatura *azul*, pasar una ó dos horas diarias en el gimnasio, otras tantas en el picadero, acudir á la cervecería inglesa por la mañana, á la cantina americana por la tarde, recorrer la Carrera de San Gerónimo, presenciar el ensayo de los ejercicios ecuestres en el Circo de Price dos ó tres veces por semana, cenar en Fornos los jueves; hablar de toros, de perros, de caballos, de mujeres; mirar con cínico descaro á cuantas señoras halla á su paso, y, por último, visitar alguna vez la ruleta, aunque hay que hacerle la justicia de que no es jugador apasionado: el juego, á pesar de ser un vicio, necesita, para el hombre que á él se entrega, una energía que el siete-mesino no posee.

Segun hemos dicho al comenzar, al últir cuarto del siglo XIX le cabe la gloria de hal

producido esta especie de mono perfeccionado, que casi viene á dar fuerza á las teorías *avanzadas* con respecto á nuestros probables progenitores. Como la langosta, el oidium y la literatura bufa, es una verdadera calamidad pública que está pidiendo remedio pronto y eficaz. En esta ocasion creemos que deberia hacerse uso del sistema homeopático, cuya fórmula es el *similia similibus*. El ridículo puede aplicarse en dósis mayúsculas á tan ridículos entes, y de este modo destruir moralmente la especie, evitando la propagacion.

XII.

LOS PATRIOTAS INOCENTES.

¡Oh gloria! ¡oh gloria! lisonjero engaño
que á tanta gente *honrada* precipitas!
(EXPRONCEDA.)

No es política la índole de estos estudios, si así pueden llamarse. No es tampoco la política, en las actuales circunstancias, con el decreto que rige sobre imprenta, materia abonada á mover la pluma con algun desembarazo; pero aun así y á pesar de los pesares, político habrá de ser en cierto modo el presente capítulo, pues del gran arsenal de la cosa pública he de sacar los materiales necesarios á la composicion del tip cuyo nombre va á la cabeza de estas líneas.

Bien sabe Dios que no quisiera traspasar cie tos límites, que marca la prudencia, en la co

feccion de este libro. Retratos y cuadros de costumbres deberian tan sólo componerlo, dejando á un lado, por enojosa, la cuestion política, en cuya atmósfera, enrarecida y candente, es punto ménos que imposible depurar los juicios en el crisol de la imparcialidad ajustando la crítica al frio raciocinio que á igual distancia se mantiene, entre la severidad y la indulgencia, del panegírico que del libelo; pero al extremo á que han llegado las cosas, abiertas las válvulas de la opinion y reconocidos con más ó ménos amplitud los derechos individuales, ocupándose todo el mundo de política, la política informa, puede decirse, toda la vida social, y es, por tanto, imposible, querer ocuparse de costumbres pasando por alto, á manera de contrabando, aquello que en las costumbres se encuentra infiltrado y forma de ellas una parte esencial y hasta consustancial, si ustedes no se oponen á ello. Entiéndase, pues, y basta de intróito, que, cuando me ócupo de política en estos trabajos, dicha materia entra en los mismos no como esencia de la cosa, sino como accidente, como detalle, ó más propiamente dicho, como necesario y fatal com-
...te del cual no puedo prescindir en la pin-
... de ciertos deliciosos tipos que debe cono-
... lector si con él he de cumplir mi palabra.
...de que escribo para el público, ó lo que es

lo mismo, desde hace diez años, siempre que se verifican unas elecciones generales y las Córtes se reunen, entro en deseos de retratar el *patriota inocente* que veo, en *profusion* admirable, en todas las legislaturas. Contemplándole—que eso y mucho más merece—llega á mis oidos el clamoreo de los candidatos derrotados; las protestas de los partidos que no han tenido, segun dicen, garantías para luchar; las quejas de los que fueron declarados *ilegales*; (porque en España, á Dios gracias, hay ahora ciudadanos fuera de la ley solo por profesar ideas contrarias á las instituciones vigentes); las risas de los *vencedores*, y todo el concierto variado y *armónico* que en semejantes casos se desprende del campo de batalla (léase campo electoral) donde tantos muertos resucitan, anticipándose al juicio final, y donde á tantos vivos les calientan las costillas hasta hacerles arder el pelo. Y recuerdo y veo todo esto en presencia del *patriota inocente*, porque él, sentado cómodamente en los bancos de la mayoría, ni siquiera sospecha lo que ha costado *traerle*, ha sido ajeno á la lucha y descansa tranquilo *en* el gobierno que ha de guiar sus pasos hasta conducirle al templo de la inmortalidad.

Patriota inocente quiere decir, en lenguaje p: lamentario, diputado *silvestre*, diputado se mudo que sólo sabe decir, en el ejercicio d^

funciones, *sí* y *no*, diputado que muchas veces no sabe lo que vota, que otras no vota lo que sabe, que siempre está de acuerdo con el gobierno aunque el gobierno no esté de acuerdo con él, y que, de aquella sentencia vulgar que dice: «Al buen callar llaman Sancho,» ha sacado todo su sistema político-filosófico-social.

Que hay aspiraciones legítimas y nobles ambiciones que satisfacer en el Congreso de los Diputados, es incuestionable. Que los hombres políticos de algun valer y que algo representan tienen cierto derecho—moralmente hablando—á ocupar un escaño en el palacio de la Representacion Nacional, fuera está de toda duda; pero de esto á que tan augusto templo se vea algunas veces invadido por hombres sin antecedentes, sin historia, sin merecimientos ¡y lo que es más triste! sin la inteligencia necesaria para el desempeño de cargo tan elevado, hay una distancia inmensa, distancia que quiero determinar aquí, trazando los rasgos más característicos del patriota inocente.

El diputado silvestre, llamémosle así, es muy necesario y más que necesario útil en las Córtes *hechas* de real órden por gobiernos impopulares y [illegible]restigiados que á los razonamientos de la o[illegible]cion sólo pueden oponer el voto de una may[illegible]cil y sumisa que no discute, y cuya razon

y elocuencia no tienen otra manifestacion que la de los guarismos. Para soportar á conllevar semejante estado de cosas no serviria desde luego una mayoría inteligente compuesta de verdaderos hombres políticos de alguna talla, porque estos no se prestarian al desempeño de tan desairado papel.

El patriota inocente que en determinadas épocas y bajo la proteccion de ciertos gobiernos logra tomar asiento en la Asamblea legislativa, ha sido en *sus principios*, casi puede asegurarse, labrador humilde, sin más luz que la del dia. Por uno de esos azares de la fortuna, á veces caprichosa, se vió elevado á la categoría de alcalde ó concejal del ayuntamiento de su pueblo. A su buena gestion administrativa debió más tarde la posesion *legal* y *justa* de alguna finca perteneciente á *bienes de propios*; más tarde estuvo en condiciones de comprar á plazos alguna propiedad de *bienes nacionales* y redondeó por fin su posicion social.

A tal altura, nuestro personaje se declara *hombre de órden*, y como tal es por todos reconocido: abomina esas pícaras ideas de nuestro siglo que inculcan en la multitud el loco deseo de repar-tirse los bienes ajenos, proclama muy alto la propiedad es sagrada, y, habiendo sido, más de alcalde, presidente ó vocal del co-

conservador de su distrito, ¿qué cosa más lógica que aspirar á la honrosa investidura de padre de la pátria? Ya sabe él dónde le aprieta el zapato y no habrá puntal más seguro que su persona para el sostenimiento del edificio social, el cual edificio contiene, segun ha leido en los periódicos, el órden moral y material, la religion, la familia, los intereses legítimamente creados y otra porcion de cosas esenciales que cuidadosamente guarda en su memoria.—Lo de los intereses legítimamente creados es lo que más le entusiasma.

En el lugar pasa por hombre listo, sostiene discusiones *elevadas* con el veterinario y con el cura, posee una gramática parda para fascinar á los segadores de su cortijo; el sacristan le dá siempre la razon y el barbero, hombre muy leido, rehusa muchas veces entrar con él en cuestiones trascendentales.

Dotado de *estas* cualidades, y de *aquellas* riquezas, el procurarse un acta de diputado le es sumamente fácil cuando se hace indispensable que los hombres de *arraigo* vengan á curar las heridas de la pátria. El no tiene que poner nada de su parte, el gobierno conoce su existencia, y si
se la presiente, solicita su apoyo y se
traerle, perpetrando su eleccion.
diputado que habla y otro que calla,

entre un hombre de ciencia y un ignorante, entre un cortesano y un rural, ciertos gobiernos, la mayoría de los gobiernos, preferirán siempre al último, lo cual se explica perfectamente. El hombre que tiene conciencia de su mision y abriga convicciones profundas, podrá estar con el gobierno mientras este llene sus deberes; mas si alguna vez los olvida—cosa muy frecuente—su dignidad le lleva al campo de la oposicion y el poder pierde un voto, y un voto en ocasiones es causa de una derrota y de una crisis. Por el contrario, el diputado silvestre no abandona jamás las filas de la mayoría, y así se explica la predileccion de que es objeto.

Hay además otras razones: sabido es, que lo que mucho vale, mucho cuesta: y si al diputado inteligente hay que darle buenas credenciales para sus amigos y electores, el diputado silvestre está contento y satisfecho con *sacar* algunos estancos y nombramientos de carteros, peatones y guardas de monte, para cuyo asunto se entiende con el gobernador de su provincia, dejando en paz á los ministros, que es precisamente lo que ellos quieren.

El patriota inocente—que se puede ser inocente en política aun habiendo comprado fi[illegible] de *bienes nacionales*—á veces pone en ridícul[illegible] gobierno, y ocupa con frecuencia la gaceti[illegible]

los periódicos de la oposicion, pero como él no conoce nunca su situacion verdadera, prosigue su camino con impavidez espartana, hasta que el dia ménos pensado se encuentra con una disolucion violenta de Córtes—se han dado casos, —y el susto no le sale del cuerpo en un semestre, ó bien se encuentra con una disolucion *legal*, ó por último, con una revolucion, que él no sabe de dónde ha salido, y vuelve al rincon de su pueblo, tan desconocido como ántes, tan cerrado de mollera como siempre fué, aunque siempre dispuesto á salvar la propiedad, la sociedad y la familia, en un momento dado.

No crean los lectores que hay exageracion en la pintura de este tipo, cuya fisonomía entra tan de lleno en la caricatura.

Durante su estancia en Madrid el *patriota inocente* se hace calavera, se divierte mucho, adquiere aficiones artísticas, gasta cuellos á la moda, chalina verde, guantes de *lila*, botinas de charol y baston con borlas: imita á Alau en los sombreros, á Orovio en los chalecos y á los cortesanos del año 20 en el frac; que tambien usa esta prenda para asistir á las recepciones. Sus calaveradas consisten en seducir—gastándose
...ero del que señalan las buenas prácticas
...rimera mujer hermosa que topa en la ca-
...ertas horas de la noche, paloma sin hiel

que se rinde, más que al vil metal, á los encantos irresistibles del legislador, encantos que sintetizan una naríz aplastada, una frente deprimida que apenas tiene dos dedos, unos grandes y colorados mofletes, unas enormes patillas de boca de hacha, una boca como el buzon de correos, unos dientes negros como el azabache y un aire de marcada estupidez que es, como si dijéramos, la marca de fábrica. ¿Quién duda de que se divierte mucho con estas conquistas?—En cuanto á sus artísticas aficiones, cumplidamente las demuestra asistiendo con asiduidad encomiable á Capellanes, á la Infantil, á los Bufos y á las corridas de toros. Fuma cigarros de doce céntimos y sostiene activa correspondencia, no se sabe con quién, por el correo interior.

El gobierno trae tales gentes al Parlamento con su cuenta y razon; pero en el pecado lleva la penitencia porque, pretendiendo legalizar su política, aunque aparentemente consiga este objeto, desprestigia más y más cada dia el sistema parlamentario y nos presenta á los ojos y á la consideracion de Europa en un estado intelectual deplorable. Él (el gobierno) lo que desea es sostenerse á todo trance, prolongar indefinidamente su dominacion, tener carta blanca para co[illegible] ter todo linaje de abusos, y, fuerza es recon[illegible] que para conseguir tales fines, hasta dond[illegible]

en lo humano, no hay mejor específico que una grande y compacta mayoría de diputados *silvestres*.

Si he de ser franco habré de declarar ingénuamente que sentiria ver desaparecer este tipo: quisiera verle en la menor *cantidad* posible, pero verle siempre, porque es cual ninguno delicioso. Este milupotético sentimiento no tiene razon de ser. A juzgar por las señales, para desgracia del país y mengua del parlamentarismo la *cantidad* irá en aumento, y no es fácil calcular hasta dónde llegará la irrupcion. Y en este sentido, vista la cuestion á la luz del patriotismo, es notablemente perjudicial la ley de las compensaciones; mejor dicho, no hay compensacion posible.

XIII.

LOS CALAVERAS DE BUEN TONO.

En una sociedad donde hay quien pronuncie la frase *hombre de bien* con cierto desprecio, mezcla de desdeñosa lástima y de punzante ironía, como si aludiera á un objeto ridículo y donde no falta quien aplique el sangriento calificativo de *pobre hombre* al hombre honrado y laborioso que respeta las leyes y la moral, no es extraño que los farsantes, los que viven engañando al mundo, llevando la mentira en el lábio y la perfidia en el corazon recaben de sus coetáneos el título de *hábiles*, de *traviesos*, de *calaveras de buen tono*, si saben adornar sus hazañas con *eso* que hemos dado en llamar formas brillantes, es d eir, con la cultura y el ingenio, la hipocresía el desenfado que forman el carácter de esa g

neracion gastada, frívola y sensual que solo se paga de las exterioridades deslumbradoras sin analizar nunca la esencia, el verdadero fondo de las cuestiones.

Los moradores del mundo antiguo no se preguntaron jamás cuál era su mision: viviendo solo para el dia presente, y, por decirlo así, al acaso, no se cuidaban de investigar el término, el objetivo de su peregrinacion por la tierra.—Esos habitantes del mundo moderno, ó más bien, esa generacion de *hábiles* y *traviesos* que algunos llaman pomposamente «esperanza de la pátria»; esa pléyade de alborotadores que todo lo utilizan en provecho propio, tampoco se preguntan nunca ni por incidencia cuál es su mision: viven al dia, fiados en el acaso, sin curarse de investigar el término, el fin moral que señala las aspiraciones del siglo, teniendo solo un deseo concreto y definido, á saber: gastar el tiempo con la mayor suma posible de placeres, vivir sin trabajar, vivir sobre el país, que además de sufrirlos los alaba.—Hacen bien, despues de todo.

Desconociendo la ley racional del humano ...greso, perdida ú oscurecida la conciencia de ... gobierno providencial que eleve el espíritu ... lo noble y lo bello, si de algun gobierno ...pan es del gobierno de la nacion, al que

piden grandes destinos ó desacreditan en último caso si los destinos no se conceden.

Y no es solamente en el campo de la política donde se agitan y bullen estos tipos: en todas las esferas existen y se revelan al mundo por su *habilidad* y *travesura*, mereciendo, por sus hechos gloriosos, los calificativos más benévolos y suaves. Estos hombres infatuados y de equívoca conducta, aseguran ellos mismos con el mayor aplomo que pertenecen á lo que se llama *buena sociedad.*

Larra defendió los calaveras. O han cambiado mucho los tiempos y por tanto las condiciones de *la clase*, ó *Fígaro* no fué justo. Hay quien sospecha que defendió su propia causa: esto es pura exageracion; pero como segun el citado crítico «el calavera es un hombre público cuyos actos todos pasan por el tamíz de la opinion,» yo, en uso de mi derecho, he de permitirme juzgarle tal como le encuentro en la época presente, en el momento que pasa, al objeto de probar que el calavera de nuestros dias no tiene defensa posible, y que por lo contrario es merecedor de ágria censura.

Pena y trabajo cuesta ver á la sociedad crédula y sencila (que tambien existe esta sociedad aunque microscópica) rendida á discrecion, ata(de piés y manos, entregada á la voracidad ins ciable de tantos vividores, de tantos esplota(

res sin conciencia como bullen entre nosotros, por nosotros respetados, ocupando posiciones importantes que no ha conquistado el mérito ni la honradez, envanecidos con reputaciones usurpadas, mientras el talento reconocido y la virtud acrisolada yacen en contínuo olvido y perpétuo abandono, sufriendo las tristes consecuencias de tanta anomalía y confusiones tantas.

Se llama *calavera de buen tono*, por ejemplo, al jóven elegante que pasa algunas horas del dia situado en la Carrera de San Jerónimo recreando su ánimo con el espectáculo curioso y edificante que dicho sitio ofrece en ocasiones, diciendo á cuantos amigos le saludan al pasar que espera á cierta hermosa mujer que allí le ha dado cita, y á cuya mujer habrá de acompañar luego á tal ó cual parte. Esto no suele ser verdad; pero el calavera cree que debe decirlo para conservar su reputacion, y lo dice sin el menor escrúpulo.

De la Carrera suele ir á pasar las primeras horas de la noche á alguna tertulia de confianza donde le admiten sin recelo y hasta con satisfaccion, porque ignoran lo viperina que es — lengua, creyéndole, por el contrario, un mucho de formalidad y buen carácter. De dicha nion se va más tarde al baile diplomático de mbajada R. ó de la marquesa H., donde pro-

sigue incansable el relato de sus conquistas, á la vez que procura hacer alguna si encuentra ocasion favorable. Despues, ya por la madrugada, va á *pernoctar* al Casino, donde cuenta varias veces su *historia* del dia, de cuya narracion interesante y amena sale destrozada la honra de algunas mujeres y rota y maltrecha la reputacion de algunos maridos merecedores en justicia del aprecio y respeto de las gentes honradas.

El Casino á que se alude en estas líneas es por lo general el punto de reunion de estos *burladores* del siglo XIX. Allí, aprovechando el tiempo en juegos prohibidos, se despachan á su gusto contándose mútuamente sus aventuras y lances amorosos. Allí existe tambien la sociedad de *elogios mútuos*, tan necesaria en los tiempos que corremos, no solo para los calaveras de buen tono, sino tambien para ciertos escritores cuya reputacion corre parejas con la de esos tenorios de levita y corbata blanca.

¡Desgraciada mujer aquella en quien uno de estos calaveras fija su atencion! Ella podrá rechazar toda proposicion infamante; podrá permanecer fiel á su conciencia y á sus honrados antecedentes; pero esto no la librará de la maledicencia, antes al contrario, el calavera, burlado en sus propósitos, va diciendo á todo el mundo que aquella mujer es su querida; y como l

malo se cree con ménos dificultad que lo bueno, una vez forjada la calumnia, ¿quién la deshace, sobre todo entre la gente que se propala? Por algo se ha dicho: «Calumnia, que algo queda.»

Otras veces el calavera dice lo mismo de cualquier mujer que se le antoja aunque en su vida haya cambiado una palabra con ella.—Como siempre hay necesidad de hablar de conquistas y no siempre existen realmente, se inventan cuando llega el caso... y ¡tanto monta!—La honra de una mujer no vale nada comparada con la vanidad pueril de un nécio.

Muchas personas, al oir hablar de estos calaveras ó al escuchar á los mismos interesados el tegido de infamias y falsedades que sin el menor miramiento relatan á cualquier hora y en cualquier sitio, en vez de protestar indignadas contra tan villano proceder, exclaman con una candidez parecida al cinismo y con una indulgencia que tiene algo de criminal: «¡Qué habilidad! ¡Qué travesera! ¡Qué gracia! ¡Vamos, fulano es lo que se llama un calavera de buen tono!...—Y todo porque el fulano de quien se trata viste rica y elegantemente, toma café en la *Cervecería ingle-*...apunta fuerte en el casino y pasa largas ho-... en los bastidores del Real ó de los Bufos-Ar-...s.

Nadie se ha tomado la molestia de averiguar el misterio de la vida íntima del Fulano en cuestion, ni de qué vive ni cómo costea su lujo. Si el mundo no se pagase tanto de la exterioridad ni se dejara llevar de las apariencias, que tanto engañan, sabria que aquel ente á quien elogia y admira, *debe* todo lo que lleva puesto y algo que ya no se pone: que además debe gruesas sumas á cuantos se han fiado de su palabra ó creyeron que su firma valia algo: que no tiene más renta que la que él mismo se procura por tales medios: que no se ocupa más que de la ruleta, de los bailes y de la murmuracion, y por último, que en muchas ocasiones vive, gasta y triunfa, gracias á la munificencia de cierta hermosísima mujer con quien jamás se presenta en público y á la cual ni siquiera saluda cuando casual ó fatalmente la encuentra en la calle.

Ese vividor, sin pudor y sin conciencia, es considerado, halagado, por el mundo, y ve deificadas sus inmoralidades por las mismas gentes que debieran pedir ó procurar su castigo.

Por una fatalidad inconcebible, todo ha cambiado de nombre y de significacion en los tiempos presentes. Parece como que la actual generacion ha perdido completamente el sentido mo ral, que es en todos los tiempos base de las cos tumbres públicas, y vaga al acaso en busca á

un ideal más adecuado al espíritu del siglo, quizás más en armonía con el organismo del hombre y de la sociedad, y mientras, sin ideas, sin norte fijo, en el período de la transicion, no se cuida de analizar el torbellino de ideas dañosas y extravagantes que pasa en tropel ante su vista. No de otro modo puede explicarse la lamentable confusion en que vivimos.

Y no se rinde culto solamente al oropel del lujo y á la brillantez de las formas exteriores, sino tambien y principalmente al *dios éxito*, vicio que, si es de todos los tiempos y paises é inherente á la flaca naturaleza humana, tambien es justo decir que en la actualidad ha tomado mayores proporciones que nunca. Ejemplo:

Existe olvidado en el rincon de alguna provincia un jóven de aspiraciones, que se cree un génio, porque así se lo han hecho creer el alcalde y el cura de su pueblo, y este jóven se siente con fuerzas y condiciones para acometer empresas difíciles y tiene ambicion. Se encuentra sin carrera y desea seguir una que se haga pronto, y que al mismo tiempo sea productiva. ¿Cuál ha de escoger sino la política?—Nuestro jóven sabe [illegible]e el primer paso, el más importante de la c[illegible]a política, debe darse en el Congreso, y c[illegible]e luego concibe la atrevida idea de hacerse c[illegible]ado. Tiene fuerza de voluntad, y para con-

en la Cámara legislativa. Esto es de cajon.

Si este hombre con el tiempo y gracias á sus intrigas ó á la *casualidad* de haber formado parte de varias comisiones de ferro-carriles ó de carreteras, adquiere posicion social y política, y hay un periódico que sabe su historia y la inserta, la generalidad del público, tan amigo de ensañarse con el débil y tan servil con el poderoso, empieza por fingir que no cree la tal historia, ó por comentarla favorablemente, disculpando á la persona atacada, de la cual se dice: «¡Qué demonio! en medio de todo tiene gracia y eso mismo prueba su ingénio, su travesura. ¿Que ha hecho alguna calaverada en su juventud? ¿Qué hombre no las ha hecho alguna vez? ¡Todo lo más que de *él* puede decirse es que es un calavera, pero un *calavera de buen tono!*»

Como la familia de esta clase de calaveras es tan numerosa en todos los órdenes de la vida, no hay mejor colorario á este boceto que aquellos conocidos versos:

«Todo se desfigura, no lo dudes:
allí es heroicidad la altanería
y las debilidades son virtudes.

Donde dice *allí*, pongamos: Sociedad del glo XIX.

XIV.

LOS CRÍTICOS AL POR MENOR.

No se trata en estas líneas de aquellos escritores que en justicia merecen el nombre de críticos, ni contra la crítica razonada tiene cargo alguno que formular el que esto escribe. Desde que la crítica se ejercia en forma de oracion, en la plaza pública, hasta el momento presente, su influencia ha sido siempre provechosa al desarrollo progresivo de la literatura y del arte, y en tal concepto, fuerza es respetarla y admitirla como elemento de progreso unas veces, y como regulador de la inteligencia otras.

No falta quien se niegue á reconocer la autoridad del crítico, si éste no ha probado ántes su petencia y aptitud en la produccion de obras ales ó parecidas á las que somete al exámen juicio, deseando, por ejemplo, que el crí-

tico teatral sea autor de obras escénicas perfectas, el de pintura de excelentes cuadros, etc., etc. Error capitalísimo. Sería fenómeno raro de la naturaleza que concurriesen en un mismo indivíduo la facultad creadora del genio, que sólo se mece en las regiones de la inventiva, concibiendo, por misterio inexplicable, lo que raras veces puede definir en conciencia, y aquella facultad analítica y reflexiva que permite ver las ideas y los objetos con entera calma y perfecta conciencia, hasta el punto de percibir y señalar distintamente los lunares que aparecen en una obra como las nubes que empañan el azul del firmamento—si convenimos en que el firmamento es azul.

Se puede ser crítico sin ser artista: más todavía: creemos que son incompatibles, aunque alguna vez aparezca la excepcion, para dar más fuerza á la regla general, encontrándose en una pieza artística y crítico, aunque jamás crítico y artista, lo cual no es una paradoja, aunque lo parezca.

Para ser artista basta con tener génio y el conocimiento, aunque sea rudimentario, de los preceptos del arte que se cultiva. Para ser crítico se necesita algo más: clara inteligencia, instrucci vastísima, conocimientos esenciales y profun de las materias que han de ser juzgadas, tem

ramento apacible, honradez en las opiniones y sanidad de intencion.

Muy consolador es reconocer y declarar aquí que en la república literaria contamos con algunos críticos honra y prez de las letras castellanas: no hay para qué citar sus nombres por ser éstos sobradamente conocidos del público. Tal vez no lleguen á seis, en el sentido formal de la palabra y por lo que á la literatura se refiere; pero si bien la cantidad es exigua, no sucede lo mismo respecto de la calidad, y la compensacion es consoladora.

Para esos críticos *de verdad* no puede haber más que admiracion y respeto por parte de todo aquel que de veras esté interesado en el movimiento intelectual de nuestra pátria.

No son acreedores ciertamente á la misma consideracion aquellos otros *escritores*, muchos en número—que lo malo abunda—críticos por su propia aprobacion y contra la creencia general, encargados de lo que pudiera llamarse crítica menuda, y cuyo campo de operaciones suele ser la *gacetilla* de los periódicos.—Y aquí llega la oportunidad de señalar otro fenómeno. Quizás porque la prensa dá una importancia capital á lo [illegible]untos políticos, la generalidad del público p[illegible] atencion señaladísima á la gacetilla, don- d[illegible] amable desórden se encuentran reunidas,

aunque no siempre amenizadas con las bellezas del estilo, las noticias de robos, asesinatos, defunciones, suicidios, estrenos de comedias, publicaciones de libros, etc., etc.

Como la importancia del periódico está en la parte política, segun queda dicho, la redaccion de la gacetilla se encomienda generalmente al escritor de ménos valía entre todos los que componen la redaccion. El periodista de más entendimiento y de mayor *fibra* está encargado de escribir los artículos de fondo—que nadie lee, no obstante su profundidad—; los que le siguen en mérito redactan los *sueltos de fondo*, la *parte extranjera* y el *correo de provincias*, y el último soldado de la compañía, vamos al decir, reina y gobierna en la gacetilla.—Verdad es que algunas veces el que calificaron de soldado las supremas inteligencias sale general, y general aguerrido que gana batallas importantes desde su modesto campamento; mas esto sucede pocas veces, viniendo á resultar que la seccion más leida está generalmente escrita por la más inexperta y peor cortada pluma.

Entre los encargados de redactar gacetillas, hay un número respetable de escritores modestos y bien intencionados que se concretan á [illegible]nar su mision lo mejor que pueden, limitán[illegible]se á dar cuenta de los sucesos con aquella s[illegible]

dad y moderacion propias del cronista, y si alguna vez caen en la exageracion, es más bien para elogiar la obra de *algun amigo* que para deprimir el mérito de un adversario. Aunque esto sea una falta, y lo es indudablemente, está atenuada y merece disculpa por la generosidad del propósito.

Pero hay otros, que son los que motivan estas líneas, que ni siquiera son escritores, pues solo aprendieron á juntar palabras y á construir periodos; que no conocen ni de vista ningun ramo del saber, y cuyo corazon se encuentra corroido por el cáncer de la envidia, los cuales empuñan apresuradamente la palmeta del crítico, y con una osadía tan grande como su ignorancia, lanzan á los cuatro vientos de la publicidad los juicios más temerarios acerca de obras que ni siquiera saben leer.

Convencidos de su impotencia y de su incapacidad, ponen gran empeño en aparecer como espíritus fuertes, como génios no comprendidos, como mártires de la viciosa organizacion de la sociedad, como esclavos del deber y sobre todo, como inteligencias incorruptibles y caractéres que no caen. Sin embargo, en el terreno privado no hay humillacion que no sufran, ni bajeza que no se presten, ni adulacion que no forjen, si de cualquiera de estas acciones in-

dignas han de sacar algun provecho personal.

Si escribieron algun libro y este se imprimió, Dios sabe cómo, nadie se tomó el trabajo de leerlo, y la edicion fué enterita al mostrador de una tienda de ultramarinos ó se destinó á otros usos ménos honestos. Si compusieron alguna *tentativa* de comedia y hubo empresario que se atreviera á ponerla en escena, el público la *reventó*, ó la oyó con indiferencia, ó la soportó dos noches relegándola despues al más completo olvido. Si escribieron algun *articulito* de esos que *ni pinchan ni cortan*, y que son clarísima muestra de la falta absoluta de dotes literarias, de la carencia de gusto y del sentido moral más deplorable, el público se encogió de hombros, bostezó y dijo: «A mí, ¿qué me cuenta Vd.?»

Cuando adquirieron la conviccion profunda de que no sirven para nada, literariamente hablando, dijeron para su capote: «¿Qué hemos de hacer nosotros, á qué nos vamos á dedicar?»—Y se respondieron inmediatamente: «Seamos críticos.»—Y de manera tan sencilla nacieron los *críticos al por menor*. Y penetraron en el campo de la gacetilla. Si ellos no lograron ser aplaudidos en el teatro, ¿qué efecto habrá de producir en su ánimo el ver celebradas las produccione ajenas? No pueden impedir, con harto dolor d su corazon, que existan escritores de talent

poetas inspirados cuyas obras alcanzan grande y merecido éxito; pero pueden, escondiéndose cobardemente detras de las columnas de un periódico, poseidos de ruin envidia, negar el mérito de la obra representada, mérito reconocido y proclamado por el auditorio.

Echando mano de la sabida muletilla: «Por falta de espacio no entramos detenidamente en el exámen de esta obra,» se limitan á decir que la obra es mala sin estampar una sola razon encaminada á probar afirmacion tan rotunda y atrevida. La obra es mala *porque sí*, y basta que lo diga un tipo cualquiera, un ente vano y ridículo que por sorpresa se ha entrado de rondon en el campo de la crítica para prostituir el sagrado sacerdocio del periodismo. Todos los dias está diciendo que por falta de espacio no fundamenta sus descarnadas opiniones, pero seria curioso saber *con qué* llenaria el espacio que tanto echa de ménos si la empresa del periódico pusiera á disposicion de semejante criatura todas las columnas del mismo.

Fuera en verdad divertido sino contribuyera á extraviar la opinion, el ver que en una gaceti- bárbaramente escrita, se censura con acritud obra correcta y galana de un entendimiento erior, queriendo destruir en dos minutos de ahogo vilioso el trabajo meditado y concien-

va voz la crítica de la obra, que, desde luego es detestable, aunque el público la aplauda con entusiasmo.

Si el *crítico al por menor* espera obtener algun favor de un poeta cualquiera, este poeta será elogiado incondicionalmente, de un modo exagerado, aunque sea digno de la mayor censura. Como nunca puede adoptar el término medio, tan extremado es en el elogio como en el ataque; pero siempre el ataque es preferible por venir de quien viene.

Aunque el tipo no está completo, pues para ello se necesitaria un libro, bastan para reconocerlo los rasgos apuntados, siendo por otra parte excesiva la importancia que hemos concedido á semejante alimaña, cuyo sitio más propio será, andando el tiempo, la historia natural, el gabinete anatómico de San Cárlos.... ó una jaula de Leganés.

XV.

EL PADRE DE FAMILIA. (1)

El comercio es la sangre de las naciones, ha dicho Montesquieu. Hasta tal punto es esto cierto y de tal manera el comercio se ha extendido por la tierra, que, hemos llegado á un estado en el cual se comercia con *todo*, incluyendo los sentimientos humanos.

Se comercia con el amor, la amistad, la fé, el heroismo, la virtud, la familia... y hasta con las palabras, sin que humano poder ni consideracion alguna logren detener este movimiento comercial que amenaza con lanzar á la plaza pública, para su *cotizacion*, desde las primeras ac-

) El autor dedica este capítulo á su querido amigo y compañe-
). Eduardo Guillen, de cuyo claro talento nació la idea de este

ciones del Banco, hasta la última vibracion del alma.

Como ya se camina tan aprisa, en todos sentidos y direcciones, el vértigo de la carrera deslumbra, enturbia la mirada, y, al no distinguirse claramente los objetos, se forma un juicio vago é indeterminado de las cosas, que viene naturalmente á producir esa filosofía superficial y utilitaria que tiene por base el convencionalismo y por término la perturbacion del mundo moral.

Dentro de esa elasticidad de criterio cabe el abuso y el abuso conduce á la arbitrariedad. La idea del bien, el bien mismo se hace antipático á las almas generosas cuando quiere convertirse en arma de la explotacion individual, torciendo y extremando su idea generadora. Las más provechosas y sólidas instituciones se desprestigian y mueren por el abuso y la exageracion de sus mismos partidarios y mantenedores.

Esto acontece al presente con la institucion de la familia, sagrada en su orígen y necesaria en su desenvolvimiento. No es esta ocasion de considerar la familia en sus fundamentos esenciales, propósito que no cabe ni en la índole pecial de estos estudios ni en el espacio de capítulo de esta *Galería*. Basta fijar la mir en un detalle, aunque principalísimo, de



vasto tema. Al tratar de la institucion analicemos su jefe, esto es, el padre de familia, en su aspecto cómico y censurable, que aun las cosas más sérias vienen á caer en la extravagancia por la relajacion de las costumbres y el desconocimiento del deber.

Desde el harapiento mendigo que busca *hijos prestados* para excitar la compasion pública, hasta el disoluto arruinado que se une en matrimonio á una mujer rica con la esperanza de heredar por medio de la prole una fortuna que otro ha ganado, existe un considerable número de padres de familia, fingidos unos y reales otros, que han tomado como grosera especulacion el sentimiento más noble de la criatura y la institucion más respetable de los Estados.

En las clases medias de la sociedad y aun en las últimas escalas, el ser padre de familia es una especie de talisman ó amuleto contra ciertas contrariedades y trabajos que sufren la generalidad de los hombres; hecho que en muchas ocasiones envuelve notoria injusticia, determinando privilegios irritantes y siendo semilleros de ódios y desgracias que podrian evitarse con un sentido de equidad más claro que el que corre y salta por esas trochas sociales á manera de rio enturbiado por la tempestad.

Ejemplo: Trátase en una oficina del Estado,

en una casa de comercio, en una fábrica ó en un taller, de reducir el personal, por razon de economía, ó por otras razones, que esto no hace al caso, y la primera determinacion del ministro ó fabricante es informarse del estado de cada uno de sus dependientes, apartando, para conservarlos en sus puestos, con preferencia á los que no lo son, los padres de famila. Y se dice con notoria sencillez, cuando se quiere cohonestar alguna injusticia de las muchas que resultan de esta preferencia: «¡Ya vé usted, es un padre de familia!» Frase que está siempre en los lábios del mismo interesado si por acaso la olvida su jefe ó su principal. «Soy un padre de familia, tengo tantos hijos,» exclama con lastimero acento, y ya todo el mundo se compadece y le da la mano y le protege y le ayuda en sus empresas.

Se lleva la exageracion hasta el extremo de dispensarle faltas y vicios que no son tolerables en ningun caso. De un empleado que vá tarde á la oficina, que trabaja poco y mal, que no cumple, en fin, con sus deberes, se dice: «¡Si no fuera un padre de familia!...» Pero... ¡sería menester tener el corazon de piedra para dejar sin pan á esos pobres niños!»

Ha recibido usted una ofensa, le han insultado de una manera grave, exige usted una repa-

racion en debida forma recurriendo á los medios marcados por la costumbre entre hombres de honor, y se encuentra usted con que su adversario dice: «Yo no puedo batirme, no me pertenezco, soy un padre de familia; ¿qué sería de mis hijos si yo muriera?» Y así sucesivamente encontramos para cada caso un padre de familia, superior, en el mero hecho de serlo, á los demás hombres.

Al extremo á que han llegado las cosas en este sentido, vendremos á parar, como consecuencia lógica de las premisas sentadas, en que la condicion de padre de familia no será un estado, sino una profesion, una carrera de las más productivas. En cuyo caso, y dentro de poco, no será rara cosa oir lo siguiente:

—Oye, ¿á qué te dedicas tú?

—Yo estudio leyes. Y tú ¿á qué piensas dedicarte?

—Yo sigo la carrera de padre de familia.

Y veremos, sin asombro por nuestra parte, que en las Universidades de la nacion se crean cátedras al efecto, saliendo del bárbaro empirismo que al presente alcanzamos en esa rama importante del saber de nuestros dias.

Si en igualdad de condiciones, ó mejor dicho, igualdad de méritos y aptitudes, se favorece al padre de familia con perjuicio del que

no lo es, aunque nunca sería justo, podria ser conveniente en ciertos casos; más que conveniente, generoso, y por lo tanto disculpable hasta cierto punto.

Pero no se trata de eso, sino del hecho constante, permanente, hasta la saciedad repetido, de que ciertos padres de familia se sobrepongan en todos los casos á los que no lo son, por la sola circunstancia de hallarse en un estado que ninguna relacion tiene con sus aptitudes puramente personales en consonancia con su profesion ó carrera.

¿En qué lugar queda entónces esa noble emulacion que tantos génios ha creado y que tanta prosperidad ha dado á las naciones? ¿De qué sirven al hombre el estudio, la asiduidad, la honradez? De nada: con *echarse* á padre de familia tiene resuelto el problema.

Si á la crítica le fuese lícito penetrar en lo interior del corazon humano y analizar sus móviles y sus impulsos más secretos, veríase con dolor que muchos padres de familia no merecen los favores ni la consideracion de que son objeto.

No sé qué sábio ha dicho, y el pensamiento es ya viejo, que «toda accion humana reconoce p causa fundamental el egoismo de la criatura qu la realiza.» Y aunque puede probarse la existe cia del noble egoismo, al poner sobre el tapete

cuestion del matrimonio, acaso tropezáramos, tropezaríamos sin duda, con el egoismo descarnado, brutal y grosero, de la materia en unos casos, y del cálculo en otros.

¿No pudiera suceder que muchos de esos padres de familia lo fuesen por su propia conveniencia, basada en consideraciones innobles, como son todas aquellas que tienden á sofocar los sentimientos naturales y legítimos en aras de un interés personal y bastardo?

Los casamientos por amor, la union de las almas, la fusion divina de los espíritus, son ya casos excepcionales en la sociedad presente, dominada por los intereses positivos y arrastrada por el vértigo de la especulacion. La idea del *tanto por ciento* se ha escapado del edificio de la Bolsa, como loca desatada recorre todos los lugares habitados y lleva la avaricia á todas las conciencias. El amor que no dispara sus primeras flechas desde lujosas carretelas ó dorados salones, no logra rendir el corazon de los *hombres prácticos* que en las mujeres se han acostumbrado á ver

«bellezas más ó ménos cotizables
que se rematan al mejor postor,»

considera como incurable locura la pasion
rosa que alguna vez anida en la guardilla
el sotabanco.

En las clases elevadas se casan dos fortunas: el amor es de mal tono y jamás penetra en el dormitorio conyugal, si bien los cónyuges disfrutan de esa libertad que tanto se parece á la licencia y de la cual sacan sus materiales más preciosos los autores que ahora traen entre manos la cuestion del adulterio y de la mistificacion de la familia.

De estos maridos á la moda salen aquellos padres de familia de que hablaba irónicamente Ventura de Vega, que hasta deben servir á la pátria (desde las alturas del poder) toda vez que se trata de velar

por la pátria de sus hijos;

frase de mucho efecto, dicha desde la tribuna parlamentaria, y que más de una vez la han pronunciado nuestros políticos.

Hay quien siendo pobre se casa con una mujer rica porque *ella* necesita adquirir una estimacion que su fragilidad no pudo conservar durante una larga soltería; ó bien porque necesita editor responsable para la publicacion de *obras* que de otra suerte serian *clandestinas*; ó ya porque la aceptacion de su fealdad implique un sacrificio tan grande como sus rentas.

En otro nivel más bajo encontramos todos l dias el hombre que se casa por comodidad y ha ta por economía; el que cansado de rodar por

mundo, segun la frase popular, se recoge á buen vivir para tener quien le cuide en sus enfermedades y en su vejez; el que llega á hacerse incompatible con las patronas de casas de huéspedes, de cuyas patronas decia el inolvidable Roberto Robert:

«Son un elemento moralizador: á ellas debe la sociedad el mayor número de los casamientos realizados en el dia.»

Si estos hechos son innegables, si muchos padres de familia llegan á serlo con su cuenta y razon, debieran contentarse con el beneficio que tal estado les reporta por las causas apuntadas, y no ejercer el absorbente monopolio de que queda hecho mérito.

Hay otra consideracion más importante todavía para insistir en esta idea. Existe un número considerable de hombres que á su pesar permanecen solteros, los unos por atender al cuidado de padres ancianos que sin su apoyo perecerian, los otros por tener cabal idea de la obligacion que implica la creacion de una familia y no contar con los necesarios recursos para sostenerla con el debido decoro, éstos por el temor *ju ·ficado* á los riesgos que tal estado proporci a, aquellos, en fin, por no aceptar en conci cia los graves defectos de que adolece la in tucion del matrimonio, defectos que ha

puesto de relieve una experiencia tan larga como dolorosa.

Estos hombres, privados de los dulces placeres del hogar, mártires de su dignidad los unos, de sus convicciones los otros, que al ejercer el más sagrado de los derechos naturales han de aceptar

«el placer nunca sereno;
el reposo mercenario,»

tienen además que sufrir á tanto padre de familia como anda por el mundo gozando más favor, más consideracion, más respeto que ellos. —Si esto es justo, que venga Dios y lo vea, como dijo el otro.

Es necesario acabar con ciertas preocupaciones que han nacido de la exageracion de las ideas por una parte, y por otra del espíritu utilitario que palpita en el corazon de la sociedad. Es preciso que las palabras recobren su justo valor y que no se abuse de las *frases hechas*. Que el hombre sea siempre hijo de sus obras y no de las circunstancias que le rodean, del estado que ocupe, aunque éste sea tan respetable como el de padre de familia.

No es que se pretenda rebajar en lo má[illegible] i-nimo la dignidad del jefe de tan nobilísima [illegible]s-

titucion; trátase tan solo de dar á cada uno lo suyo, como dijo Jesucristo con autoridad indisputable; que que cuando se haya de proveer un cargo ó de conceder en justicia un beneficio cualquiera, al presentarse el consabido jefe diciendo:

—Soy un padre de familia,—se le conteste:

—Sea enhorabuena; pero no se trata de eso, sino de un concurso por oposicion en el cual obtendrá el primer premio el que mejor lo merezca por sus propios méritos.

Esto es todo.

XVI.

LOS MARIDOS.

A los hombres que están desesperados,
cásalos en lugar de darles sogas.
(QUEVEDO.)

La sátira se ensañó siempre con ellos, y Darwin no los ha clasificado todavía entre los animales de la especie humana. Sin embargo, merecen consideracion y respeto, por su abnegacion, que casi raya en heroismo. Y sin casi; que en estos tiempos de crítica pesimista que corremos, donde se comienza por negar el amor y la familia y se concluye por la negacion rotur... de Dios y de la propiedad, piedras miliares ... bre que descansa la organizacion regular de ... Estados cultos; en medio de una sociedad dor...

no influye para nada en los ánimos la eficacísima propaganda de Teodoro Guerrero en favor del matrimonio,—que es, como si dijéramos, la raíz más profunda de la moral; donde el celibato parece que quiere llevarnos á la Edad Media, que es la edad de los cuarteles y de los conventos; cuando se reciben las noticias de bodas que algunas veces contiene la gacetilla con un gesto compasivo ó una carcajada burlona que se pueden traducir de mil maneras diferentes,—todas desfavorables para el prójimo que cumple uno de los más santos preceptos de la Escritura.... en verdad, os digo, que se necesita el valor del héroe, entrarse de rondon en la epopeya, para decidirse á *tomar estado.*

Creced y multiplicáos, amáos los unos á los otros, el suave calor del hogar vivifica el espíritu, el amor de la familia es el más puro manantial de los goces honestos, el hombre no realiza su destino sobre la tierra mientras no elige para cruzar el camino de la vida la compañera de su alma por él y para él creada, etc., etc.—Todas estas frases, hechas por los filósofos, los poetas y los novelistas, no significan nada ni nada va- ra la generalidad de los jóvenes *despreocu-* y de los *pensadores* á la moda.—Causa ver- o horror á los espíritus timoratos y á las -chas casaderas la propaganda que actual-

mente se hace contra el matrimonio, notándose este fenómeno singular: Todo el que declama contra la union legal entre el hombre y la mujer, tal como la prescribe nuestra sábia organizacion, union inquebrantable, indisoluble, más firme todavía que la *cadena perpétua* á que son condenados los grandes criminales, se alegra interiormente, con gozo formidable, siempre que tiene noticia de alguna boda, y su alegría llega hasta el delirio cuando el marido cae en uno de los muchos escollos que esconde la *profesion.*

Las carcajadas de la sociedad cuando un marido naufraga, son, segun la frase profunda de un gran poeta:

«Bramidos de un mar que arroja
sus víctimas á la orilla.»

Y es que

«La sociedad toma á risa
todo lo que llega al alma;»

si bien en las tragedias conyugales, despues de tomarlo á risa lo toma á entretenimiento, á ocupacion asídua, de todo lo cual resulta que, los maridos, dignos de respeto en muchas ocasion
y acreedores á la pública gratitud casi siemp
están el mayor espacio de su vida perfectam
te en ridículo.—Como no hay regla sin ex

cion, en la que de buen grado establezco para el caso presente pueden entrar todos los maridos que gusten.

En la antigüedad podia el hombre impunemente ser marido. Los riesgos de tal estado caian siempre sobre la mujer. Brahma, decia de ella lo siguiente, segun apunta el Código de Manu:—«Tiene la boca del loto, pero el corazon de cortante acero; no ama á nadie, no ama más que á sí, y por un capricho mata ó hará matar á su marido.»—El poeta Simonide la negó primero la posesion del alma, viniendo luego á conceder, como gracia especial, que solo una, de cada diez mujeres *puede* estar dotada del espíritu que anima al hombre.—La infidelidad conyugal se castigaba en Asia montando á la adúltera en una borrica, con la cara vuelta á la cola y las mejillas untadas de cieno; despues de pasearla así de esquina en esquina, acompañada de los silbidos é injurias de la multitud, se la arrojaba completamente desnuda á los perros, que la hacian pedazos, devorándola instantáneamente.

En ningun caso considerábase al marido deshonrado por las faltas de su mujer, y jamás laban impunes los delitos de ésta. Al fin se taban como lo que eran: sociedad de bárba- cuyo solo recuerdo subleva las conciencias

de los pueblos cultos que en este siglo XIX han alcanzado el apogeo de la civilizacion.

De etapa en etapa la mujer ha llegado, por fortuna, sino á su completa redencion, al ménos á ocupar un lugar distinguido en el concierto de la humanidad. Como esposa, hija ó madre, goza de altísima consideracion, y bien compensa la negacion de los derechos civiles—que tal vez logre algun dia—el predominio moral que ejerce en casi todos los pueblos de la tierra.

El cristianismo y el progreso la han redimido: bendigamos las causas fundamentales de su elevacion; pero séanos permitido hacer notar una aberracion que ha venido envuelta en el mejoramiento moral de la mujer, y que interesa grandemente en este ligero estudio de los maridos.

Elevada y dignificada la mujer, por decirlo así, se ha rebajado *algun tanto* la dignidad del hombre, precisamente en aquello que más atañe á su íntima naturaleza en su comercio con la mujer. Establecido el matrimonio como institucion fundamental, parece como que el cristianismo ha querido vengar á la mujer del largo calvario que sufriera en el estado de naturaleza y en los tiempos del paganismo, colocando la honra, el decoro, la dignidad del esposo, en l siempre mudable condicion de la mujer.

Las costumbres, que si bien arrancan de l

leyes, suelen extremar sus preceptos, han llegado en este punto á inconcebible exageracion. El marido, en su calidad de tal, es responsable ante el mundo, no tan sólo de sus actos, sino tambien y principalmente de los actos de su mujer. Habrá de ser castigado, en una ú otra forma, por las faltas ó delitos que cometiere, y por los que, sin su participacion, cometa su esposa; debiendo advertir que las faltas de la mujer son castigadas en el marido por la sociedad de la manera más cruel y sangrienta: con la burla y el desprecio. ¿Dónde está la justicia de semejante proceder?

Teniendo en cuenta este vicio, esta preocupacion absurda de las costumbres, se necesita, como digo al comenzar, el valor del héroe para decidirse á *tomar estado*, diciendo, como dice, la ciencia, que: «Además del diafracma, asiento comun de la sensibilidad, mucho más irritable en la mujer, hay en *ella otro centro* de sensibilidad que sostiene el carácter físico y *moral* de su naturaleza, que *determina* sus atributos físicos, preside á todas las funciones, *desarrolla* las modificaciones de su *instinto*, influye y *manda* en sus pasiones, gustos, apetitos, *ideas*, propiedades é *inclinaciones*.» (1)

i á pesar de su engrandecimiento por la re-

Doctor Viguera.

ligion y de su elevacion intelectual por la cultura, la mujer no puede dominar sus pasiones, por un *vicio* de su organizacion física, ¿qué garantía de *tranquilidad* tiene el homre para lo porvenir al unirse *por toda la vida* á la mujer que ha elegido su corazon? Ninguna. No tiene, no puede tener confianza en lo que de suyo es frágil, segun dictámen de la ciencia, y ha de aceptar, sin embargo, desde el primer momento la responsabilidad de actos que *otra persona* puede cometer *fatalmente.*—De esta grandísima iniquidad resulta, dada la infinita variedad de caractéres y temperamentos que concurren respectivamente en los hombres, una variedad, tambien infinita, de maridos dignos de estudio.

Existe, en primer término, el marido bonachon, que voluntariamente y hasta con regocijo ha cedido uno por uno todos sus derechos, que acepta la autoridad de su mujer, la dictadura de su suegra y el sistema doctrinario de sus cuñados. Temperamento linfático, hombre metódico y de irreprochables costumbres, no se permite más *excesos* que asistir á alguna novillada, ó concurrir al teatro los domingos por la tarde. Despues de ésto, su casa, su oficina, sus hijos y su mujer. Él *pica* la ensalada, duerme á los chiquitines y toma parte en el tocado de su mujer cuando ésta vá á la tertulia de su prima; tertulia á la que é

no quiere concurrir, en primer lugar porque nadie le hace caso, y despues porque tiene que levantarse temprano y no le gusta trasnochar.—Es feliz, pero las gentes le llaman *cominero*.—De *ella* suelen decir cosas peores.

El marido filósofo. ¡Gran marido! Disfruta el haber que por clasificacion le corresponde, cuyo haber asciende, por ejemplo, á ocho mil reales. Paga diez mil de casa, come bien, viste bien, fuma bien, y *la señora* posee un caudal en alhajas y trapos á la moda. La señora es muy bonita, más que bonita es hermosa, simpática, arrebatadora. El marido no sabe cómo demonio se arregla su mujer para estirar tanto los ocho mil reales anuales del haber consabido: sospecha alguna vez que se gasta *algo* más; pero no es curioso, y jamás pregunta una palabra acerca del asunto. Demasiado sabe que los vecinos, la sociedad, el mundo, gentes aficionadas á meterse en lo que no les importa, le critican por una explendidez que nadie puede explicarse satisfactoriamente: él mismo llega á convencerse de que puede ser justa semejante crítica; piensa el asunto con el debido detenimiento... y acaba por convencerse ...e sus escrúpulos son pueriles, se hace supe... á tales nimiedades, y continúa tranquila...te su carrera: se juzga despreocupado, *filó-*

En esta misma esfera existe el marido que *hace la vista gorda*, segun el dicho popular, no por propia conveniencia, sino por debilidad de carácter, por *amor* ó por miedo á su mujer. Cuando el amor llega á este punto, deja de serlo para convertirse en debilidad censurable que acusa un rebajamiento moral de primera fuerza; y si es el miedo la causa de su pasiva actitud, entónces no debe considerársele como hombre, eximiéndole de toda responsabilidad.—Contra estas dos clases de maridos, truena y aun relampaguea la sociedad, sin que á ellos, que andan gordos y colorados, les importe un ardite de tales murmuraciones. En este solo caso, fuerza es hacer justicia á la mujer: dichos maridos son acreedores á la *ornamentacion* que llevan; la tienen merecida con justicia sobrada.

El marido *belicoso* es uno de los más divertidos de la clase. Sus complacencias en determinados instantes le han creado una posicion falsa: la mujer ha conocido su flaco é intenta dominarle —y esto de la dominacion ha venido á ser una verdadera monomanía en la mujer.—Enérgico á medias, el marido de esta especie se muestra en ocasiones demasiado tierno, pecando otras veces de dureza. Estas que pudieran llamarse incorrecciones de carácter, le llevan hasta el extremo de convertir su casa en campo de agramante

viendo de honesta diversion á los vecinos. Por la causa más fútil estalla la reyerta conyugal en la cual suenan toda clase de palabras fuertes y á veces suenan *cosas* que no son palabras. Si la reyerta surje en el momento de sentarse á la mesa, y se dan casos, es de ver cómo vuelan los platos hasta que alguna oficiosa vecina más bien movida por la curiosidad que por la compasion, viene á ponerlos en paz. De estos escarceos domésticos se culpa siempre al marido, pues dicen con razon, que el hombre tiene el derecho y el deber de educar á su consorte, aunque no sea maestro de escuela.

El *predestinado* es más digno de compasion que de burla. Sério, formal, reflexivo, honrado, le ha caido en suerte una de esas mujeres impresionables, nerviosas, de corazon de fuego, de esas que *no pueden* dominar sus pasiones, que llevan á la práctica la teoría del *amor subjetivo* y que, *á su pesar*, abandonan la senda del deber para vagar por las trochas del capricho. El no sabe nada, nada sospecha..... y la sociedad le señala con el dedo. En él se cumple perfectamente aquella ironía de Ventura de la Vega:

«¡Todo Madrid lo sabia!
¡Todo Madrid..... ménos él!»

ero como está escrito que el marido sea re la víctima, la sociedad le castiga, no ya

por las faltas de su mujer, sino por ignorar esas mismas faltas.

Como vengadores de estos y de otros maridos desgraciados, existe una raza, glorioso patrimonio de todas las épocas de la historia, que coloca el honor en lugar eminentísimo, sobre todas las cosas, que nunca transije en cuestiones de decoro, aun cuando se vea en el caso de sacrificar la vida á la honra. Algunos de estos hombres, al ser maridos, profesan la teoría de cortar el *nudo gordiano* á la manera del protagonista del drama de Sellés cuando el adulterio ha venido á romper moralmente el lazo matrimonial. Otros, por el contrario, considerando, de hecho, roto el nudo, por la misma causa, prefieren castigar la adúltera, sin llegar á la trajedia, azotando cruelmente su rostro con el látigo del desprecio, abandonándola á sus criminales y vergonzosos estravíos. En ambos casos se salva la dignidad del marido: ambos remedios son eficaces y no es posible señalar la supremacía del uno sobre el otro, porque su adopcion respectiva depende en mucha parte de las circunstancias y hasta es cuestion de temperamento en el marido.

De todas maneras, la actual organizacion del matrimonio, su cualidad de indisoluble, sob todo, le hace aparecer no como lazo de unio de concordia entre el hombre y la mujer p

realizar *el fin originario* de la vida y de la naturaleza, sino como *lazo tendido* al hombre para hacerle caer en un abismo sin fondo, por el cual ha de vagar sin rumbo fijo el resto de su existencia, expuesto á romperse la crisma á cada momento entre el sarcasmo sangriento y las grotescas risotadas de una sociedad estúpida, que jamás se eleva ni por instinto á la nocion de justicia al informar como juez y parte en el proceso del matrimonio.

XVII.

LOS HOMBRES SUPERIORES.

Una declaracion antes de entrar en materia. Los hombres superiores de que ha de tratar el presente capítulo, lo son tan solo en su propia opinion. Aparte este juicio imparcial y modesto, el resto de los mortales los califica de mil maneras diversas, aunque nadie llega á concederles, ni en hipótesis, un quilate de superioridad.

Como esta clase de seres superiores no son patrimonio exclusivo de ningun pueblo, sino que por el contrario brotan y se desarrollan en todos los climas conocidos á favor de la indiferencia de los unos y la timidez de los otr--
Balzac ha retratado los *suyos*, hermanos de
nuestros, de la manera siguiente: «De nada
asombran, se suenan las narices en lo más pa

tico de una cavatina, gritan «¡Bravo!» antes que los demás, y venden por suyas las palabras que atrapan á los hombres de talento.»

Con esta breve indicacion desde luego se presiente, se adivina el tipo. Semejante superioridad se funda solo en la osadía, y ya se sabe que los osados están en mayoría en todas las regiones de la tierra. Por tanto, poseemos una gran cantidad de hombres superiores.

Rasgo saliente que forma la base del carácter distintivo del hombre superior: Hablar más y más recio que nadie en todos los asuntos y con toda clase de personas, entienda ó no la materia de que se trate; no manifestar nunca sorpresa ante ningun hecho por asombroso que sea, y mirar todas las cosas con esa especie de desden romántico que se parece mucho á la compasion.

Se habla en algun círculo literario de la última novela del más grande de nuestros escritores ó del último drama del más insigne de nuestros poetas; se citan los pasajes más interesantes ó las escenas más inspiradas de aquellas obras inmortales, se admiran sus bellezas sin entrar á discutirlas y se reconoce implícitamente el mérito del novelista ó del autor dramático; en esto llega el *hombre superior*, se balancea cuidadosamente sobre sus tacones, arquea las

cejas, tose tres ó cuatro veces aunque no esté acatarrado, y entra en el análisis de la produccion. Desde luego á él no le ha sorprendido: adivinó desde las primeras escenas el desenlace del drama ó el plan de la novela, y, aunque confiesa de buen grado que la obra vale, tiene interés en que conste de una manera evidente que á él no le ha maravillado ni mucho ménos.

Su empeño no consiste en demostrar que la obra sea mala enteramente, antes al contrario, es buena en su conjunto, bella en su forma, original en sus incidentes, elevada en su concepcion; pero ¡no es ninguna cosa del otro jueves! Podrá tener gran éxito, y lo tiene sin duda, entre el vulgo de los mortales: de ningun modo entre los hombres superiores. ¡No faltaba otra cosa!

De la emision de sus opiniones y del tono que adopta se desprende que él lo habria hecho mejor. Y aunque no existe ninguna prueba en tal sentido, no importa: basta con su palabra.

Cuenta un militar viejo sus campañas de jóven en una tertulia de confianza; se enardece al recuerdo de sus proezas—porque no hay militar viejo que no haya sido valiente;—tiene suspensos el ánimo y la atencion del auditorio y es -
jeto de la admiracion general. ¡Pobre veter o
si se halla presente algun hombre superior! e

habla de guerras, de valentías, de acciones heróicas, de hechos portentosos?—Aunque el hombre superior no ha sido militar y pareceria lógico que no desplegase los lábios en tal asunto, vienen en su ayuda las guerras civiles, las revoluciones y los motines populares. Él solo, con un valor de que no hay ejemplo, defendió una barricada durante veinticuatro horas, contra el empuje tenáz de un batallon, salvando la vida milagrosamente. ¡Pues y cuando *levantó* una partida, á cuyo frente se puso, y anduvo un mes por cerros y vericuetos siendo el terror de la columna que lo perseguia! ¡Venirle á él con hazañas militares, con hechos de valor!—Ni el mismo Bernardo del Cárpio, ni el propio Cid Campeador los realizaron nunca mayores. Resulta necesariamente que, despues de oirle, el viejo militar queda tamañito por mucha brillantez de colorido que tenga su paleta.

Lo propio ocurre si se habla de ciencias, de inventos, de industria... y áun cuando se hable de *la mar*. Los hombres superiores no ignoran nada ni de nada se asombran. Todo lo presienten ó lo tienen previsto y la indiferencia es su cualidad característica.

ıántos hombres superiores soñaban con la ‑talidad al iniciarse la guerra de Oriente!— ‑ en la punta de la uña la cuestion euro-

pea, censuraban con acritud las torpezas de la diplomacia, veian con claridad la intencion de los *ingleses* y trazaban sobre la mesa de un café el nuevo mapa geográfico del mundo con la misma facilidad que una cuenta de la lavandera. Habian estudiado *á fondo* la cuestion, seguian atentamente las peripecias de la lucha, se elevaban al orígen de los hechos y no podian equivocarse en sus juicios. Vana tarea la del que intentase contradecirles. Los hombres superiores no pueden ser vencidos. Desde el momento que ésto ocurriera, ¿en qué fundarian la imperdurable superioridad que forma su carácter? Su mérito es impermeable como las pelotas de goma ó los capotes para la lluvia.

Nunca podreis conocerlos por sus obras, porque no las tienen ni las tendrán; pero los distinguireis en seguida por su aire, su manera de andar y hasta por su modo de vestir. Ellos son los que entran en el teatro despues de levantado el telon y se marchan ántes de la conclusion del espectáculo; los que tosen fuerte cuando el silencio es más profundo; los que hacen como que leen *La Correspondencia* en la situacion más interesante,—por ejemplo, cuando el galan va á matar á la dama por haberla sorprendido
amoroso coloquio con el traidor;—los que en
dias de moda llevan una flor descomunal

ojal de la levita; los que saludan con una ligera inclinacion de cabeza sin acompañar el saludo de la indispensable sonrisa que resulta de tan buen tono en el trato social; los que jamás piden á nadie consejo ni aceptan las indicaciones de nadie por sábias que sean; los que cortan repentinamente una discusion cuando no pueden rebatir el argumento contrario, y otros muchos que no se apuntan por no cansar al lector.

Con toda la superioridad de que hacen alarde pasan por unos infelices y rara vez encuentran quien los tome en sério entre las personas de mediana cultura.

Mas como ellos no necesitan para su fama presente y su gloria póstuma del juicio ajeno, son felices con el propio y viven satisfechos, persuadidos de que no han inventado la pólvora por haber nacido un poco tarde.

Tal es el carácter general de los hombres superiores que, por una condescendencia de la autoridad gubernativa, andan sueltos por el mundo para divertimiento de las gentes de buen humor.

Del bizarro militar
que cuenta con interés
de su vida el rudo azar,
en las mesas del billar
y en tertulias de cafés;

—

Del que llega á literato
por su propia aprobacion,
y es su recreo más grato
manchar y morder ingrato
la ajena reputacion;

—

Del que hace de la amistad
el más nefando comercio,
y adora la falsedad
y cotiza la lealtad,
si se paga, á cualquier precio;

—

Del inmoral vividor
que se lanza con furor
á vivir sobre el país,
y siempre tiene en un tris
las costillas y el pudor;

—

Del infeliz calavera
que cuenta sus aventuras
en cualquier sitio á cualquiera
sin que uno, ni uno siquiera

desapruebe sus locuras;

—

Del orador taravilla
cuya erudicion prestada
es asombro de la villa
y en todos los ramos brilla
sin saber nada de nada;

—

Del maldiciente procaz
que no deja hueso sano
á cuantos halla á la mano
y hasta es de inventar capaz
lo que no cabe en lo humano;

—

Y, por fin, de todo aquel
que á algun vicio se abandona
y el *dios-éxito* le es fiel,
se dice—¡frase de hiel!—
«¡es más listo que Cardona!»

III.

Hay veces en que una dama
una triste y larga historia
compendia en un epigrama

que de CARDONA la fama
eterniza la memoria.

—

Hay veces en que un galan
que á CARDONA con afan
sigue por su derrotero,
vierte un sarcasmo de acero
tocado con piedra-iman.

—

Y el mundo que se estaxía
con los cuentos de mostaza
que se estilan en el dia,
ni la calumnia rechaza
ni condena la falsía.

IV.

CARDONA es la quinta esencia
de la gracia, del donaire,
del valor y de la ciencia;
y nadie hará á su excelencia
el más mínimo desaire.

—

CARDONA, yo te venero,
mito, trasgo ó realidad,

y verte algun dia espero
por el más ancho sendero
guiando á la humanidad.

—

Y aunque no envidio tu gloria
ni apruebo tu proceder,
no dejo de conocer
que pasarás á la historia
cuando aquí dejes de ser.

—

En tanto sigue en tus trece
y gobierna á tu capricho
el mundo que te merece:
si algo de mí se te ofrece....,
¡no cuentes conmigo!—He dicho.

XIX.

EL PATRON-ARAÑA.

I.

Aunque el oficio es marítimo
y estamos del litoral
bastante lejos, no obstante,
bien se puede asegurar
que, como Dios, este tipo
en todas partes está.
Aunque esta villa famosa
tiene un estanque *capaz*
y en él pudiera el patron
con holgura practicar
su oficio, es cosa sabida
que el casco de la ciudad
es su más propio elemento,
y es su aspiracion tenaz,
que de sus hechos famosos
exclamen: «¡Esto es la mar!»

II.

Tiene un aire protector
que es su mágico amuleto
é infunde cierto respeto
que previene en su favor.

—

Es su lema la osadía,
y se dibuja en su frente
aquel arrojo imprudente
que es signo de la energía.

—

Mas ántes de proseguir
conviene una aclaracion:
la energía del Patron
solo se deja sentir

—

de lejos, como los truenos,
y, enérgico, se arrebata
tan solo cuando se trata
de los asuntos ajenos.—

—

Franco, alegre, decidor,
siempre en el chiste oportuno,
arregla como ninguno
las cuestiones del honor.

—

Las leyes del duelo sabe,
aunque nunca se ha batido,
y jamás ha transigido
si la ofensa ha sido grave.

—

A todo el que le consulta
le dá, de balde, una idea:
por grave que el hecho sea
jamás su opinion oculta.

—

Por nada del mundo vuelve
sobre una opinion lanzada:
sin asombrarse de nada
todo al punto lo resuelve.

—

El siempre tiene influencia
con la situacion reinante
y os ofrece en un instante
su apoyo y su complacencia.

—

¿Hay que pedir un destino?
El se juzga con poder
para llegarlo á obtener
en el más breve camino.

—

¿Que uno dijo una expresion
con voz ágria y tono fuerte?
Su remedio: Duelo á muerte

por toda satisfaccion.

—

¿Que está la pátria oprimida
por un torpe despotismo?
Pues hay con noble heroismo
que sacrificar la vida.

—

Y por toda solucion,
en tan crítico momento
solo tiene un pensamiento:
el de la sublevacion.

—

En todas esas cuestiones
á que atrevido se lanza,
solo pone su esperanza
y sus buenas intenciones.

—

Y siempre encuentra un registro
para cumplir su deseo;
pues aunque ofrece un empleo
sin conocer al ministro;

—

Y arregla un lance de honor
echando su cuerpo fuera
procurando que *alguien* muera
de la manera mejor;

—

Y fragua el súcio motin

sin exponer su persona,
un gran mérito le abona
de sus hazañas al fin.

—

Tiene bastante elocuencia
para poder disculpar
sus yerros, y hasta pasar
por un hombre de conciencia.

—

Y así prosigue su imperio
y ejerce su profesion,
sin que logre la razon
aclarar este misterio.

—

En su proceder se encierra
este refran elocuente:
«*Araña* embarca la gente
y luego se queda en tierra.»

III.

Por eso á la verdad á nadie extraña,
antes juzgan la cosa muy sencilla,
el ver en esta Villa
tanto *Patron de Araña.*

En todas las esferas del Estado,
explotando la cándida inocencia,
en unas ocasiones,
del bueno y del honrado,
y en otras ocasiones la indolencia
ó tal vez los instintos del malvado,
el *Patron* consabido
vive á nuestras costumbres adherido.

—

En las armas, las letras y las artes,
en la agitada esfera del gobierno;
en fin, en todas partes
merodeador eterno,
vive á sus anchas el *Patron de Araña*
explotando en su propia conveniencia
esta tierra de España,
que es, vamos al decir, la quinta esencia,
el más puro crisol de la hidalguía
que raya alguna vez en tontería.
—Prosigue tu camino,
excelso *tipo* de felíz memoria,
y cumple tu mision ante la historia
y realiza en el mundo tu destino.

XX.

LA POBRE VERGONZANTE. (1)

¡Cuánta razon tenian aquellos FILÓSOFOS!...
Hubo tiempos,
años felices cuando Dios queria,
en que algun pensador, miembro de una flamante escuela comunista, se atrevió á decir en letras de molde que la caridad es un crímen.

Cuantos tuvieron noticia de esta *especie* pusieron el grito en el cielo, y hasta yo, que me precio de ser un hombre *despreocupado*, lanzándome á los horrores de una polémica, sostuve grandes discusiones con aquel que tan mal parada dejaba la caridad, y hasta creo que le convencí de su error.

Sin embargo, hoy no dejo de conocer qu i

(1) Publicado en el II tomo de *Las españolas pintadas po* *pañoles*.

contendiente tenia mucha razon, si bien no era una razon absoluta, al asegurar que la caridad es un crímen.

No era ni es uno solo: han sido varios los filósofos que han sentado y sientan tan terrible máxima.

Alguien ha dicho que las circunstancias que rodean al escritor en su vida privada influyen mucho en sus ideas públicas.

Ateniéndome á *ese* dicho, estoy por conceder la razon, sin disputar con ellos, á los que han afirmado que la caridad es un crímen.

Acaso se han visto acosados incesantemente por esa RECAUDADORA de todos los tiempos que se llama pobre vergonzante y que de *todo* necesita, ménos de la caridad pública.

Si este ha sido el motivo de que tal cosa se diga, yo disculpo y perdono de todo corazon á los que tan grave ofensa infirieron á la más sublime de las virtudes y al más santo de los deberes.

¡Desgraciados! Comprendo su desesperacion.



xiste en España, principalmente en Madrid, pléyade de VIVIDORAS que, á semejanza de ngostas y de la *filoxera*, asuelan sin darse mo-

mento de reposo los dilatados y feraces campos de la credulidad pública, mereciendo el calificativo de *desgraciadas* por parte de unos, el de VÍCTIMAS SOCIALES por parte de otros, y excitando el sentimiento de la filantropía en todos los corazones magnánimos.

¡Cuántas veces ¡oh lector benévolo! no te habrás visto *agradablemente* sorprendido en medio del bullicio de una procesion, de una plaza ó de un paseo, por una *señora* decentemente vestida que asiéndose suavemente del gaban, bajos los ojos y toda ruborosa y confusa, habrá exclamado en un tono que tú solamente has podido oir, á pesar de encontrarte rodeado de gente: «Caballero, soy una pobre vergonzante; socórrame V. por el amor de Dios!»

Como el hábito hace al monje, tú, al ver delante de tí implorando tu socorro á una mujer que lleva manto ó velo, aunque sean usados, te figuras estar mirando á la viuda de un bravo militar á quien el gobierno desatiende por las ideas políticas del difunto, ó te imaginas la huérfana de un comerciante *quebrado*, ó la esposa de un cesante que tuvo un gran destino, ó, en resúmen, un sér misterioso, casi fantástico, pero siempre una *mujer decente*, una pobre más digna de co pasion por su *clase* que las pobres que, yertas frio, piden limosna públicamente en las puer

de los templos y en las esquinas de las calles.

Y como es natural, dadas tus creencias y tus preocupaciones, lector incauto, si llevas dinero (lo cual es muy discutible), despues de ponerte encendido como un pavo, porque juzgas herir la dignidad de la POBRE, la entregas disimuladamente el par de pesetas que acaso tenias para convidar á tu novia, y te marchas triste, sombrío y hasta conmovido de aquella desgracia, que tú atribuyes á la viciosa organizacion que nos rige.

Si en vez de entregarte á consideraciones tan dolorosas fueras ménos *sentido* y te dedicaras á seguir los pasos de la pobre vergonzante, observarías que de cinco en cinco minutos, durante dos ó tres horas, se repite la escena que tanto te ha mortificado, y que la pobre vergonzante ha *ganado* en ese tiempo más dinero que tú en una semana (se entiende, si no eres empleado del gobierno).



La pobre vergonzante que en medio del bullicio ó en los parajes solitarios asalta diariamente al transeunte en cuya fisonomía cree encontrar
r contingente de candidez ó generosidad,
ecisamente la antítesis de lo que represen-
ero como en esta bienaventurada sociedad

sólo hay que guardar las formas exteriores; como las corrientes de la opinion siempre se deslizan por el cauce de las apariencias, de aquí que tengamos que sufrir además de los *caballeros de industria* y los vagos de todas especies y categorías, á la PROFESORA de la mendicidad, ó sea la pobre vergonzante, que si no lo es, al ménos lo parece.

La mujer que acepta la cómoda manera de vivir á costa del prójimo, estudia detenidamente su plan de accion, y una vez decidida á representar el papel de víctima, facilísimamente entra en el gremio de los séres privilegiados, casi podria asegurarse que es feliz, y hasta pudiera creerse que lo pasa tan bien como un ministro cesante ó como un párroco de aldea despues de haber sido *cabecilla.*

Porque ¿qué inconvenientes ofrece el pasar dos ó tres horas cada dia dedicada á la dulce ocupacion de pedir, cuando verificándolo en calidad de pobre vergonzante ha de compadecerla todo el mundo, y sólo el que nada posea dejará de socorrerla?

Aunque bien mirado, ella pocas veces se dirige al que no tiene dinero, lo cual se conoce á la legua.

Verdad es que el pedir limosna suele ser repugnante para una persona *decente*, pero esto

el primer dia; que una vez acostumbrada, hasta es divertido, máxime cuando á la pobre vergonzante rara vez se socorre con calderilla por no herir su delicadeza, y lo que mucho produce, jamás puede repugnar á quien por su provecho vive engañando al mundo.

Supongamos que la vergonzante por antítesis pide limosna diariamente á veinticinco caballeros (caballeros segun su dicho), y supongamos tambien que recoge de cada uno, por término medio, una peseta.

Ahora figúrense Vds. cómo vivirá la persona que disfruta un salario de cinco duros.

Si es anciana, todo el mundo la respeta por el respeto que las canas infunden.

Si es jóven y bonita, nadie osa ofender su pudor porque no se crea que un caballero pueda nunca abusar de la desgracia, toda vez que el pedir limosna una mujer que podia *valerse* de su hermosura, más que deber, el mundo entiende que es virtud.

Así, pues, libre de todo peligro, ejerce su *honrada* profesion, vive á sus anchas, y disfruta sin cortapisas de ningun género de todos los placeres de la vida, de todos los beneficios de la

'ra.

'lla lo entiende.

*
* *

La pobre vergonzante de esta especie, puede ser la viuda de un militar á quien su modesto sueldo no permita vivir con las mismas comodidades y con el mismo lujo que cuando *lucian* las estrellas de su marido, y que, no pudiendo resignarse á una existencia más tranquila, y sobre todo más conforme á su estado, hace el *sacrificio* de algunas horas todos los dias, las que destina á engañar bobos, para no dejar su palco de la Zarzuela, ni interrumpir sus periódicas tertulias de confianza, ni dejar de arrastrar sedas, porque todavía tiene pensamiento de atrapar un coronel en cambio del comandante que perdiera.

Puede ser la esposa del desgraciado que, por efecto de las frecuentes convulsiones políticas ó de los eternos odios de bandos, ha descendido desde el *elevado* puesto de una direccion, al inseguro destino de escribiente temporero en la oficina más insignificante de un ministerio.

Este destinillo, sin embargo, le produce para ir saliendo aunque con trabajo; pero su mujer, que está acostumbrada á cenar todas las noches en el café, á vivir en piso principal, en buena calle, y á tener criados, no puede en manera alguna amoldarse á la estrechez, no puede prescindir de ninguno de estos menesteres, y se vana los sesos y procura hallar un recurso qu salve de lo que ella llama privaciones.

Al fin lo encuentra. Entrar en el gremio de las pobres vergonzantes.

Tambien pertenece á tan terrible cofradía, ¡y esto es lo más triste! la que sin saber ensartar una aguja puede acreditar que es *costurera* porque así consta en su cédula de vecindad, sin embargo, de haber estado dedicada libremente, amparada por la ley, á otra *profesion* muy distinta, á una profesion que el gobierno quiere cubrir (por lo fea) con la de *costurera*, pero que está en la obligacion de protejer, puesto que paga contribucion como *industria* reconocida.

¿Se van Vds. enterando?

No puedo ser más explícito tratándose de *costureras* de esta clase.

La costurera en cuestion, cansada de ejercer su ordinario *oficio*, y si no cansada, desesperada porque no le produce cuanto ella quisiera, ensaya una semana el papel de pobre vergonzante, y lo de vergonzante es para ella lo más difícil; ensaya, digo, y una vez en *carácter*, se lanza resuelta á la escena, arrancando del compasivo público lágrimas como limones.

El que poniendo en la mano del pobre ciego ó en el sombrero del infeliz tullido un ochavo *mo-*
o cree haber cumplido con los santos deberes
caridad y de humanidad, lo ménos que se
ve á dar á la pobre de mantilla ó de toca es

una peseta, porque como dejo dicho, nadie juzga prudente socorrer con calderilla á esta clase de necesitadas.

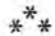
Como la cabra siempre tira al monte, sucede que la pseudo-vergonzante se acuerda de sus buenos tiempos de *costurera* á la manera que lo entiende el gobierno, y sin perjuicio de practicar diariamente su nueva industria, dedícase en sus ratos de ócio, que forman la mayor parte del dia y de la noche, á sus antiguas y *casi* necesarias *ocupaciones*.

Así, los cuatro ó cinco duros que ella recoge cuotidianamente, en su parte más principal sirven para subvenir á las necesidades y aun á los vicios de cierto jóven elegante, que sin trabajar ni ocuparse en nada útil, lujosamente vestido, pasa la flor de su vida en los garitos del juego y en todos los demás centros que simbolizan la corrupcion en sus diversas y múltiples manifestaciones.

Para esto sirve, ¡oh público sencillo! la peseta ó el escudo que, quizás haciendo un gran sacrificio, entregas con la mayor finura á la pobre vergonzante que te he malamente bosquejado.

Despues vente con consideraciones filosófi que hasta en demagógicas rayan, al ver el d amparo de tan desgraciada criatura.

¡Tú si que eres desgraciado!



Tambien pertenece al *oficio*, y esta es la vergonzante más temible, la marquesa arruinada, la coronela viuda que no disfruta *viudedad* por haberse casado con el *difunto* cuando este era subalterno, la consorte del abogado sin pleitos, la esposa del empleado cesante que ha de mantener un gran tren para casar decentemente á su hija, y en fin, todas aquellas que representaron un distinguido papel en la sociedad y á todo trance se empeñan en seguir representándolo.

Esta sucursal de la laboriosa compañía de las vividoras emplea para ejercer su profesion un procedimiento más decoroso, más elevado, y sobre todo más sencillo que el que usan sus colegas.

En lugar de lanzarse á la calle á explotar la generosidad de los desconocidos, esta fraccion, por el contrario, vive solo de sus conocimientos, únicamente se dirige á sus amigos de confianza.

Quincenal ó mensualmente escriben una do-
ıa de cartas que respectivamente envian á
os tantos amigos elegidos entre los más ricos
;enerosos que conocen.

¿Le parece á Vd. que hay en esto exageracion?

Si le parece, es porque no conoce el mundo, porque no se ha tomado el trabajo de estudiar la sociedad en que vivimos.

Esta pobre vergonzante, si sale á la calle impelida por los gritos lastimeros de sus hijos á pedir una limosna, representa una vergüenza verdadera, un rubor no fingido, y apenas ha reunido lo necesario para que su familia no perezca de hambre, regresa á su casa satisfecha y dando gracias á Dios.

Vamos á ver, dígame Vd. ahora que ésta no es una pobre vergonzante, ¡una pobre de verdad!

Lo es tambien la honrada esposa del desgraciado artista á quien nadie compra sus obras porque carece de reputacion.

La que contempla meses y meses á su marido sufriendo en el lecho del dolor los accidentes de una penosa enfermedad, y que solo contaba para vivir con el sueldo de aquel.

La madre de muchos hijos que solo cuenta para mantenerlos y educarlos con el cortísimo haber de siete ú ocho reales diarios, porque su esposo murió como militar pundonoroso defendiendo á su pátria.

Y otras muchas que no enumero por no fa gar demasiado á mis lectores.

Esta es, en sus diferentes manifestaciones, la pobre vergonzante; pero ésta generalmente no sale á pedir en público fingiendo que lo hace con pudor, ni escribe á nadie epístolas como la que copio más arriba, ni tiene palco en la ópera, ni asiste á los bailes, ni, en una palabra, vive á costa del prójimo.

Vosotros, ¡oh ilustres varones! los que vivís en situacion de poder consolar al afligido, los que llenais vuestro corazon con el dulce sentimiento de la fraternidad humana, buscad, indagad el paradero de esas víctimas sociales, de esas familias desgraciadas, de esas verdaderas pobres, socorred sus necesidades, enjugad sus amargas lágrimas, y habreis cumplido con el más grande de vuestros deberes.

En vez de entregar vuestro dinero á esas pobres vergonzantes que no poseen el menor resto de vergüenza y que indudablemente son más ricas que vosotros, entregadlo sin escrúpulos y sin miramientos á las que verdaderamente lo necesitan, y habreis merecido bien de la humanidad.

Si no las conoceis, buscadlas.

Y si por acaso os salen alguna vez al encuentro, no titubeis ni un minuto, entregadlas inmetamente el busto de D. Alfonso XII repreando veinte reales.

Y cómo, dirán de nuevo mis lectores, vamos

á distinguir á las verdaderas pobres de las que no lo son, si ambas salen á pedirnos?

¡Ah, inocentes, y sobre inocentes egoistas! ¿Quereis, por ventura, que yo os enseñe hasta á conocer las personas? ¿No habeis aprendido á distinguir la moneda buena de la falsa? No se pesca el coral en las llanuras de la Mancha ni se cria la perla fuera de la concha, por más que se haya dicho aquello de *perlas en el fango*. Todo se consigue con buena voluntad,

«que aunque en el mundo cruel
solo se acierta á fingir,
es muy fácil distinguir
el oro del oropel.»

XXI.

LAS MUJERES COMUNICATIVAS.

> Que es honrar á las mujeres
> deuda á que obligados nacen
> todos los hombres de bien.
> (Lope de Vega.)

Por lo que á mí respecta, no solo estoy dispuesto á honrarlas, respetándolas como se merecen, sino que las amo algo más de lo que debiera, de lo cual, por otra parte, no estoy arrepentido ni espero arrepentirme nunca mientras ellas no dispongan otra cosa; pero como la verdad, que el escritor debe al público, no está reñida con la galantería ni el amor, y hay mujeres que á pesar de todas las consideraciones, son dignas de censura y que, á imitacion de los vividores que quedan retratados, engañan al mun- aduermen su conciencia (suponiendo que engan) á trueque de pasar esta pícara vida mejor manera posible, he de permitirme

dar á conocer el tipo variado de la *mujer comunicativa,* interesante en alto grado y por más de un concepto digno de ser conocido.

Víctor Hugo ha dicho: «La que quiera ser virtuosa no debe tener piedad de sus manos.»—Pero como hay muchas mujeres que no han leido al profundo escritor francés, ó no le han querido entender aun leyéndole, que no hay peor sordo que el que no quiere oir; como hay tanto horror al trabajo y la holganza es ya casi un vicio universal en esta clásica tierra de España, de aquí que muchas mujeres, teniendo de sus manos una piedad sin límites, entiendan que la virtud es solamente una palabra, y procuren sacar de su *condicion* todo el partido posible.

Madrid tiene una fisonomía especial y propia bajo ciertos aspectos, y, como todos los centros populosos, ofrece ancho campo al desarrollo de ciertas *industrias,* poco ménos que desconocidas en provincias, y que tienen por único fin engañar al público al objeto de explotarle.

La mujer, armada de su *pudor* y de su *debilidad,* máquinas formidables contra las cuales no hay defensa posible, tiene en Madrid, mejor que en parte alguna, espacios dilatados y horizontes sin límites para ejercer con provec aunque no con honra, el poco envidiable of de *comunicativa.* Se aburre de la soledad: el

cetismo romántico de la Edad Media le crispa los nervios, y en eso del *espíritu de asociacion* dá quince y raya al más furioso y *espeluznado* internacionalista.

Para imaginar el tipo y hasta sorprenderle en su terreno propio, basta solo fijarse en la cuarta plana de *La Correspondencia* y reflexionar brevemente sobre las curiosidades que simétricamente encierra.—Allí, en el campo de batalla del inconcebible doctor Garrido cuyo estilo y travesura tanto divierten al público *sensato* y aun al *ilustrado* público; flotando en aquel *piélago* inmenso de amas de cria y liquidaciones *forzosas*, se leen con frecuencia suma anuncios como los siguientes, que vienen á bosquejar en el cristal del entendimiento el tipo que intento describir.

Hé aquí los anuncios que se publican á espaldas, ó en las espaldas, de *La Correspondencia:*

«Una jóven desea *colocarse* con un señor *solo*. Es de *buena* conducta. (La jóven, entiéndase bien.)

—Una señora sola, cede sala y alcoba á uno ó dos caballeros estables.

—Casa particular, señora sola, cede sala y al- exterior.

[illegible]a señora desea *otra*, ó un caballero, para [illegible]ompañía.

—Una señora desea encargarse del gobierno de una casa, ser aya de una señorita ó ama de una señora ó caballero solo.

—Una viuda *en punto céntrico* (¡!) admitirá para vivir en compañía, á un caballero formal y estable.»

Si para muestra basta un boton, justo será que basten seis anuncios para formar idea aproximada del tipo que traigo entre manos; mas si por acaso los seis consabidos y copiados no fuesen bastantes, prometo otros tantos, y aun más, que ya hay tela cortada, como dice el vulgo, en el reverso, no de la medalla, sino del diario noticiero, que cobra los cuartos (por sus anuncios, desde luego) y protege y auxilia con su inmensa popularidad, *esa* y otras *industrias* análogas que en Madrid se ejercen con libertad entera.

La jóven de *buena conducta* (¡!) que desea colocarse con un señor solo, suele ser forastera y antigua criada de servicio.

Como en esta *corrompida* sociedad de todo se desconfia y á nadie le creen bajo la fé de su palabra honrada, la patente de buena conducta con que se anuncia y se presenta la jóven (que desea un señor solo) suele estar expedida por cierto respetable caballero, hombre de órder quien *sirvió* la jóven recien llegada á Madr cuya colocacion perdió por *mor* de la señora

la casa, á quien parece no agradaba mucho la *excelente* conducta de la muchacha.

Por *eso, ella*, desde entónces no quiere servir donde haya señoras, impertinentes de suyo y por extremo descontentadizas, y desea, y así lo dice por boca de.... *La Correspondencia, colocarse* con un señor solo.

¡Vamos á ver! ¿qué tiene esto de particular, siendo, como es, de buena conducta?

¡Ah! con semejante coraza ya puede *ella* entrar resueltamente en el combate de la vida y aún batallar con éxito.

La señora *sola* que cede una sala, con su alcoba correspondiente, ya es harina de otro costal, sin decir por esto que ella lo sea realmente, aunque bien pudiera serlo, que un costal se halla donde ménos se piensa. Esta señora no necesita decir si es de buena ó mala conducta, ni si tiene ó no tiene personas que la *abonen*: ella se basta, y aún se sobra, no necesitando más garantías que su buena estampa, su simpática fisonomía, ó sus ojos altamente revolucionarios. Su edad y su estado son problemas complejos é indefinibles, y perderia lastimosamente el tiempo quien tratára de buscarles solucion.

jóven, de una juventud casi eterna, gra- a los milagros de la perfumería, á la habi- -l de sus pinceles, y lo mismo puede ser sol-

tera que casada ó viuda, si bien se la puede atribuir cualquiera de estos tres estados, aunque con certeza quizás ella misma no sepa á cuál pertenece. Por eso nunca habla de semejante cosa y contesta hábilmente, con evasivas, cuando alguien comete la indiscrecion de preguntarla algo sobre el particular.

Y en verdad que es indiscrecion y hasta candidez preguntar cuál es su estado á una mujer de este *calibre*, que vive sola y admite un caballero, ó dos, *para vivir en compañía*. ¿Qué le importa al sándio pregunton que sea soltera, casada ó viuda, la mujer que, deseando evitarle las molestias é incomodidades de las fondas y casas de huéspedes le ofrece una sala y una alcoba —¡ó una alcoba sola, que para el caso es lo mismo!—con la mayor amabilidad y finura, por un precio *módico*—que lo bueno nunca es caro—en una casa decente (¿?) y tranquila? Aproveche la *buena ocasion* que se le presenta y cállese, y deje el mundo correr, y viva lo mejor que pueda.

Ella por su parte no incomodará al *caballero solo*, que vive en su compañía, con preguntas de ese linaje. Unicamente tratará de averiguar, revistiendo siempre su curiosidad de formas encantadoras, el estado económico de su huésp
Esto es más *práctico* é incomoda ménos.

Si el estado económico del sugeto es bri

yo le aseguro formalmente que lo ha de pasar bien en la casa de *esta* señora *sola*. Por el contrario, si su estado es el de la Hacienda española, no intente ir á semejante casa, porque, además de no encontrar las *comodidades* que ha creido ver á través del provocativo anuncio, quizás presencie *cosas* y *sucesos* que acaben con su paciencia, por mucha que tenga, y le pongan en el caso de marcharse con cajas destempladas.

La señora que *desea* otra señora, ó un caballero, es decir, que no distingue de colores, aunque vividora tambien, es ménos peligrosa ó tal vez inofensiva por completo. Su anuncio lo dice: lo mismo la importa una señora que un caballero, la cuestion es tener, ó si se quiere, *poseer*, una persona con quien vivir en compañía. Así como por el hilo se saca el ovillo, por el anuncio de la vividora puede calcularse su *alcance* y su espíritu de sociabilidad.

Sin embargo, fuerza es hacer aquí una declaracion. No es oro todo lo que reluce, ni tampoco es todo virtud en la vividora que lo mismo se conforma con una mujer que con un hombre para el caso concreto de que se habla. Esta des-...pacion, mejor dicho, esta elasticidad, con-...ncillamente en que la vividora está ya ... combate y tiene que *aprovechar* todo lo

que se la presente. Una compañera, para que le ayude á pagar la casa; un compañero, para que se la pague por completo.

La *viuda en punto céntrico* que admite un caballero formal y estable, y que lo mismo insulta la gramática que ofende la buena moral con su anuncio, suele ser lo *peorcito* del gremio y es además lo más *cursi*. No solo no oculta su estado, sino que publica á voces que es viuda, lo cual quiere decir, segun algunos maliciosos, porque hay gente muy mal pensada; «venid á mí, yo soy libre, enteramente libre, sin responsabilidad, casi sin pasado, puesto que mi pasado lo simboliza la muerte, sin presente y acaso sin porvenir, pues que me veo sola en el mundo.» Y en efecto, semejante anuncio, el anuncio de una *viuda en punto céntrico*, que admite un caballero formal y *estable*, tiene incentivo poderosísimo para muchos hombres habituados á vivir solos en esta Babilonia que se llama Madrid.

A decir verdad, y perdonen los lectores el mal pensamiento, cualquiera, por *pacífico* que sea y por mucho amor que tenga á la familia, ante ciertos anuncios entra en deseos de marcharse á vivir, aunque sea *provisionalmente*, una de esas señoras que con tanto desprendimiento ponen su casa á disposicion del género masculino.

Si está de Dios, como dicen los católicos, ó si está escrito,

«como los árabes dicen,»

que hemos de caer en la tentacion, huyamos, desde luego, de la *viuda en punto céntrico* y de la jóven de *buena conducta.* Ambas á dos son un contrasentido, una aberracion viviente: son la vanguardia del ejército formidable de las vividoras *comunicativas*, y.... ¡desgraciado del que cae en su poder!

Tras los anuncios que más arriba trascribo, como tras de todos los de la misma índole, se adivina desde luego, á primera vista, algo que aquí no puedo, ni debo ni quiero decir, y que constituye el principal *mérito*, el rasgo saliente y característico de la vividora.

El anuncio es el cebo. El que no conoce Madrid, y es algo impresionable y se encuentra en la edad de las pasiones y huye del matrimonio como del diablo, ese, ¿qué duda tiene? muerde el anzuelo y cae en el garlito.

Si he de ser justo, habré de confesar aquí tambien que en muchas ocasiones hay más de un *caballero* que vive á costa de estas vividoras, algun tiempo, no mucho, y las explota en vez de ser explotado por ellas. Para esto se necesita mucho talento, ¡mucho! y tambien poca ver-

güenza, ¡muy poca!; pero á la larga, la vividora recobra lo perdido. El que cae despues en el lazo, paga sus culpas y las ajenas, y puede darse por satisfecho si libra con camisa».

Algo, y aún algos, pudiera añadir todavía como complemento del cuadro: no lo haré por no fatigar al lector, en primer término, y despues porque, siguiendo por el camino de las investigaciones tendria que abandonar la superficie, abrir una mina profunda en el páramo que, es es para algunos vergel delicioso y....—al llegar á este punto me acuerdo de los siguientes versos de Campoamor:

«Ahondar, y á fuerza de ahondar,
llegar á tocar el cieno.»

Eso es precisamente lo que me sucederia y lo que quiero evitar, tanto por el respeto que el público me inspira, cuanto porque segun dice otro poeta, con el cual estoy conforme:

Es la mujer del hombre lo más malo,
y es la mujer del hombre lo más bueno.

Una indicacion y concluyo. En ambos casos no admite comparacion la mujer: está, como Dios, sobre todas las cosas, es decir, mala ó b-na, lo es en grado superlativo.

XXII.

LAS ROMÁNTICAS.

Por fortuna se va perdiendo el tipo en esta incesante renovacion de las costumbres y de las ideas, aunque no se puede aventurar si hemos ganado ó perdido en el cambio, ni si es mejor el realismo presente que el romanticismo pasado.

No me parece tampoco fuera de camino el afirmar que dentro del temperamento *clásico* adoptado por la generacion presente, hay quizá más romanticismo que en aquella vaga contemplacion y éxtasis perpétuo de la primera mitad de este siglo, si por romanticismo se entiende el absurdo y la exageracion de los sentimientos y de las pasiones. Hay una razon que apoyá esta c[illegible], cual es la que alegan los románticos en li[illegible]a al decir que su escuela es enemiga de l[illegible]ntistas y de sus reglas; y como las re-

glas están basadas principalmente en la verdad y en la naturalidad, de aquí que pueda llamarse, con razon, romanticismo á todo lo que se sale, en la naturaleza y en la vida, de la vía ordinaria.

Hay que confesar, sin embargo, que el platonismo, la idealidad *pura* de los pasados tiempos, aunque extravagante y ridícula en sus manifestaciones externas, merecia más respeto que la despreocupacion y el descaro que hoy se tolera y pasa con el nombre de sistema realista.

Un distinguido escritor describe la romántica del año 35, diciendo que estaba más pálida que una noche de luna y más mortecina que lámpara sepulcral; con sus luengos cabellos trenzados á la veneciana, y sus mangas á la María Tudor, y su blanquísimo vestido aéreo á la Estraniera, y su cinturon á la Esmeralda y su cruz de oro al cuello, á la huérfana de Underlach.

Hay que advertir, y esto no lo dice el escritor aludido, que la palidez de aquellas románticas era debida á sendos tragos de vinagre, que era por entonces la bebida favorita de las mujeres á la moda, que querian pasar por el prototipo del idealismo y de la sensibilidad, siendo d[illegible]igor y aun de esquisito gusto la palidez ca[illegible]érica, tanto como era de mal tono, revelando [illegible]signe grosería, el fresco carmin de las me[illegible]s.

Aquellas imaginaciones volcánicas, aquellas fantasías delicadas se cebaban, por decirlo así, en las poesías de Byron, en los fúnebres cuadros de D'Arlincourt y en las composiciones teatrales de Ducange, haciendo gran acopio de suspiros, de humildes florecillas, de cementerios y de tumbas.—Por estas razones, el amante que más agradaba á su novia era aquel que la proponia un rapto para ir despues á habitar una gruta solitaria, ó la aconsejaba sencillamente el suicidio para tener luego el sublime consuelo de ir á derramar flores sobre su tumba hasta que, sucumbiendo él tambien á la melancolía los enterrasen á los dos bajo una misma losa.

Las cosas han cambiado completamente. Como recuerdo arqueológico se suele encontrar entre nosotros alguna romántica tradicional, partidaria del vinagre y del veneno, de los cementerios y de las grutas. Hoy la que se resigna á ser robada por su amante, es más bien seducida por la idea de ver París ó Lóndres que por el deseo pintoresco de disfrutar la amena soledad de los campos en compañía de poéticas fieras; y la que se decide por el suicidio como re[illegible]dio supremo de sus males, en vez del puñal ó [illegible]eneno, se da un baño en el estanque del [illegible]o ó se arroja por el clásico y prosáico via[illegible] la calle de Segovia.

Así como antes se estimaba que la palidez era el más interesante color de las damas, hoy se cree, por el contrario, que no hay cara más agradable á la vista que aquella cuyo color natural se pierde bajo espesas capas de *blanco de Matilde Diez* y colorete del más fuerte. Y las cejas y el cabello y los lábios sufren táles transformaciones que ya es imposible afirmar sin temor de equivocarse cuál es la mujer rubia y cuál la morena, aunque ya habrá observado el lector que el color rubio es el que priva en el momento presente.

Los autores sombríos, tétricos y sentimentales que quedan citados más arriba, han sido sustituidos por Echegaray, Cano y Gaspar, y se llama realismo lo que en ley de verdad no es otra cosa que un romanticismo vuelto del revés, si vale la expresion, más deforme y ménos aceptable que el que ya pudiéramos llamar romanticismo histórico.

La imaginacion de la mujer tiende siempre á lo sobrenatural, á lo poético, á lo romancesco, efecto en parte de su constitucion física y en parte tambien debido á la escasa y superficial educacion que recibe; por lo cual, y salvas muy contadas excepciones, la mujer padece, en lc [illegible]-ral, una especie de fiebre intermitente q[illegible] e contínuo oscurece en cierto modo sus ser[illegible]

Aun apartándose bastante de esta regla general, que aquí no debe ser tratada, y teniendo en cuenta el sello particular de nuestras costumbres y el sentido filosófico de la época que atravesamos, percibimos clara y distintamente la romántica de nuestros dias. No lo revela en su traje ni en su fisonomía, que gusta de vestir á la última moda y forman uno de sus principales encantos las horas de tocador; pero lo da á conocer en sus palabras y en sus obras, no como la romántica antigua, á los ojos de la sociedad, sino en sus relaciones íntimas y más particularmente en el hogar doméstico, y dentro de este en el estado de esposa.

Se equivocan grandemente los que creen que las ilusiones y los sueños ideales y el anhelo de lo imposible ocupan la imaginacion de la mujer cuando ésta se halla soltera: en tal estado sus aspiraciones son vagas, sus deseos indeterminados, sus sueños indefinibles, y por más que su fantasía vuele por las regiones de lo poético y de lo maravilloso, no sabe ni puede darse cuenta exacta de lo que ambiciona, viviendo en una especie de candidez que se avecina y aun se confunde con la inocencia. Sus pasiones están en e[illegible], en gestacion más propiamente dicho, y [illegible]anifestaciones ostensibles no pueden re-[illegible] la tenacidad ni el calor de aquellos sen-

timientos latamente definidos y ampliamente expresados.

La mujer soltera es el preludio de una tempestad. La mujer casada, es la tempestad en toda su grandeza terrible y en todo su horror magnífico.

La soltera ha soñado, aunque confusamente, un ideal que luego no realiza su marido, ni puede humanamente realizarlo, llegando, como llega, por ley de naturaleza, despreciando el éxtasis del espíritu, á las espansiones groseras de la materia dentro de la más descarnada realidad.

Un autor célebre ha dicho que la mujer abandona la poesía desde el momento en que penetra por primera vez en la alcoba nupcial, y nada hay más falso que esta asercion. Allí precisamente, en la alcoba nupcial es donde la mujer comienza á darse cuenta de los sueños que ha acariciado su imaginacion, pero es para hacer una rectificacion dolorosa, para confesar que se ha equivocado y declararse á sí misma que aquel hombre, que su marido, no simboliza el ideal de sus sueños.

Aunque sea virtuosa, aunque la idea del deber llene su alma y su entendimiento, desde tónces comienzan las luchas del espírit[illegible] revela en el hastío, en la languidez, en la tr[illegible]za que siguen forzosamente al desencan[illegible]



primer síntoma alarmante del romanticismo.

La mujer es artista, la mujer compara, y, fuerza es confesarlo, en las comparaciones que establece una casada, siempre sale perdiendo su marido.

Aquel mal humor contínuo, aquellos desmayos frecuentes, aquel suspirar casi sin interrupcion y aquellos magníficos ataques de nervios que tanta tila han menester para calmarse, no son otra cosa que desahogos de un corazon oprimido, reconvenciones á la fortuna, ayes de un alma superior, no comprendida en éste miserable mundo..... viniendo á formar *todo ello* una manifestacion acabada del más puro y ardiente romanticismo.

El marido cuya mujer es romántica mientras le dura la juventud y la belleza, aunque vive en un infierno algo peor que aquel que nos describen los más fanáticos creyentes, puede darse por satisfecho y debe considerarse feliz. Los celos intempestivos y furiosos, el llanto, las quejas y los lamentos con que diariamente le atormenta su cara mitad, son simplemente las manifestaciones de su dolor secreto al verse burlada en sus más risueñas ilusiones; son su retrato moral, l[illegible] de su alma dolorida, semejantes á los a[illegible]os trinos del pájaro encarcelado.—Esto e[illegible]ien entendido que se trata solamente de

aquellas mujeres de imaginacion exaltada, cuya educacion se ha descuidado algun tanto.

La decepcion inspira negros pensamientos, y estos ponen el humor en tal estado de irritabilidad que, son consecuencia lógica de sus manifestaciones, ó más bien, sus manifestaciones mismas, los serios disgustos y las constantes tremolinas de que queda hecha mencion.

El deseo no satisfecho lleva á la amargura, y la amargura, que no es tan egoista como el placer, gusta que todo el mundo participe de sus dolores; y, como el marido, sobre ser la causa eficiente, aunque inconsciente, del mal, es la persona más próxima á su consorte, esta descarga sobre el marido todo el peso de su furor, considerándose víctima de un engaño y defraudada en sus más doradas aspiraciones.

Cuando debe temblar el marido y apelar á toda clase de medidas extraordinarias es cuando vea que su mujer abandona el romanticismo y más que resignada con su suerte aparece contenta, tranquila y hasta complaciente. Esto probará que se ha pasado al género *clásico* y el *clasicismo* de la mujer casada, es mil veces peor que el romanticismo puro con todas sus consecuencias.

Segun las premisas sentadas, resulta: [illegible] el romanticismo, de cualquier clase que sea [illegible] a

calamidad; pero ¡ay! es mucho peor que la mujer se dé al género *clásico*, porque en este último caso es cuando peor librado sale el marido.

Las conclusiones son dolorosas de todas maneras: lo mejor seria indudablemente que la mujer no fuese ni clásica ni romántica: bastaba solo con que fuese buena: muchas lo son sin duda alguna: ¿por qué hemos de dudarlo?

XXIII.

LAS MUJERES POLÍTICAS. (1)

...una *mujer* obligada á pensar y obrar como un hombre, no es ni hombre ni mujer; abdica todas las gracias de su séxo y no adquiere ninguno de los privilegios que nuestras leyes han concedido á los más fuertes.

BALZAC.

Las revoluciones del progreso humano, en sus levantados fines de devolver á la criatura racional su ingénita grandeza, han ido destruyendo, con el esfuerzo de las ideas y la perseverancia de la razon, los innumerables abusos y privilegios que engendraran las pasiones y el egoismo

(1) Este artículo publicado en el periódico *La Discusion* en Junio de 1872, fué reproducido por *Las Novedades*, *El Universal* y otros diarios de Madrid y provincias, dando lugar á polémicas y comentarios.

de los primitivos dominadores del mundo en las costumbres públicas.

El hombre ha ido quebrando paulatinamente los duros eslabones de su pesada cadena; y hoy, si no ha recobrado totalmente la plenitud de su soberanía, al ménos goza de alguna libertad y no mira tan lejano el dia de su completa redencion.

Como consecuencia de este adelanto moral del hombre, ha nacido en la mujer, hermoso complemento de la vida, el natural deseo de ser libre, la noble aspiracion de entrar en la esfera de los séres redimidos que han de cumplir su destino en la tierra, aplicando sus fuerzas morales y físicas, á la realizacion de su voluntad, siempre dentro de la libertad y del derecho.

*
* *

La esclavitud de la mujer en el mundo antiguo es la peor de las esclavitudes.

La mujer, base fundamental de la sociedad y de la familia, esclava, y por consecuencia embrutecida, no podia educar sus hijos más que como ella habia sido educada, resultando prin- ... lmente del atraso y la barbárie de la mujer, l... gnorancia, el servilismo y la esclavitud de los ...blos.

Por esta razon, para el adelanto de las sociedades humanas, la mujer debe progresar juntamente con el hombre, aunque en distinto sentido, por ser distinta su mision en la obra de perfectibilidad que ha emprendido el mundo moderno.

Hoy, en presencia del activo desarrollo intelectual del sér viviente, ante la universalizacion de las ciencias y de las ideas, hay mujeres que se creen igual al hombre *en todo*, considerándose con las mismas aptitudes, con iguales derechos y hasta con la misma mision que realizar.

De este pensar inocente resulta la *publicista*, es decir, la *mujer política*, que lo mismo escribe un artículo de furiosa oposicion al gobierno, que asiste á un cónclave de conspiradores, que levanta su voz en un club para excitar ó entusiasmar las masas, entendiendo que de esta manera trabaja por la emancipacion de la mujer.



Reconocida y proclamada la libre emision del pensamiento en todas sus manifestaciones, aunque no en su expresion más lata, háse desperta-do en el bello séxo el deseo de escribir para imprenta, no ya para tratar los asuntos sencil y delicados de la moral, de las costumbres, c

relacion al hogar doméstico, ni para explicar los deberes de la madre, de la hija y de la esposa, ni para otras muchas cuestiones anejas á la mujer, sino para escribir política, y política de rabiosa oposicion.

Generalmente, en la casa de *esta especie* de *publicista*, todo está, como suele decirse, manga por hombro.

Si esta mujer es casada (suponiendo que la complacencia del esposo mártir llegue hasta el punto de permitirla semejantes *excesos*), si es casada la *publicista*, repetimos, y no vive en situacion de mantener criados que cuiden las haciendas de su casa, el pobre marido, ó mejor dicho, el *pobre hombre*, tiene que asistir á la cocina, que dar la papilla á los chiquitines y hasta que barrer el pavimento.

Trocados los respectivos papeles del hombre y la mujer, figúrese el lector, si puede, cuál será el aspecto de la mansion de tan bienaventurados cónyujes.

La perspectiva que ofrece un marido atizando la lumbre de la hornilla, meciendo la cuna del pequeñuelo ó limpiando el polvo á los muebles, es deliciosa.

Cuando el cuadro presenta cambiantes más rprendentes, es cuando el esposo se apercibe que no vive en la isla de San Balandran y

abandona, volviendo por sus fueros, los quehaceres domésticos. Entónces, y sólo entónces, es cuando da alegría penetrar en la casa de la escritora política.

Casi siempre comen *fiambres* traidos de fuera de casa, ó lo que es lo mismo, comen caro y mal. De arreglo y limpieza no hay que hablar una palabra.

Los pobres niños, careciendo de la solicitud y de los cuidados que su edad reclama, se crian entecos, enfermizos, y á lo mejor, mientras la mamá corrige las pruebas del *artículo* que ha de publicarse inmediatamente, para que no pase su *oportunidad,* se arrastran por el suelo llorando á grito herido, ó se rompen las narices contra una cómoda, ó se caen de encima de una silla fracturándose algun miembro ó ponen el sofá hecho una lástima.

Y á todo *esto,* ella, la escritora política, entiende que trabaja por su emancipacion.



La mujer política participa del vértigo, de las pasiones y de las miserias que, en mayor ó menor escala, trabajan el partido á que pertenec se agita en sus luchas, toma parte en sus intı gas y corre sus peligros.

Así, el mejor dia (y ya se han dado casos) la periodista *agitadora* se mira envuelta en un proceso judicial por haber injuriado al ministro S. ó calumniado al funcionario H., ó por haber atacado la inatacable persona de S. M.

Y ya tenemos á la *publicista* á salto de mata, huyendo de la policía ó en la cárcel pública, si no ha podido burlar la vigilancia de sus crueles perseguidores.

El cuadro se completa. La situacion de esta mujer y la de su familia no puede ser más lisonjera.

Ella, sin embargo, continúa creyendo que sirve la causa de la emancipacion de la mujer.

*
* *

La escena varía de aspecto.

Imagínese el lector la espaciosa estancia donde reside un club.

El lenguaje empleado en estos centros es casi siempre apasionado.

En lo más interesante de la sesion, se oye la voz fina y delicada de la *ciudadana* G., que pide la palabra para *terciar* en el *debate*.

Cuando la ha llegado su turno, la *ciudadana* raviesa el salon, en cuya atmósfera está connsado el humo de los cigarros, lo que algunas

veces hasta impide la respiracion á los hombres, y ocupa graciosamente la tribuna, no sin haber escuchado al pasar por entre la multitud, los punzantes epígramas con que la obsequian sus correligionarios políticos.

Oigan Vds. un discurso *femenino de club*, y digan luego con franqueza si de él han podido sacar algo en limpio, y digan tambien si algo provechoso tiene que decir ó hacer una mujer en semejante lugar.

Nada: su *trabajo* se concreta única y exclusivamente á declamar en media hora ó en una, el discursito que á duras penas escribió en un dia y en dos aprendió de memoria, y cuyo contenido es la sempiterna repeticion de las palabras más huecas y rimbombantes del diccionario de los escritores á la fuerza y de los políticos por compromiso. Menos cuando no emprende una senda, para ella más desconocida y difícil que la rutinaria, pero de más *gloria*, y proclama la destruccion de la familia, la liquidacion social, la anarquía, y hasta la necesidad de achicharrar con petróleo á la mitad del género humano.

Esta no es ni puede ser en manera alguna la mision de la mujer que, mientras pronuncia un discurso ó se ocupa en su confeccion, es necesario *arremangarse* los pantalones para poder penetrar en su *poética* morada.

Esto, sin mencionar el ridículo que pesa sobre ella, y sobre todo la inutilidad de su esfuerzo, en tal sentido, en las empresas públicas de los pueblos.

*
* *

Sucede (y tambien se han dado casos) que la mujer afiliada á una asamblea secreta de conspiradores, para burlar la vigilancia de la policía, ó para estar en carácter en su papel de *revolucionaria*, ó por algun otro motivo que ignoramos, se disfraza trocando su traje habitual por un vestido de hombre.

Al reemplazar el pantalon á las enaguas y la levita á la túnica, el cambio ofrece un contraste tan grotesco que, más de un transeunte al mirarla se imagina estar en pleno carnaval, porque más que otra cosa parece una máscara.

Entónces es fácil se descubra la conspiracion, porque no ha de faltar, de seguro, algun desocupado que por curiosidad siga los pasos de la *incógnita revolucionaria* y averigue dónde y para qué entra.

Despues de mil peripecias é inconvenientes, ..tra al fin en el cónclave, y aquí entra la ..unda parte, que de suyo es siempre la más ..nosa.

La estancia que ocupan los conjurados es de rigor que sea subterránea y sombría; la luz que en ella luce, ténue; los discursos que allí se pronuncian (siempre á media voz) misteriosos y terroríficos.

La *ciudadana* tambien usa y abusa de la palabra, y despues de encarecer la necesidad de derribar al gobierno por medio de la fuerza, es decir, á sangre y fuego, da cuenta de los *hombres que tiene á su disposicion* y de los recursos que posee para cooperar á la obra revolucionaria.

Mientras la *conspiradora* se ocupa en esta empresa temeraria, que puede muy bien facilitarla el viaje gratis á Fernando Póo, acaso sus hijos, si los tiene, se han despertado y escandalizado á gritos la vecindad: acaso su marido pasa la noche alegremente con alguna tiple de zarzuela, ó quizá los calcetines de su papá, suponiendo que sea soltera, necesiten de repaso.

Pero ella no se cuida de estas nimiedades domésticas; ella cree que su deber es conspirar, que tiene derecho á trabajar por la emancipacion de su sexo, y sigue cándidamente creyendo que realiza su destino, que merece bien de la humanidad y que está á la *altura* de las circunstancias.

*
* *

Además de estos tipos originalísimos y por lo general improvisados, existe la literata de profesion, la mujer estudiosa que con cabal conciencia del sublime sacerdocio de las letras humanas, se ha emancipado y trabaja por la emancipacion de su sexo, adornando nuestra escena y enriqueciendo nuestras bibliotecas con los frutos de su meditacion y con las inspiraciones de su génio, sin penetrar nunca en el candente círculo de la política activa.

Tambien existe la literata de aficion, la mujer que despues de atender con preferencia al cumplimiento de sus obligaciones, en vez de dedicar sus ratos de ócio á frecuentar bailes, ó á visitas de etiqueta, ó á tertulias de *confianza* donde se gasta el tiempo inútilmente, ó perjudicialmente se *aprovecha*, destina estos ratos perdidos al estudio de las ciencias y de la literatura.

Estas mujeres, á nuestro juicio, complen con su deber y sirven á la causa de su emancipacion más eficazmente que la oradora de club, que la periodista política y que la conspiradora revolucionaria.

*
* *

o somos enemigos de la emancipacion de la

mujer, en el buen sentido de la palabra, porque, como dejamos dicho, la cultura de la madre se refleja en el hijo, y de mujeres ignorantes nacen pueblos esclavos y envilecidos.

Pero como las nuevas ideas atraviesan siempre un largo período de exageraciones, y de estas resultan las *publicistas* que hemos malamente bosquejado, de aquí la necesidad de señalar á la mujer el camino que debe seguir para elevar su sentimiento moral, colocándose á la altura que ocupar debe en la actual civilizacion para lo cual no es necesario, en nuestro sentir su participacion activa en las fogosas contiendas de la política.

Trabaje la mujer por su emancipacion.

Pero sepa que ha de realizar la sublime mision de su destino dentro del hogar doméstico, reinando, por medio del amor, en el corazon del hombre.

XXIV.

DE LA TEORÍA Á LA PRÁCTICA.

(Cuadro al fresco).

I.

Cuando las exageraciones toman carta de naturaleza en la region de las ideas, no hay medio de hacerse oir si se pretende razonar, y el error, adquiriendo proporciones colosales, se extiende rápidamente por la multitud, perturbando las ...ciencias y conspirando contra el mejor fin de ...umanidad.

...ro si bien la lógica de la verdad es en cier-

tas épocas impotente dentro de la teoría para disipar las nieblas del error, la lógica de los hechos es indestructible aun para los más fanáticos y obcecados, que no pueden ménos de inclinar la cabeza, sino ante las causas, ante los efectos que esas causas producen, porque, mostrándose á todas las miradas, alumbran todas las inteligencias, conmueven todos los corazones y rinden todos los ánimos.

Sugiérenos estas consideraciones la idea de la emancipacion de la mujer, tal como la entienden y predican algunos cerebros calenturientos, segun los cuales la mujer *debe tener* en todo, por todo y para todo, los mismos derechos civiles y políticos que el hombre.

Ampliando más esta idea, si es que esta idea puede ampliarse, dichos propagandistas sostienen que la mujer *debe y puede* dedicarse á las mismas ocupaciones y carreras que el hombre, viniendo á concluir, siendo lógicos consigo mismos, en que la mujer debe confundirse, mejor dicho, perderse en la esfera que el destino ha trazado al hombre.

Para demostrar lo pernicioso de esta teoría, creemos que el mejor medio es presentar á los ojos de sus mantenedores con hechos reales positivos los tristes resultados, los lastimos efectos que produce la confusion de los d

sexos en las funciones externas de la vida, recayendo todo el mal que resulta de esta extraña amalgama principalmente sobre la mujer.

II.

Sin tener para nada en cuenta la idea de la emancipacion moral de la mujer, ántes de que esta idea se apuntara y atendiendo sólo á la *mejor* explotacion de sus intereses, muchos capitalistas europeos han montado fábricas, ya de tejidos, ya de lozas, ya de tabacos, ya de otros infinitos géneros... para que la mujer acudiera á sus talleres á dar impulso á las máquinas y á fomentar la industria, contribuyendo con sus fuerzas físicas, como pudiera hacerlo el hombre, al desarrollo de la produccion.

Ya tienen ahí los *emancipadores* de la mujer aceptada, en principio, su teoría y... ¡oh triunfo para ellos! aceptada por *los eternos enemigos de la redencion humana y de la justicia social.* (1)

Tambien hay que conceder, haciendo justicia á cada uno segun se merece, que los dichos ca-

(1) Frase *demagógica* que durante algunos años ha rodado por las columnas de muchos periódicos. *(Nota aclaratoria.)*

pitalistas han recurrido á la mujer para el desempeño de ciertos trabajos, porque ésta generalmente se conforma con ménos sueldo que el hombre, y porque, como sér débil y perfectamente inofensivo, con raras excepciones, se doblega con más facilidad á las exigencias del fabricante, exigencias que no siempre entran en los límites de la razon.

III.

En una de las más importantes capitales de Andalucía, y cuyo nombre no hace á nuestro propósito, existe una fábrica de tejidos de hilo y algodon, que al decir de las personas más competentes en la materia, es uno de los primeros establecimientos en su género, no ya de España, si que tambien de Europa.

En dicha fábrica trabajan, segun cálculo aproximado, de mil á mil quinientas personas, y tambien se calcula que más de las dos terceras partes de ese personal son mujeres: mujeres que, segun la teoría que venimos combatiendo, han realizado su emancipacion *en cierto modo*, pues que disfrutan, como los hombres, de los *ben cios* del trabajo.

Una rápida ojeada por los extensos salones de *aquel* establecimiento nos será suficiente para dar una idea á nuestros lectorés del *ideal* que realiza la mujer al salirse de su esfera en cualquier sentido.

IV.

Nos fijaremos especialmente en el gremio de tejedoras de la mencionada fábrica.

La tejedora tiene á su cargo uno ó dos telares, segun que es oficiala ó maestra.

Para cada treinta y tantos telares hay un celador, bajo cuyas órdenes están las operarias que los ocupan, y por cuya mano han de pasar los géneros ántes y despues de su elaboracion, debiendo entenderse què estos celadores pueden favorecer ó perjudicar á las trabajadoras segun lo tengan por conveniente, pues en la bondad ó maldad del género ántes de labrado y en la revision y medicion del mismo despues de tejidas las piezas pueden cometer cuantos abusos quie-, sin que por ellos tengan la menor respon-ilidad para con el propietario.

nlicando esta idea con más claridad, dire-

mos que, segun la mayor ó menor simpatía ó antipatía que el celador tenga con la tejedora, así es de bueno ó malo el género que la entrega para la fabricacion, y de igual manera procede en la revision y medicion de las piezas tejidas.

Partiendo de esta idea, y teniendo en cuenta la condicion é ilustracion de la mujer que desde los primeros años de su vida ó de su juventud se ha sepultado en uno de esos talleres, calcúlense la série de abusos que el tal celador cometerá á la sombra de su cargo, y calcúlense tambien los infinitos males que saldrán á la superficie de la sociedad de *aquella* inagotable fuente de corrupcion y de inmoralidad.

El por qué *sucumben* las más y se *salvan* las ménos en esa clase de establecimientos, no hay que preguntarlo ni achacarlo tampoco á la carencia de virtudes en las últimas escalas sociales. *Todo eso* es la triste consecuencia de la viciosa organizacion que nos rige, dentro de la cual el pobre, ya pertenezca á un sexo, ya al otro es siempre la víctima, el blanco de todos los tiros que parten de *arriba*, teniendo que resistir, cual árbol abandonado en medio del desierto, al huracan de todas las injusticias humanas.

V.

Cármen era una de las muchachas más bonitas de la fábrica de algodones de la ciudad de X.

Pertenécia al gremio de las tejedoras, tenia dos telares á su cargo, ganaba buen sueldo,—relativamente á lo poco que se gana en aquella fábrica,—y era respetada por el celador de su departamento, el cual celador, protejiéndola constantemente, nunca habia osado traspasar los límites de la prudencia.

Esto, que parece fenómeno raro, tenia su esplicacion sencilla en las relaciones amorosas que Cármen mantenia con un trabajador de la misma fábrica, jóven de veinticuatro años, tan apreciado por su honradez y generoso comportamiento, como temido por sus buenos puños y proverbial valor.

Las relaciones de Eduardo (que éste era el nombre del jóven) y Cármen, eran tan puras, tan inocentes, como inocente y puro es el amor en s imeras manifestaciones.

hos se habian jurado constancia eterna,— q ese imprudente juramento empiezan

siempre los amores platónicos,—y abrigaban el propósito de unirse en eterno lazo, ante Dios y los hombres, en un plazo brevísimo.

Cármen, que contaria á lo sumo diez y siete años, era una de esas mujeres que, sin estar dotadas de todos los atractivos de la belleza, en una fisonomía vulgar é incorrecta ostentan unos ojos de primer órden ó unos cabellos de ébano ó de oro, ó cualquiera de esos rasgos característicos de la hermosura que bastan para fijar la atencion de cualquiera y aun para entusiasmar al hombre ménos impresionable.

Cármen ostentaba en sus mejillas el fresco y vivo carmin de las rosas; sus cabellos eran rubios como el oro, su talle esbelto y flexible; elegante sin presuncion, su fisonomía revelaba un aire tan marcado de dulzura y de inocencia que, con estas cualidades, la humilde trabajadora se conquistaba al primer golpe de vista las simpatías de cuantos la rodeaban.

Eduardo era dichoso con los amores de Cármen, y Cármen no pensaba más que en Eduardo.

Y ambos eran felices.

Pero como la felicidad es de suyo inconstante y veleidosa, quiso la mala ventura que el propietario de la fábrica, paseando una tarde [illegible]or los salones de su establecimiento, se fija[illegible] en Cármen, y entrara en deseos de *echar una c*[illegible] *al*

aire con aquella muchacha, y al efecto se acercó, pronunciando á su oido frases que probablemente nunca habria Cármen escuchado, á juzgar por el súbito aturdimiento que de ella se apoderó.

Cármen no contestó una frase siquiera á las palabras de D. Telesforo, ni se dignó, mejor dicho, ni se atrevió á mirarle.

D. Telesforo comprendió en seguida *el terreno que pisaba*, y dirigiéndose á una vieja que trabajaba cerca de Cármen, estuvo hablando con ella un cuarto de hora, señalándola á cada momento á la víctima, que, sin comprender lo que pasaba, volvió á ocuparse tranquilamente de su trabajo.

La felicidad de Eduardo estaba sériamente amenazada.

La *Celestina* á quien D. Telesforo habia dado el encargo de seducir á Cármen, dió principio á su cometido con todo el ardor y buena voluntad á que podia obligarla una buena suma ofrecida por una persona que era inmensamente rica, y de quien dependia.

La elocuencia de la vieja, elocuencia probada en *su larga carrera*, rayó en esta ocasion á inc parable altura.

'udo resistir Cármen *esta elocuencia*, tras de l al veia todo un mundo de placeres y de en-

cantos, cuadro bellísimo trazado de mano maestra por una *artista* tan consumada?

A cualquiera se le alcanza que la inocente jóven debia sucumbir èn esta lucha, en la cual se presentaba completamente desarmada ante enemigos terribles que poseian el arma poderosa del dinero.

Habia además otras circunstancias.

Cármen, que siempre se habia resignado con su suerte, comenzaba á rebelarse contra el destino, y la idea del lujo la preocupaba grandemente, con tanto más motivo cuanto que hasta sus mismas compañeras, muchas de las cuales ganaban ménos jornal, vestian mucho mejor que ella.

Sucedia esto porque Cármen tenia á su anciana madre postrada en el lecho del dolor hacia mucho tiempo, y su jornal apenas bastaba para cubrir las primeras atenciones de la vida, teniendo la enferma que carecer hasta de los medicamentos más indispensables.

VI.

Cármen debia sucumbir y sucumbió: d[illegible] noche á la mañana desapareció de la fáb[illegible]

y de su casa, sustrayéndose á las miradas de todo el mundo. No habia tenido valor para confiar á su madre el secreto de su deshonra, y al desaparecer de la casa materna habíase creido *dispensada de todo* con dejar en ella cierta cantidad, con la cual, á su juicio, habia hecho la felicidad de su madre contribuyendo al restablecimiento de su salud.

Como al mismo tiempo desapareciera la vieja, y como algunos se hubieran fijado en ciertos detalles anteriores á aquel acto, todo el mundo convino en la verdad del hecho, estallando de aquí la tempestad de insultos y de injurias que siempre cae en casos tales sobre la víctima.

¡Infelices anatematizadores de Cármen! No veian en el delito más que el delito mismo, sin tener para nada en cuenta el cómo y el por qué lo habia cometido. No veian que la causa principal de la desmoralizacion de *abajo* se encuentra *arriba*, donde la INTELIGENCIA y el DINERO, poderosos enemigos del pobre cuando en el mal se emplean, caen despiadadamente sobre la IGNORANCIA y la MISERIA, desarrollando el VICIO y la PROSTITUCION en su más asombrosa fecundidad.

Las declamaciones de la sociedad contra cualquiera de los vicios que trabajan á las muchedumbres nos hacen el mismo efecto que las recriminaciones que á sí propio se dirigiera el di-

sipador que, despues de haber barrenado su existencia en la crápula de bacanales inmundas, se rebelara contra las enfermedades á que su desenfreno le hubiera conducido, enojándose contra uno de sus miembros al ver aparecer en él la gangrena.

Pero dejemos á un lado tristes consideraciones, que por otra parte nos desvian de nuestro propósito, y continuemos narrando la triste historia de Cármen.

VII.

A la desaparicion de Cármen siguió la desesperacion de Eduardo. El desencanto y la amargura de nuestro jóven fueron terribles; mas como los suicidios por amor, con raras excepciones, no pertenecen á este siglo, Eduardo, pasados los primeros instantes de natural arrebato, fué calmando poco á poco la fiebre de su pasion, concluyendo por resignarse, filosóficamente, con su suerte, guiando sus pasos por nuevos derroteros que á su vista presentaban los encantos del mundo, guardando en su mente y en su razon una glacial ironía del proceder de Cárr

A nuestro juicio, Eduardo habia comprer

do la vida tal como ella es, y tenia un temple de ánimo á propósito para navegar en los procelosos mares de este pícaro mundo.

VIII.

La transicion que en la existencia de Cármen se habia operado, no podia ser más violenta. Elevada desde la condicion más humilde al más alto rango, por lo que hace al órden material, habia moralmente descendido al más profundo abismo de la abyeccion, por lo cual la perturbacion de sus sentidos era tan grande, que ni siquiera sabia darse cuenta de lo que la acontecia.

En ese estado de atonía, que tanto se parece al idiotismo, pasó cuatro meses encerrada en una casa de la solitaria calle de N., acompañada únicamente de la vieja que *tanto bien* la habia proporcionado, recibiendo todas las noches una larga visita de D. Telesforo.

Pero como este no podia ser en manera alguna el estado normal de una criatura, y mucho ménos el de una mujer jóven, Cármen sintió vivos deseos de ver nuevamente el mundo, con tanto más motivo cuanto que ella creia poder

brillar en él como una de tantas personas favorecidas por la fortuna.

Fundaba esta idea en la posesion del lujo. Creia cándidamente que su trasformacion habia sido completa, y soñaba, bajo este supuesto, un mundo de placeres.

IX.

El primer dia que Cármen salió á la calle arrastrando sedas, creyó haber dado el primer paso en el sendero de la felicidad, cuando no hizo otra cosa que ponerse en ridículo por la primera vez de su vida; pues si bien es verdad que el hábito hace al monje, no es ménos cierto que, sin el aspecto, sin la costumbre y sin la dulzura de la religiosidad, el bandido disfrazado de monje... siempre parecerá bandido.

Y esto acontecia con Cármen: acostumbrada desde los primeros años de su vida á vestir la humilde saya de percal y el *democrático* manton de la artesana, los trajes de seda y las alhajas de gran valor caian en su cuerpo tan mal, qu primera vista cualquiera notaba lo que más peño tenia ella en ocultar.

Este ejemplo viene á probar una vez más que sin la emancipacion moral, sin la ilustracion que elevá el sentimiento de dignidad en la criatura, la *emancipacion material*, por sí sola, no responde ni con mucho al gran principio de la regeneracion social á que justamente anhela llegar el mundo moderno. ¡Al contrario! La *emancipacion material* corrompe inmediatamente el alma de la mujer.

X.

Cármen, acompañada siempre de la vieja, asistió á los teatros, á los paseos y á los bailes lujosamente vestida, llevando siempre sobre su frente el sello de su delito, y por consiguiente la reprobacion y el desprecio de la sociedad, desprecio y reprobacion que ella no comprendia, traduciendo á veces la burla más sangrienta por la fineza más delicada.

Hacia un año que D. Telesforo habia sacado á Cármen de su fábrica, y ya el *buen viejo* comenzaba á *fastidiarse* de la jóven, por lo cual sus itas no eran tan frecuentes ni atendia á los itos de su *protegida* con la explendidez de as veces.

Este principio de abandono debia producir y produjo, dada la educacion de Cármen, sus naturales resultados.

Jóven y casi hermosa, atravesando el torbellino de la vida, Cármen tenia algunos pretendientes y D. Telesforo fué *oportunamente* sustituido.

La vieja, correspondiendo siempre á lo que de ella podia esperarse, dió cuenta á su amo de semejante *traicion*, y el bueno del fabricante, respondiendo tambien á sus generosos sentimientos, abandonó inmediatamente lo que ya consideraba como una carga.

Estimaba justo haber prostituido aquella niña, haberla obligado con su conducta á que cometiera un nuevo delito, y se escandalizaba y se vengaba por una falta á la que él más que nadie contribuyera.

XI.

Cármen, viéndose abandonada de D. Telesforo, entró de lleno en lo que ella llamaba placeres de la vida, y gastó *agradablemente* dos años de la suya, durante los cuales mantuvo más de una más de dos relaciones del género que ella las podia mantener.

Pero llegó un dia en que Cármen se vió aislada por completo, abandonada de todos sus amantes, y entónces pudo apreciar la gravedad de su primera falta, lloró su extravío y quiso retroceder á sus primeros tiempos; pero ¡ay! esto era imposible. ¿Cómo iba Cármen á presentarse de nuevo en la casa de sus padres, ni cómo podria alternar otra vez con las gentes que la habian rodeado cuando era tejedora de la fábrica de algodones?

La sociedad no perdona nunca faltas como la que Cármen habia cometido. Cármen lo comprendió así, y siguió adelante. No pudiendo vivir en la ciudad de X, vendió algunas de sus últimas alhajas y emprendió su viaje á Madrid.

Madrid, ese pozo sin fondo donde caben todas las ilusiones, todos los vicios, todas las virtudes y todas las esperanzas, fué la nueva escena donde Cármen entró á representar el difícil papel que en la comedia de la vida la habia repartido el destino.

XII.

Como Cármen no es un sér imaginario creado propósito para este cuadro; como Cármen vive

y su larga residencia en Madrid daria asunto para algunos centenares de cuartillas, nosotros la abandonamos por ahora, empeñando nuestra palabra de escribir *su historia* cuando esta llegue al desenlace; que no será en verdad muy divertido.

Por lo que hace á Eduardo, diremos que á los tres años de la desaparicion de Cármen se casó con una virtuosa jóven, que ambos son felices cuanto en su modestísima posicion pueden serlo, consagrando todos sus esfuerzos y afanes á criar dos hermosos niños que la Providencia les ha concedido.

La vieja murió de dolor miserere, y hubo quien dijera que merecia muerte peor.

D. Telesforo ha estado á punto de ser asesinado varias veces por los muchísimos enemigos que tiene; pero, libre al parecer de toda asechanza, tambien cree que vive feliz, y hasta es posible que lo sea teniendo en cuenta que, segun afirman doctores muy afamados, el *buen señor* se vino á este mundo sin el requisito, para algunos indispensable, de la conciencia.

Al trazar este cuadro, ha sido nuestro único objeto llamar la atencion de las clases proletarias sobre los errores con que algunos pretende explotar su credulidad y su entusiasmo, y al pr pio tiempo sobre las causas fundamentales d

vicio y de la inmoralidad que algunas veces pretenden aniquilar á los pueblos; causas nacidas de la propagacion de los absurdos, de las imperfecciones de los sistemas políticos y de la relajacion y los vicios de *arriba.*

Hay que poner el dedo en la llaga para que al saludable influjo de la verdad se estirpen con conocimiento de causa los males que aun mantienen abatidas á ciertas clases de la sociedad y muy especialmente á la mujer.

XXV.

LA MUJER.

Como resúmen de los seis capítulos que anteceden, en los cuales se trata de la mujer, bajo aspectos diversos, el autor de esta libro créese en el deber de formular aquí sus opiniones con toda franqueza al objeto de evitar torcidas interpretaciones que pudieran surgir del tono ligero que emplea en la pintura de algunos tipos de esta *Galería.*

Importan muy poco al autor—y aprovecha esta ocasion para decirlo—las censuras que varios de sus amigos políticos le han dirigido alguna vez, tachándole de *poco liberal*, por sus idea publicadas, acerca de la emancipacion de la mujer, bastándole en ésta como en todas las ocas

nes, marchar de acuerdo consigo mismo dando satisfaccion á su conciencia.



Muchos son los escritores que en todos los tiempos, especialmente en la época moderna han consagrado sus fuerzas intelectuales y el fruto de sus conocimientos al estudio de la mujer en su triple aspecto histórico, psicológico y fisiológico, sacando, como es natural, de la ciencia la historia y la filosofía los materiales necesarios á sus argumentaciones respectivas. Teniendo en cuenta la excesiva latitud con que el asunto se ha tratado y la diversidad de opiniones y teorías al efecto formuladas, pareceria lógico haber llegado al agotamiento del tema. No ha sucedido así por una razon tan poderosa como sencilla. El estudio de la mujer es el estudio de la humanidad en su más interesante aspecto; la mujer es la más viva encarnacion del amor, la representacion más genuina del sentimiento, y el sentimiento y el amor, informando la vida toda, son fuentes inagotables y campos fecundísimos donde siempre ha de encontrar al- nuevo la facultad investigadora del hombre, mucho que la ciencia analítica haya penedo los misterios del corazon y de la naturale-

za. Nada más antiguo y á la vez más nuevo que el amor.

El estudio de la mujer, lo mismo que el del hombre, ofrecerán siempre ancho campo al humano entendimiento para engolfarse en las regiones de la metafísica, no solo por esa ley fatal del progreso que cambia incesantemente las fases de las causas eternas para hacer posible la aspiracion del ideal, sino tambien y muy principalmente por las alteraciones que ese mismo progreso impone á la sociedad y al indivíduo en sus evoluciones moleculares ó histológicas, en sus conquistas científicas y en la constante movilidad del estado político, que vienen á modificar esencialmente las condiciones físicas, económicas y sociales que imprimen nueva direccion á los afectos y á las pasiones, de donde arrancan como de su base natural las costumbres públicas y privadas. No está, pues, agotado el tema. El estudio del corazon humano será siempre nuevo: tomando como objetivo la mujer, sobre nuevo será interesante, ó más propiamente dicho, de una importancia capital, por la influencia decisiva que la mujer ejerce en la familia, que es el fundamento de la sociedad y la raíz del Estado.

Entre los centenares de libros que se han escrito acerca de la mujer, son muy contados aq

llos que hieren la cuestion en sus fundamentos esenciales. La apología servil y la diatriba violenta dominan casi por igual en esos estudios. Si del campo de la disertacion, la ciencia, y la historia pasamos á la literatura puramente imaginativa, tropezamos con los poetas, y aquí ya es imposible vislumbrar un relámpago de razon ó de imparcialidad. La mujer es alternativamente un ángel ó un demonio, nunca una criatura humana cuyas acciones determinan las groserías de la materia y las delicadezas del espíritu. El escritor y el filósofo, y más singularmente el poeta, se dejan influir, con lamentable frecuencia, al tratar de la mujer, de las circunstancias que le rodean, de los sucesos más culminantes de su vida en su contacto con este sér, cayendo como es consiguiente, en el error y el extravío, al aplicar un caso concreto á la regla de universalizacion en que deben tratarse las cuestiones de interés general. De esta perniciosa influencia han nacido la amarga hiel de Rousseau, la tétrica melancolía de Leopardi y las ironías sangrientas de Balzac.

El escritor no tiene sexo al arrojar sus opi-
...nes en medio de la plaza pública, en el tor-
lino de las pasiones que dominan á la multi-
... y en la tranquilidad del hogar doméstico:
debe ser, el espíritu de su tiempo, la

filosofía de su siglo, la esperanza del porvenir, la inteligencia levantada é incorruptible que bebe en la clara fuente de la justicia: comprendiéndolo y dominándolo todo, no ha de buscar en ningun caso su propio provecho sino como reflejo ó resultado del bien general; su voz no ha de ser el eco de sus particulares intereses, y por lo tanto, su mision y su influencia en la marcha de la humanidad, colocándole sobre el vulgo de las gentes, le hace al propio tiempo impersonal, intangible como el espíritu que le anima concediéndole el triste privilegio del talento y de la experiencia.

Agradable y útil por muchos conceptos es el estudio de la mujer; pero ¡cuán poco se ha estudiado tan *bello asunto* á pesar de lo mucho que sobre él se ha escrito! Los unos culpan á la mujer de todos los dolores é infortunios del hombre, y los otros, por el contrario, ven en el hombre la causa fundamental y permanente de todos los males, desgracias y vicisitudes de la mujer. ¡Media humanidad anatematizando la otra media! La historia de siempre. Muy pocos, en verdad, se remontan á las causas originarias del mal, buscando en la imperfeccion de las instituciones y en los hechos de la naturaleza los dolores y miserias que aquejan á esta indócil humanidad en el cumplimiento de sus destinos.

Lo mismo el hombre que la mujer son, por las condiciones constitutivas de su organismo, susceptibles, alternativamente, de buenas y de malas acciones. Si es innegable el imperio de la pasion, y es sabido que las pasiones se dominan, ó se modifican, por la elevacion intelectual y moral que conduce derechamente al conocimiento del deber, pídase en buen hora la destruccion de la ignorancia y el ennoblecimiento de la conciencia. De los efectos que producen la ignorancia y la inmoralidad no culpemos á sus pobres siervos, porque el mal no está en ellos, instrumentos inconscientes de dicha tiranía, sino en la tiranía misma.

Los enemigos jurados de la mujer llevan su inquinia hasta el punto de negar á este sér la posesion del alma, relegándole á la categoría de *cosa necesaria* para la reproduccion de la especie, en tanto que sus ciegos apologistas, entre los cuales descuella Toussenel, proclaman la superioridad de la hembra sobre el macho en todas las especies. Esta teoría expuesta en la *Fisiología pasional del ave*, comprende tambien la humanidad, á pesar de su falta de plumaje, como hace notar oportunamente un distinguido escritor. Los primeros niegan todo derecho ci-
y político á la mujer; los segundos quieren
rgarla los mismos derechos políticos y civi-

les de que goza el hombre. Unos y otros extreman la cuestion y se equivocan grandemente. La teoría de los primeros es absurda. En cuanto á la de los segundos, basta sólo enumerar las funciones respectivas del hombre y la mujer en todos los órdenes de la naturaleza yde la vida, para comprender hasta qué punto es exagerado é irrealizable su deseo.

Eugenio Pelletan trata admirablemente la cuestion en su preciosísimo libro *La madre.* Oigámosle:

«La Providencia ha creado el hombre y la mujer á un tiempo semejantes y desemejantes; semejantes para mantenerlos en la unidad, y como consecuencia la igualdad de la especie, y desemejantes para satisfacer, *por su variedad de organizacion*, á la variedad de trabajo exigida por la complicacion de la sociedad... ¿Qué medida comun podriá invocarse para poner el arte por encima de la ciencia, y á la ciencia por encima de la industria? Lo que es verdad de hombre á hombre, es verdad de hombre á mujer. El uno difiere de la otra por la química intelectual del cerebro, tanto como por la curva geométrica del cuerpo; pero esta diversidad de naturaleza no implica otra cosa para ambos que una diversidad de funciones.»

La cuestion no puede ser más sencilla ni r

práctica. El que convengamos en la unidad moral, ¿implica desde luego que la mujèr sea elector, diputado, ministro ó general? Seria confundir lamentablemente las funciones respectivas de ambos sexos, sin otro resultado que el desequilibrio. El autor que acabamos de citar deshace brillantemente este error capitalísimo, probando que la mujer no necesita en modo alguno los derechos políticos para influir eficazmente en la gobernacion de los Estados, y hasta prueba que esta influencia puede ser provechosa. En lugar de conceder á la mujer unos derechos de los cuales no podria lógicamente usar y que en muchas ocasiones la pondrian en ridículo, lo único que hay que hacer es educarla, instruirla, ilustrarla de una manera séria y fundamental, y con esto «ya está en actitud de votar, y vota en todas las secciones» de un modo invisible aunque real y positivo en sus resultados.

«Todo el que influye en la opinion y contribuye á formarla—dice Pelletan—contribuye de hecho á elegir la representacion del país. Este derecho de influencia lo posee la mujer lo mismo que el hombre (1) segun su capacidad. Abogad, mues, por la justicia, en vuestro salon, abogad por

---

Nosotros opinamos que la mujer lo posee en mayor escala.

su hermana primogénita la libertad, y os juro que llegará el dia en que cada una de vuestras palabras irá á caer en la urna del escrutinio, y saldrán de ella bajo la honrada figura de un diputado demócrata.»

¿Se quiere mayor influencia para la mujer? En este caso se persigue un imposible, se pretende la anulacion de sus principales atractivos y se infringen las más sábias leyes de la naturaleza. ¡Instruccion, mucha instruccion! Hé aquí la clave del problema. Instruccion y reformas en las instituciones sociales y políticas: de este modo se conseguirán las reformas de las costumbres y la mujer ocupará en la sociedad y en la familia, dentro de su augusta mision de madre, hija ó esposa, el alto puesto que de derecho le corresponde. Las huecas declamaciones del hombre contra la mujer, y vice-versa, no conducen á nada, se han hecho antiguas en fuerza de su abuso, y á lo sumo podrán servir, en las conciencias no formadas ó pervertidas, para disculpar ciertas liviandades y algunas injusticias, ó para provocar la risa de los hombres pensadores.

XXVI.

EL CARNAVAL. (1)

(Estudio trasnochado.)

Cuéntase que allá por el año de... (el año no hace al caso) un dia de besamanos se presentó en palacio un general vestido completamente de blanco, es decir, de verano, sin que nadie pudiera explicarse semejante extravagancia, que extravagancia era, en verdad, vestirse de tal modo en el mes de Diciembre, cuando el termómetro marcaba siete bajo cero. Chocóle tambien á la soberana aquella manía, y encarándose con el general,

—Fulano, le dijo, ¿por qué te has vestido de una manera tan impropia de la estacion?

A lo cual contestó respetuosa y lacónicamen- el general:

(1) Publicado en *El Pueblo Español* el año de 1876.

—Señora, yo vivo en Agosto á pesar de encontrarnos en Diciembre.

Y no le faltaba razon: estaba de cuartel, y la última paga que habia recibido era la de Julio.

Pues lo mismo, ó una cosa parecida, tengo yo que decir á los que me pregunten por qué me ocupo del Carnaval despues que este ha pasado. Porque gracias al señor fiscal de imprenta, que tuvo la bondad de suspender este periódico, con la mejor intencion, sin duda, y acaso por nuestro bien—que por algo se ha dicho «quien bien te quiera te hará llorar»—así como el general de mi cuento vivia en el mes de Agosto mientras se deslizaba Diciembre, yo vivo en el lunes anterior mientras este vuela, gracias, repito á la amabilidad del señor fiscal consabido y al nunca bastante alabado decreto de marras.

Y basta de exórdio, y entro á ocuparme del Carnaval.

El Carnaval...—¡pero ahora caigo en la cuenta!—¿qué voy yo á decir sobre esta fiesta que ya no hayan dicho y repetido hasta la saciedad Estrada, Frontaura, Perico el ciego y tantos otros que *escribieron* antes?

Decididamente he tenido un mal pensamiento; Dios me lo perdone. Siempre he detesta los trabajos llamados de *circunstancias*, y mi ustedes por donde he venido á caer en el mis

defecto que he criticado. ¡Cuán cierto es que nadie puede decir de tal agua no beberé! ¿Y qué voy á decir sobre este asunto?

Ya ha habido un escritor que diga

todo el año es carnaval,»

frase profundamente filosófica y de gran efecto; otro, un poeta, amigo mio, por cierto, así como quien no quiere la cosa y sin aparentar malicia, ha soltado la siguiente andanada:

¿Para qué la careta de Talía
si puro carnaval es la existencia?

¡Vaya V. despues de *todo esto* á decir algo nuevo! Sin embargo, todo tiene remedio, ménos la muerte (y la deuda española), y... ¡qué demontre! acaso pueda yo considerar el carnaval bajo un aspecto nuevo, hasta cierto punto, puesto que, segun nos ha dicho Campoamor,

todo es segun el color
del cristal con que se mira.

Yo he visto el Carnaval de este año por un cristal sumamente empañado, la música de las comparsas resonaba lúgubremente en mi corazon como un eco de agonía, el bullicio y la algazara irritaban mi temperamento nervioso—con perdon sea dicho—las máscaras, sobre todo ~ue pedian dinero, *me hacian sangre*, estaba, .n, más irritado que el Sr. Aurioles cuando ide las sesiones del Congreso.

Y todo, ¿por qué? ¡Vaya V. á saberlo! Por nada, por una manía, acaso por la cosa más baladí; pero es lo cierto que el Carnaval me ha producido una tristeza inexplicable.

Y no debia haberme sucedido esto, yo lo comprendo. El Carnaval no es una cosa nueva ni mala tampoco. Es la costumbre, la tradicion, la tradicion que tanta fuerza tiene en nuestro país, el espectáculo que, juntamente con las corridas de toros, causa más entusiasmo en nuestro pueblo. Luego, en su aspecto moral, ¿qué tiene de malo? Absolutamente nada. Gracias al Carnaval, pueden verse y hablarse, y... ciertas amantes parejas que sin el disfraz no pueden saborear con decoro esa dicha; las mujeres *expansivas* y alegres de genio tienen medios para burlar, siquiera sea una vez al año, la vigilancia de sus insoportables y honrados esposos; los seductores hallan ocasion para llevar la deshonra á las venerables canas de algunos padres de familia; muchos, que no tienen valor para decir cuatro frescas á cualquiera, se disfrazan para insultar á sus enemigos; otros se limitan á dar bromas picantes, de mal género, á sus amigos no disfrados, y, otros, en fin, muchos, muchísimos —á estos los tengo sobre mi alma—se dedica pedir dinero. ¡Qué tarea tan inocente!

Vamos á ver, seamos francos: ¿tiene esto

de particular? ¿Hay algun mal en ello? No hay, lo ha dicho, quien sabe y quien puede, nada censurable en esa exposicion flotante y viviente de guiñapos y colorines. ¿Qué tiene en su apoyo? La tradicion. Pues eso basta. ¿Qué fin se propone? El divertimiento del pueblo. Pues es suficiente; bueno es que el pueblo se divierta: el que se divierte no piensa, y el que no piensa es felíz.

Además, ¿por qué ha de reprobarse tan inocente desahogo permitido una sola vez al año á la generalidad, cuando hay gentes que usan y abusan del privilegio de disfrazarse siempre que lo creen oportuno ó ventajoso á sus intereses? Testigo de ello es, y testigo elocuente, el presupuesto del Estado. Podria ocuparme, y lo haria de buena gana del carnaval político; *no quiero dar gusto á los señores*, y dejo al juicio del lector discreto la enumeracion de los muchos *patriotas* que están contínuamente cambiando de disfraz.

Seguiré, pues, tratando del Carnaval de ordenanza, si vale la palabra. Aquí que no peco, como dijo el otro. Los que han tenido valor para bajar esos dias al Prado aseguran que el espectáculo ha sido magnífico. Aparte de algu-
s relojes, porta-monedas y pañuelos que han
grado de los bolsillos de sus dueños, todo ha
placer, satisfaccion y regocijo.

Mil reales ha costado este año, segun dice un revistero, el permiso para poder transitar en coche por el paseo de carruajes del salon del Prado y de la Castellana; mil reales en coche, y no sé cuantas pesetas, á caballo. No me parecen caros esos *utensilios* de la vanidad: no crean por eso mis lectores que voy á hablar ahora de los maestros de escuela, ni de la espantosa miseria que segun aseguran muchos nos agobia; nada de eso, porque no vendria á cuento: cada cual es dueño de gastar su dinero en lo que mejor le plazca. A más que lo uno no quita lo otro, y muy bien se puede ser caritativo y gastar al mismo tiempo mil reales por pasear un rato entre las alegres máscaras.

El Carnaval de este año ha tenido un nuevo aliciente, un estímulo á su alegría natural: la conclusion de la guerra civil, el regocijo de la paz, acontecimiento solemne y como ninguno grato para todo el que se precie de buen español. ¡Y vea Vd. lo que son las cosas! Hay quien opina que suceso tan trascendental no debe celebrarse de un modo tan cómico tiznándose la cara ó tapándosela, cubriéndose el cuerpo con trapos que provocan á risa ó desprecio, brincando como palillos de tambores y—¡esta sí que negra—pidiendo dinero á los transeuntes.

Hay mismo quien cree que á la idea gra

sima de la paz debe unirse estrechamente en los corazones nobles y agradecidos, el sacratísimo recuerdo de los valientes que han regado con su sangre generosa las escarpadas montañas donde se guarecian los sectarios del absolutismo: hay quien ha creido ver á través de esas vivientes oleadas del Carnaval, como protestando contra la fiesta, miles de espectros representando los cadáveres, muchos aun calientes, de los que por la pátria han sucumbido: hay quien se ha forjado en su imaginacion—algun soñador sin duda—el cuadro melancólico, y triste y desgarrador de las huérfanas, de las viudas, de las madres que han perdido sus hijos, severamente enlutadas, derramando lágrimas en silencio, doblemente atormentadas por el bullicio y la alegría del Carnaval, ruidoso y espansivo regocijo de los que, á juicio de esas infelices, debian por lo ménos agradecer el beneficio y respetar el dolor, respetando las lágrimas con que ese beneficio realizóse. ¡Así es la criatura; al que está triste le ofende la alegría de los demás! Hay quien opina, por último, que esas no despreciables sumas que se han gastado en los permisos para pasear en coche y á caballo por la rera de las máscaras, habrian estado mejor pleadas, á los ojos de Dios y del mundo, y -e todo á los ojos de la propia conciencia, en

socorrer á los desgraciados de que hago mencion más arriba, y á los muchos infelices que vemos por ahí con un brazo de ménos ó una pierna de palo, que es, como si dijéramos, una pierna de más.

Eso ¡ay! es pedir peras al olmo, es no conocer el siglo en que vivimos, es—¡fuerza es decirlo!—injuriar á ciertas clases y personas dignas de los muchos elogios que contínuamente las prodigan los revisteros de salon. Yo me pongo en todo, como dijo el otro, y me gusta ser justo hasta con mis adversarios. Que las anteriores observaciones, están muy en su lugar, sobre todo la de repartir el dinero gastado en deleznables vanidades á los desgraciados séres que tanto derecho tienen á nuestro agradecimiento y proteccion, ni siquiera es discutible: pero..... ¡vamos á ver! ¡En confianza! Tratándose de ciertas gentes ¿puede compararse, ni por asomos, una satisfaccion con otra satisfaccion, un placer con otro placer? ¡Buena diferencia vá! En el primer caso, esto es, dando el dinero á los necesitados, todo se reduce á un suelto de *La Correspondencia* y á cuatro gacetillas que se olvidan á las veinticuatro horas, mientras que, yéndose en coche á la carrera consabida, luciendo el tarjeton de' -miso en el pecho del lacayo, parece como e hace superior á la multitud, que la desafí e

la humilla, y no hay placer comparable á ese placer ni regocijo más intenso para un pecho forrado de seda y pieles de gamuza.

Un pueblo sin Carnaval, sin corridas de toros, sin romería de San Isidro, sin entierro de la sardina, sin asistir, en masa, al *Campo de Guardias* los dias de *ejecucion*, sin verbenas, seria un pueblo insustancial, sin carácter, sin historia, sin tradicion. ¿En qué habia de ocuparse, en qué habia de gastar su tiempo? ¿En trabajar, en instruirse, en asistir á espectáculos honestos y civilizadores (al teatro por ejemplo), en formar asociaciones y ateneos para elevarse moral y materialmente? ¿En eso habia de ocuparse? ¡Qué disparate! ¡Eso se queda bueno para otros pueblos, no para el nuestro!

Lo mejor es divertirse: la vida es corta y hay que pasarla de la mejor manera posible. En este concepto, y á pesar de mi aversion natural á ciertas fiestas, comprendo que un Carnaval al año es muy poca cosa; propongo, pues, que haya siquiera cuatro. ¿No son cuatro las estaciones? ¿Quién me rebate este argumento? Algo tendria que agradecerme la humanidad, si esta reforma, por mí propuesta, llegara á verificarse.

XXV.

LA CALLE DE SEVILLA.

(Los sablazos.)

Abandonar los poderes que caen, volver la espalda al sol poniente para dar la cara al sol que nace, censurar ágriamente al que se equivoca y atenuar el mérito del que acierta; son hechos tan comunes en la vida social, que casi no merecen el nombre de defectos si se atiende al juicio que forman de las acciones humanas las personas más severas: esos vicios han llegado á formar costumbre y la costumbre es el primer poder del Estado.

Aludiendo á esas que llaman ingratitudes gunos hombres *montados á la antigua*, se ha cho aquello de

«....Porque son en casos tales
los vencedores, leales,
y los vencidos, traidores.»

Y aquello otro:

«Entre un héroe y un bandido,
solo media la fortuna,»

y mil y mil sentencias que seria prolijo citar, todas encaminadas á la misma demostracion.

Aunque resulta como evidencia notoria que la ingratitud tiene su natural asiento en el corazon del hombre, estas líneas van encaminadas á demostrar lo contrario, aunque el hecho parezca desusado y desde luego se juzgue excepcional ó como palpable aberracion de la naturaleza.

Conságrase este capítulo á cantar las glorias de un imperio que desaparece, de un poder que cae, que cae de un modo tangible á los golpes del pico y la palanqueta del albañil, manchando de polvo y de yeso á no pocos de sus admiradores y amigos.

Trátase de la calle de Sevilla, donde ya han comenzado los derribos de algunas casas: por más que el proyecto no envuelva la desaparicion de dicha calle sino su mayor anchura y hasta liera decirse su engrandecimiento y esplen- por los méritos y circunstancias especiales en esa calle concurren tal como ahora se

encuentra y que en breve desaparecerán para siempre, bien puede asegurarse que va á perderse totalmente su fisonomía especial y propia, y siendo así puede desde luego afirmarse que desaparece la calle de Sevilla. En su estado primitivo, en el que ha conservado hasta el momento de comenzar la demolicion, ha sido, más que una calle un cómodo salon de tertulia, un punto de reunion, un sitio de verdadero recreo para el curioso observador. Cuidadosamente enlosada y libre, por su angostura, del paso de los carruajes, los transeuntes han podido pasearla tranquilamente, cruzarla en todas direcciones, siendo uno de los pocos sitios céntricos de Madrid donde se han visto libres de ese formidable enemigo que se llama cochero, y más todavía del coche, mueble verdaderamente incómodo.... para el que no lo posee.

Como el ensanche se hace principalmente para que los carruajes puedan cruzar por esa parte de la carrera de San Gerónimo á la calle de Alcalá y vice-versa, ese solo *detalle* cambia por completo la fisonomía de la calle de Sevilla dando al traste con su actual estado de cosas. En este momento crítico en que la omnipoter municipal con un ensañamiento cruel siem la destruccion y la ruina en una de las acera tan simpática y memorable calle, cuando v

desaparecer lo que ésta tiene de gráfico y de notable, yo me propongo cantar sus glorias, eternizaria su recuerdo, á serme posible, y, á no estar escrito este libro en vil prosa, pondria á mi canto el pomposo título de: *Meditacion ante unas ruinas: poema en verso heróico.*

La calle de Sevilla se presta mucho, como todos los conjuntos abigarrados, á la observacion y al exámen. Siendo una de las más pequeñas de Madrid, en esta calle se encuentra *de todo* en la acepcion más ámplia que quiera dar el lector á esta palabra. El café *Suizo*, nuevo; el viejo; la *Pastelería suiza*; el *café inglés* (ántes de Fornos), *Los andaluces* (notabilísima hostería) y el *café de la rueda*, juntamente con alguna que otra taberna, son otros tantos alicientes para ayudar á matar el tiempo de modo agradable á las infinitas clases sociales que á dicho sitio concurren.

Como medio de adquirir dinero para esas superfluidades de la vida, tan necesarias en algunas personas, existe, ó mejor dicho existió la famosa *Administracion de loterías* donde tantos jugadores han hecho su fortuna. De suerte que, si bien hay donde gastar mucho dinero, tambien [illegible] donde *ganarlo* á poca costa y de una manera [illegible]l. Pasando á otro órden de ideas y siguien[illegible] el exámen, nos encontramos, entre otras, [illegible] mejor relojería de Madrid, la relojería

alemana de *Ganter*; con riquísimas joyerías, sastres de gran reputacion, comercios de reconocida importancia y librerías de excelente surtido. Sin salir de la calle de Sevilla puede uno comprar cuantos objetos de utilidad y de lujo necesite, encontrando al mismo tiempo en dicha calle, para mayor comodidad y como necesario complemento de los establecimientos citados, una magnífica casa de préstamos donde poder empeñar por la sétima ú octava parte de su valor, los objetos supradichos. Allí todo parece dispuesto por invisible mano para comodidad y recreo del hombre, pudiendo decirse que *allí* circula el dinero con verdadera profusion y velocidad desusada. La estrecha relacion que existe entre las relojerías y las casas de préstamos se conoce *allí* mejor que en parte alguna. Hay quien asegura, con datos *fidedignos*, que, comprar hoy un reló y empeñarlo mañana, es cuasi un placer de dioses. Y que este hecho se repite con frecuencia en Madrid, por razones que no son de este lugar, fuera está de toda duda.

Hay peluquerías, buñolerías, carnicerías; puestos de cerillas, periódicos y libritos de fumar; vendedores ambulantes de objetos varios tografías de *cámara*... y para que nada falte ta existe un editor de comedias.

El callejon llamado con justísima raz

Peligros, es uno á manera de pólipo adherido á la calle de Sevilla; forma parte integral de su existencia, tambien está condenado á desaparecer, y, por este solo motivo debo dedicarle algunas líneas, haciendo constar ante todo que tiene merecida la triste suerte que le espera. El callejon de *Peligros*, especie de *via dolorosa* para ciertas gentes, es en verdad peligroso por muchos conceptos: estrecho, súcio, infecto, es una amenaza contínua á la higiene y á la moral: para que su reputacion sea completa, está plagado de oscuras y sombrías tabernas y nidos de *palomas de bajo vuelo*, verdadero antídoto contra los apetitos de la carne.—Segun tengo entendido, hay que hacer una excepcion en favor de la taberna del *tio Lúcas*, donde se sirven unas chuletas de mérito sobresaliente é increible baratura.

Si esto es cierto, no faltará, seguramente, quien llore la demolicion de tan *célebre* callejuela; pero hay un consuelo, y es que no está decretada la destruccion del *tio Lúcas*, que puede sentar, y sentará sus reales en otra parte para contentamiento de sus admiradores.

*
* *

—Acaban de darme un sablazo que me han ...rtido,—me dijo un amigo noches pasadas al ...ncontrármele en la calle del Príncipe.

—¿Dónde?—repliqué asustado y perplejo al mismo tiempo viendo que andaba por su pié.

—En la calle de Sevilla.

—No digo eso: te pregunto en qué parte del cuerpo has recibido la herida.

—En el bolsillo del chaleco: cinco pesetas en una pieza, un duro nuevecito.

—¡Ah! vamos, estás de broma: me habias asustado.

—¿De broma? No lo creas: el lance no puede ser más sério.

De la explicacion de mi amigo, vine á sacar en claro que el sablazo recibido no era otra cosa sino un acto de *ilustrada* filantropía que acababa de realizar, hecho tan frecuente en dicha calle que ya ha venido á ser una costumbre.

Excepcion hecha del que en un momento de apuro recurre al bolsillo del amigo verdadero, lo cual nada tiene de extraño ni de censurable, hay un crecido número de personas, por lo general de mal vivir, vagos de profesion, que tan solo se ocupan en dar *sablazos*, esto es, en pedir dinero, cada dia con un pretesto, á cuantas personas conocidas se ponen á su alcance: peligrosa esgrima, tal vez más peligrosa en el estado actual que aquella que tiene por objeto destruir la vida física del hombre.

A mi juicio una de las cosas más difíciles para

el hombre, es perder la vergüenza; pero una vez perdida, nada más fácil que vivir sin ella, pues segun un antiguo aforismo, la vergüenza no sirve para nada y estorba para todo. El primer paso para estar en camino de perder la vergüenza es perder la aficion al trabajo, porque en esta pérdida vá envuelta fatalmente la pérdida de la dignidad y la tranquilidad de la conciencia. Por consecuencia, la inmensa mayoría, la casi totalidad de los *profesores de sable*, son vagos, y al serlo de profesion, ya se sabe que han perdido toda clase de miramientos y respetos sociales que imponen al hombre la propia dignidad y el propio decoro.

Mas ¿por qué? dirán algunos, se relaciona un hecho que puede ser general (el de pedir dinero) con una calle determinada (¿la de Sevilla?) La explicacion es muy fácil: por las razones más arriba apuntadas, así como la calle de Sevilla es especial, tambien es especial el público que á ella concurre: generalmente lo componen actores, autores dramáticos, periodistas, pintores y demás individuos que forman la clase, numerosa en Madrid, dedicada al cultivo de las *artes libe-*..s. Así como los grandes ejércitos llevaban en ..ntigüedad y aún hoy dia, en ciertos paises, un ..nero considerable de *merodeadores* y aventure- ..prontos á disfrutar del botin en el momento

de la victoria, manteniéndose á respetuosa distancia en la hora del peligro, así tambien los escritores y artistas llevan siempre detrás de sí un *regular* ejército de *vividores* empeñados en disfrutar los pequeños beneficios que en este pobre país se obtienen de las artes y de las letras.

Algunos de esos *caballeros, la van dando* de escritores víctimas de la envidia y de la fatalidad, cuyas obras serán un dia asombro de las gentes: otros, de *hombres políticos*, en la oposicion, llamados en un porvenir no remoto á regir los destinos de la patria: éstos, de herederos próximos á entrar en posesion de grandes fortunas: aquellos, de actores notabilísimos no contratados en Madrid por el miedo cerval que les tienen Antonio Vico y Rafael Calvo, y así sucesivamente, sin que nadie haya logrado ver nunca la más mínima prueba de tales méritos y cualidades. Por el pronto su ocupacion favorita es dar *sablazos* á los actores contratados, á los poetas que obtienen buenos éxitos y á los escritores que publican libros. Bien se puede afirmar que no hay éxito feliz ni publicacion de libro que no vayan acompañados de un número infinito de *sablazos*, creyendo los que á tal ejercicio se dedican, que ejercen un derecho legítimo al *exigir* una p[illegible] del producto del trabajo ajeno.—Por mi p[illegible] y á contar desde la publicacion del present[illegible]

bro, estoy resuelto á defenderme hasta donde me sea posible, si es que cabe defensa en tales casos, lo cual me parece difícil.

Esta clase de *esgrima* constituye una ciencia vasta y compleja: el que la toma con cariño y llega á perfeccionarse y la cultiva con éxito, se hace irresistible y jamás *ataca* en vano; pudiendo envanecerse, sin aspirar á la gloria póstuma, que eso fuera demasiado, de ser una eminencia en un *arte liberal*, á costa de la liberalidad de los verdaderos artistas.

***

Una pregunta.

Al desaparecer de la calle de Sevilla su antigua y característica fisonomía, ¿desaparecerán tambien los ilustres *profesores* que tan justa fama han conquistado en el manejo del *sable*?

En caso afirmativo podia darse por bien empleada la demolicion, cumpliéndose como nunca, en éste pícaro mundo, la simpática ley de las compensaciones; pero, ¡ay! esa seria una ventura que ciertamente no merecemos gozar en esta vida transitoria los míseros mortales; ven-
a reservada tal vez por el Dios misericor-
so, como uno de los dones más estimables
l paraíso, para soláz y divertimiento de las
nas escogidas.

De todas maneras siempre será un mérito á los ojos de Dios el haber frecuentado con asiduidad tan memorable calle en los famosos tiempos de su brillante apogeo y pristina pureza.—Cuando las futuras generaciones recojan de empolvada y roida crónica sus hechos curiosísimos, no faltará un poeta lloron (que siempre los habrá) que diga á sus contemporáneos, á modo de plágio (porque el plágio no se extinguirá nunca):

Ésta, Fabio, ¡ay, dolor! que ves ahora
calle espaciosa de la culta villa,
fué en época remota y *bullidora*
LA MEMORABLE CALLE DE SEVILLA.

XXVI.

LAS FERIAS DE MADRID.

De alguna manera las hemos de llamar; pero es lo cierto que ni siquiera merecen ese nombre, si ha de obrarse en justicia.

El pueblo de Madrid, en todo especialísimo, lo es mucho más tratándose de sus fiestas y diversiones tradicionales.

Capital de la Monarquía (y de la República, en ocasiones) soporta penosamente el peso de tan grave responsabilidad, no estando casi nunca á la altura de su mision.

La absurda é irritante centralizacion, que es la base más esencial de los sistemas doctrina- s y cuasi empíricos aplicados constantemen- á la gobernacion del Estado, ha hecho de ıdrid el cerebro de España.

La literatura, las artes, la ciencia, han teni-

do forzosamente que refugiarse en el rádio de esta villa siempre heróica que, con elementos en su inmensa mayoría de las provincias, ha podido llegar á la meta de la cultura y de la civilizacion, relativamente al nivel que en tal sentido alcanza la península ibérica.

Academias, teatros, ateneos, museos y centros de instruccion, los hay de verdadera importancia, y se esplica perfectamente por la razon que apuntada queda acerca de la centralizacion política, económica y administrativa que impera de manera absoluta, dejando sentir su influjo singularmente en lo que se refiere á las artes liberales.

Pero hay cosas que la centralizacion no puede dar á Madrid, cuales son: industria fabril y manufacturera—base de todo comercio importante—suelo feráz, vida propia, en una palabra.

De suerte que, al llegar un caso en el cual la capital de la Monarquía (y de la República, en ocasiones), tenga que valerse exclusivamente de sus propios elementos, pone en evidencia notoria su escasísima importancia, ó más bien su absoluta incapacidad, por carecer de los medios que poseer debiera al ser capital de la Moı quía (y de la República, en ocasiones).

Y como las férias no son otra cosa que exposicion accidental de productos y gé



propios del país donde se verifican, de aquí que *las férias de Madrid* solo vengan á demostrar palpablemente la ingratitud de este suelo y la insignificacia de esta villa en sí misma considerada.

Aun teniendo en cuenta la falta de medios, bueno es confesar, haciendo justicia á la Diputacion provincial y al Ayuntamiento, que estas corporaciones, verdaderamente paternales, han organizado las férias de este año de la peor manera posible.

Pero no precipitemos los sucesos.

Hasta el año de gracia de 1878 (el pasado) no dieron las sábias corporaciones citadas en el quid de establecer la féria de Mayo, por lo cual merecen privilegio de invencion y otras muchas cosas que se desprenden naturalmente del éxito obtenido.

Hasta esa fecha,—que llegará á ser memorable—Madrid se habia conformado modestamente con sus *verbenas* y sus *romerías*, cosas que, aunque parezcan distintas son una misma cosa, toda vez que la diferencia de lugar no destruye la unidad de accion.

Unas y otras, las *verbenas* y las *romerías*, se celebran en honor de varios santos, á los cuales profesa particular devocion y entrañable cariño este famoso pueblo de Madrid.

Cuando los santos *habitan* fuera del rádio de la capital, como les sucede á *Isidro, Antonio de la Florida,* y no se si á algun otro,—que en esto de *santos* no estoy muy fuerte,—la fiesta se celebra en la ermita respectiva, y por eso se llama *romería.* Cuando por el contrario tenemos el gusto de contar al *santo* en el número de nuestros vecinos, la fiesta se verifica en la calle donde radica la iglesia correspondiente, y se llama *verbena.*

En ambos casos todo se reduce á establecer un largo cordon de merenderos, tabernas y mesas con juguetes groseramente labrados, garbanzos tostados y *rosquillas* llamadas constantemente del santo, aunque siempre son lo mismo, lo cual prueba que *esos caballeros* todos tienen idéntico gusto, y por cierto que es un gusto malísimo.

Todos esos puestos ambulantes, merenderos y tabernas, se componen en su mayoría de esteras y lienzos viejos, ofreciendo un aspecto verdaderamente deplorable.

La *gente del bronce* acude á esos sitios en ruidosa multitud, se emborracha piadosamente y se reparte con consoladora fraternidad alguna que otra puñalada, bello colorario y complemto indispensable de esas fiestas característica tradicionales que, con ardiente espíritu relig

so se celebran bajo la advocacion de algun santo de los más acreditados.

Además de estas *verbenas* y de estas *romerías* famosísimas, se celebra una féria anual, por el mes de Setiembre, en el paseo de Atocha. (Digo féria porque ya hemos convenido en llamarlas así.)

Forman la féria de Atocha, que más que féria parece un cúmulo de desdichas, todas las inmundicias del Rastro, los consabidos juguetes juntamente con las inacabables *rosquillas del santo*, y algunos puestos de libros viejos.

En esto de los libros es una especialidad la féria mencionada, pues allí se encuentran obras curiosas, aunque deterioradas en su mayor parte, algo más caras que en las librerías, lo cual puede darse por bien empleado siquiera no sea más que por el placer de haberlas comprado en la féria.

Pero un dia se levantó inspirado el alcalde de Madrid, (esto no lo sé, pero me lo figúro) comunicó su inspiracion al presidente de la Diputacion provincial, se propagó la llama á otras personas inflamables, ansiosas todas de gloria póstuma, y la idea—porque tuvieron una idea—
ó cuerpo en las cabezas concejiles y provin-
es.

e la idea pasaron al proyecto y en fuerza

de profundas meditaciones y largas vigilias dieron cima de manera envidiable á la colosal empresa.

El que primero se sintiera inflamado por el fuego divino, el barro donde á la Providencia le plugo depositar la pura esencia de la idea, el autor del pensamiento, el padre de la criatura, en una palabra, citó á sesion extraordinaria y pronunció (ó debió pronunciar) el siguiente discurso:

«Señores: Madrid... es Madrid, ó lo que es lo mismo, Madrid es una villa heróica: ¡esto no lo negará nadie! *(Sensacion)*. Quiero decir; por lo demás, no obstante... Madrid, capital de la Monarquía (y de la República, en ocasiones), necesita, vamos al decir, algunos quilates más de esplendor. *(Aplausos)*. Señores: Por lo demás, yo siempre me he interesado por este pueblo magnánimo y sufrido. *(¡Bravo!)* Quiero decir, sentadas las anteriores premisas que: solo necesitamos para echar el último remiendo á la felicidad de este pueblo sufrido... *(Redoblada atencion)*. Señores: Aquí lo que hace falta es un hombre de génio, y ya habreis adivinado donde se encuentra, aunque me esté mal el decirlo. *(Señales de asentimiento)*. Señores: Lo que Madrid, lo [illegible] este pueblo sufrido necesita como el con[illegible] despues de poseer como posee un hipódromo [illegible]

solo ha costado la friolera de ONCE MILLONES; lo que necesita, vuelvo á decir, este pueblo sufrido, es... ¿á que no lo adivinan ustedes? Es decir, si lo adivinan, porque lo saben; lo que necesita, *pues*, este pueblo sufrido de Madrid... ¡es UNA FÉRIA! pero una féria magistral, y esa es la que vamos á establecer poniendo manos á la obra despues de esta elevada discusion. He dicho. *(Aplausos y ¡bravos! prolongados).*»

Y de modo tan sencillo quedó acordada la creacion de la féria de Mayo, cuya segunda edicion contempla atónito estos dias el sufrido pueblo de Madrid juntamente con algunos forasteros de Pinto, Valdemoro y Carabanchel de abajo.

Tan bueno era el proyecto de la féria en su primera edicion, que esas sábias corporaciones se han creido en el deber de *hacer* la féria de este año un poquito peor que la del año pasado, consiguiéndolo á maravilla.

El Prado, desde el remate de la calle de Alcalá hasta un poquito más allá de la Carrera de San Jerónimo, es el teatro donde se desarrolla la accion de ese pasillo cómico que hemos convenido en llamar féria.

sitio es bueno; pero ¡qué mal aprovechado!

l lado de la derecha, mirando hácia la p ta de Atocha, entre la vía de carruajes y el

paseo del centro, han sido colocadas, en *correcta formacion*, una série de tiendas desiguales, pequeñas y mal pintadas que vienen á formar el conjunto más abigarrado y deplorable de que puede darse idea, en cuyas tiendas es imposible hallar novedad alguna por la sencilla razon de que no las hay.

Algunas rifas que ya comienzan á *escamar* al sufrido pueblo de Madrid; pequeñas sucursales del bazar de la *Union*, los *Diamantes americanos* y otros establecimientos análogos; abundante surtido de puestos donde se venden objetos *á real la pieza*; alguna microscópica confitería con honores de taberna; las baratijas que se ven en todas las ferias de cualquier capital de tercer órden..... y pare Vd. de contar. Hé ahí los géneros, los productos, las novedades de la feria de Mayo.

Con tales elementos, las transacciones no pueden ménos de ser ridículas. ¡Algo habian de ser!

Por el lado izquierdo, á una respetable distancia de las casillas, se extiende una larga cinta de bombas, cuyas luces son de buen efecto, aunque parece que han sido colocadas con un objeto muy diverso al que se les atribuye, pues por lo distante que se encuentran del verdadero real de la feria, casi pudiera decirse que forman un espectáculo aparte, siendo de sentir la so

dad en que viven demostrando palpablemente lo malito que vá siendo el gas de dia en dia.

Dos cosas hay buenas en la feria: los pabellones de la Diputacion provincial y el Ayuntamiento. Son airosos, elegantes, de buen gusto, en una palabra; pero..... ¿para qué sirven esos pabellones? Pues..... para cosas verdaderamente útiles y trascendentales, cuales son darse *charol* los respetables miembros de las corporaciones citadas celebrando todas las noches reuniones agradabilísimas donde se habla de crisis, y se bailan habaneras.

Acaso por designio providencial—que hay Providencia á pesar de cuanto digan los incrédulos—los pabellones citados se levantan, como rodeándole, junto al teatrillo de madera intitulado de *Bufitos madrileños*, los cuales *bufitos* son una pantomima de muñecos para entretener á la gente menuda, y digo menuda, en el sentido más material que puede darse á la palabra, porque me refiero á los niños, que allí tienen su diversion favorita.

Este teatrillo dá color y tono á la feria y muy singularmente á los pabellones de las corporaciones mencionadas, donde, como llevo dicho se baila mucho y se piensa poco, si bien de esto último tienen la culpa las graciosas polluelas y bellísimas damas que, principal adorno de lu-

gar tan ameno, son capaces de trastornar el juicio al hombre más sesudo, aunque mala comparacion.

Como en Madrid hay tanta gente desocupada y frívola, la feria se vé muy concurrida en las primeras horas de la noche, y aun por las tardes; pero á decir verdad, mal negocio hacen los *feriantes* que, venden poco ó nada. En cambio, y como justa compensacion pagan *un sentido* al Ayuntamiento por el alquiler del sitio y de las casillas.

¡Qué gran país es esta tierra de España!

El empresario de las sillas y los vendedores ambulantes de agua y aguardiente, son las únicas personas que no escapan del todo mal, si se exceptúan los diputados y concejales que se dan tono y bailan en sus magníficos pabellones.

Un acreditado periódico de esta ilustre villa, reconociendo que la féria no vale nada, lamentándose de ello y deseando buscar remedio á este mal incurable, ha escrito entre otras cosas lo siguiente:

«Hay necesidad de organizar espectáculos, entretenimientos, deleites, cultos, diversiones de todas clase que estimulen al forastero y le p metan grato soláz, mientras dure su mansion la villa.

No ya el comercio, todo Madrid debiera i

resarse en ello. El municipio, el claustro universitario, todas las sociedades, todas las corporaciones, el Ateneo, la Institucion libre de enseñanza, la Asociacion de escritores y artistas, la sociedad Económica de Amigos del País y todas las demás colectividades existentes en la capital de España, podrian hacer un llamamiento á las sociedades congéneres ó semejantes de las provincias, invitándolas á que concurrieran á Madrid durante las fiestas para tomar parte en certámenes, discusion de temas y disquisiciones científicas de gran importancia. ¿No seria este un modo oportuno de que se conocieran personalmente las varias eminencias en todos los ramos diseminados por España, y no podria obtener la ciencia ventajosos resultados de esa confraternidad y de ese cambio de ideas que naturalmente se habia de establecer con el trato mútuo de personas dedicadas á un mismo asunto?

En el Ateneo se han dado este año interesantes lecturas poéticas. ¡Cuántos individuos de provincias, al leer en los periódicos la reseña de esas fiestas literarias, no habrán ardido en deseos de oir esas lecturas, de conocer á los poetas de premiar con un aplauso suyo la inspiracion el estro del vate afortunado! ¡Y cuántos otros, poetas á su vez, no habrán ambicionado alas para trasladarse en un momento á Madrid y leer

sus producciones ante el distinguido público que aquí suele asistir á estas solemnidades!

Pues bien; todo esto podria utilizarse igualmente para aumentar el atractivo de las fiestas. Es indudable que nuestros grandes poetas se prestarian á abrillantar con la lectura de sus composiciones los espectáculos que se organizasen con el único fin de obsequiar debidamente á los forasteros de temporada que permanecieran entre nosotros.

¿Y nuestras sociedades musicales? ¡Cuánto no podrian hacer para cooperar á semejante empresa!»

Todo esto está muy bien pensado y mejor dicho; pero *eso* no seria una féria; truncaria por completo el elevado pensamiento de las corporaciones populares y acaso fuera de imposible realizacion.

Las lecturas poéticas, las discusiones científicas, tienen su natural asiento en las academias y ateneos, y no son diversiones apropiadas al gusto dominante en la multitud. Sobre todo es horrible el pensamiento de *poner en féria* á nuestros grandes poetas, á nuestros elocuentes oradores, á nuestros respetables sábios.

Lo que el discreto articulista ha debido propo- ner es que las férias queden abolidas para siem- pre, porque en Madrid, en esta villa heróica, (

pital de la Monarquía (y de la República en ocasiones) no hay elementos para establecerlas con decoro, celebrándose en su lugar grandes exposiciones universales con los recursos extraños que, en casos semejantes, no habian de faltar.

Las férias, en su propio y genuino sentido, no serán nunca un aliciente para llevar forasteros á los grandes centros, ni para aumentar en un punto las transacciones comerciales.

Prueba elocuentísima de lo que digo, son las férias de Madrid, con particularidad la de Mayo, á pesar del discurso de donde ha nacido y de esos airosos y elegantes pabellones, en los cuales han lucido sus personas los más incapaces administradores públicos que han conocido los siglos y las mujeres más hermosas de esta villa ilustre; único adorno de la citada féria que, afortunadamente dura pocos dias.

A prolongarse mucho tiempo, seria cosa de emigrar, aunque parezca exageracion, que no lo es, y con verla basta.

XXVII.

LA PROVIDENCIA. (1)

Á MI DISTINGUIDO AMIGO EL

EMINENTE LITERATO D. JUAN VALERA.

¿Por qué habrá tantas cosas que en la tierra
quitan las ganas de mirar al cielo?
....
....
Pero ¿y Dios?—me preguntas compasiva:
Para él ¿dónde está el Dios sublime y tierno?
—El Dios tierno, hija mia, está allá arriba,
sentado á la derecha del Eterno.
(CAMPOAMOR.—*La Lira rota.*)

I.

Era noche de lluvia y de ventisca:
el frio de Diciembre penetraba

(1) A excitacion de varios amigos del autor que creen ver e[n] [es]ta poesía un cuadro de costumbres más que un poema lírico, l[a in]sertamos al final de este libro creyendo fundadamente que ser[á del] agrado del público, teniendo como tiene la sancion de la crítica de que por primera vez apareció en el *Almanaque de El Glob[o cor]*respondiente al año de 1878.—(Nota del Editor.)

cual agudo puñal hasta los huesos
del que osado á la calle se lanzaba.
Nubarrones espesos
ocultaron la luna y las estrellas,
hiriendo la penumbra del vacío
la fulgurante luz de las centellas.
La lengua de metal del campanario
(jigante que sombrío
corona su cabeza con las nubes),
vibró sonora en el espacio leve
con eco extraordinario,
para decir á la ciudad dormida,
ó acaso en el insomnio sumergida,
que eran las dos. Sobre la blanca nieve
tranquilo se arrastraba más de un coche
conduciendo el placer y la hermosura,
mientra el dolor aleve
y la implacable y fria desventura
vagaban en las sombras de la noche.

II.

Calado hasta los ojos el sombrero
y el embozo subido hasta los ojos
para burlar del frio los enojos;

paso menudo y á la vez ligero,
cruzaba un caballero
las solitarias calles de la villa
ejercitando su feliz memoria
con las mil peripecias de una historia
que, entre grave y sencilla,
pudiera compendiar la historia humana
desde el primer albor de la mañana
hasta la negra noche del sepulcro.
La historia del *amor.* Sublime encanto,
misterioso y divino sentimiento
que llena el corazon y el pensamiento
miéntras dura la bella primavera
y nubes de topacio y de amaranto
velan la realidad.—Dulce quimera
arrebató su mente acalorada
y pensaba á la vez en mil placeres:
en la risa de Aurora, y en el llanto
de Felisa.—Felisa, cuando llora,
á más de conmoverle, le enamora.
¡Deliciosas mujeres!—
En los hermosos ojos de Balbina,
en las frescas mejillas de Dolores,
en los rosados labios de Matilde,
en la frente de Julia,—que es divina
y causa sinsabores
al que ciego le rinde su albedrío;—
en la cita de Inés, en la promesa

de la gentil Teresa,
cuyos dientes son perlas del rocío....
y en otros mil curiosos incidentes
con que de *amor* la historia accidentada
se encuentra tapizada,
en tanto que sus pasos dirigia,
cargado de ilusiones sonrientes,
al lugar de una cita que tenia..

III.

Casi pegada á la maciza puerta
de un templo por los siglos combatido,
medio desnuda, por el frio yerta,
trasunto del dolor, ángel caido,
lanzado del edem por la inhumana
cruel aberracion de la manzana,
vése una pobre niña
de extraña perfeccion; rara hermosura
que el pincel de Murillo
no acertára á copiar en su grandeza;
imágen de dulcísima tristeza
y esquisita ternura;
cuadro inmenso y sublime
que escapa al genio del artista humano

y se mezcla en las sombras del arcano
donde la criatura se redime;
rayo de sol en medio del abismo;
glorioso pedestal del heroismo
ó cimiento del crímen vergonzoso;
reflejo vivo del pesar en calma....
que con acento que penetra el alma
del que acierta á cruzar aquella calle,
pide y espera, del Señor en nombre,
sin que su horrible situacion le asombre
ni el tierno pecho de dolor estalle,
una santa limosna.—La indigencia
abrió sus ojos y meció su cuna,
y ella va recogiendo una por una
las duras penas de su triste herencia.
—Dos lustros contaria, y de su suerte
nunca llegó á quejarse.
Y es que suelen los pobres conformarse
á morar en los ántros de la muerte,
y juzgan la existencia contenida
en las récias batallas de su vida.
¡Pobres desheredados
del goce material de la fortuna!....
por el dolor y el hambre castigados,
al abismo del crímen impulsados
y del vicio nadando en la laguna!....

IV.

Cuando la pobre niña se agitaba
entre el dolor y el hambre,
y con fuerte violencia tiritaba,
y fervorosa á Dios se dirigia
para rogarle que trajese el dia,
observó que pasaba
á muy corta distancia un caballero,
al cual detuvo, y con acento breve,
cortado y lastimero,
«¡Por Dios, üna limosna!»
le dijo.—¿Quién se atreve
á negar un socorro á la miseria,
áun el pecho teniendo de granito,
si la miseria vemos encarnada
en un ángel de célica mirada,
de rostro dulce y á la par marchito?
Paróse el caballero de repente
movido á compasion; un pensamiento
de noble caridad cruzó su mente
que á la idea del bien era propicia
y en él cifraba su mayor delicia:
llevó la diestra mano hácia el bolsillo;
mas al hacer tan leve movimiento,

notó con sentimiento
que el levantado embozo se bajaba
y que traidor el frio le atacaba.
Brevemente pensando sobre el caso,
dedujo la sencilla consecuencia
de que aquella clemencia
pudiera originarle algun fracaso;
y al fin, sobreponiéndose
de la conservacion el propio instinto
á la ciega y fatal filantropía,
á sí mismo venciéndose,
para evitar la aguda pulmonía
que sobre su cabeza,
nueva espada de Dámocles, veia,
se alejó de aquel sitio con presteza,
dejando á la inocente criatura
llena de admiracion y de amargura.
—¿Cómo pensar la mísera cuitada
que un sér bueno y cristiano
la dejara ¡cruel! desconsolada,
por no sacar la mano
del frio á los rigores,
si tormentos mayores
ella sufre y soporta resignada?
¡Qué ignore tal enigma! Si supiera
de aquella decepcion el fundamento,
doblemente sufriera;
y para más tormento,

su tierno corazon, nido de amores,
se nutriera del ódio y los rencores.

V.

Cerca del templo do pasó la escena
que ya queda descrita,
al héroe de este cuento le enajena
y le perturba el gozo;
el corazon ardiente le palpita,
y sin poder calmar sus emociones,
súbito baja el levantado embozo,
saca de su bolsillo unos doblones
y los pone en las manos de una vieja
de continente grave,
que acaba de salir de una calleja
y le entrega una llave,
realizado lo cual, desaparece
perdiéndose en las sombras, de improviso,
como el vano fantasma de un ensueño.
Al contacto del hierro se estremece
el rendido galan; mírase dueño
de la llave del *bello paraiso*,
ve realizado su tenaz empeño,
toca los resultados de su audacia,

y por más que los toca y que los mira,
sin medir de su intento la falacia
piensa que leda su razon delira!....

VI.

Sin duda estaba escrito,
y el mal se realizó. De negras sombras
se cubrió temerosa la conciencia,
velóse el ideal del infinito,
y al ofender la duda á la creencia,
muerta la fe y el entusiasmo muerto,
vino á ser el jardin de la existencia
helado y mudo y eternal desierto.

VII.

En la puerta del templo, abandonada
siguió llorando la infeliz mendiga,
por el frio acosada,
á sus débiles fuerzas entregada.
La vieja, portadora de la llave,

de los remordimientos la fatiga
logra calmar contando su dinero;
y el rendido y apuesto caballero
penetra con sigilo,
semejando en su accion al bandolero
más cruel y malvado,
en el modesto y respetable asilo
de un hombre generoso, bueno, honrado,
á quien dos miserables engañaban
y con su propio cieno le manchaban.

VIII.

Al fin lució la matizada aurora
del dia más risueño.
El mundo no repara en el que llora....
Sin duda el padecer es muy pequeño.
—El sol tendió sus rayos sobre el muro
de la vetusta iglesia,
y en sueño dulce y apacible y puro,
sueño dichoso que el pesar mitiga,
cayó gimiendo la infeliz mendiga.

IX.

La máquina del mundo, portentosa,
siguió sobre sus ejes de diamante
rodando silenciosa,
del tiempo aleve por la oscura fosa,
hácia la eternidad—siempre distante
de la febril aspiracion humana
que impotente se agita en el vacío
como arista liviana
juguete dócil de huracan bravío;
mientras la sábia y justa Providencia
con su mision cumplia,
y al triste desvalido protegia....
velando sin cesar por la inocencia.

FIN.

ÍNDICE.

Págs.

Prólogo.. v
Introduccion. xxi
I.—Los vividores de café. 1
II.—Los vividores ambulantes. 14
III.—Los levanta muertos. 23
IV.—Los pancistas.. 32
V.—Los perdona-vidas. 40
VI.—Los intrusos. 49
VII.—Los pobres de levita. 57
VIII.—Los maldicientes. 66
IX.—Los publicistas de doublé. 73
X.—Los bufos. 84
XI.—Los siete-mesinos. 96
XII.—Los patriotas inocentes. 104
XIII.—Los calaveras de buen tono.. . . . 114

XIV.—Los críticos al por menor. 125
XV.—El padre de familia. 135
XVI.—Los maridos. 146
XVII.—Los hombres superiores. 158
XVIII.—Cardona.. 164
XIX.—El patron araña. 170
XX.—La pobre vergonzante.. 176
XXI.—Las mujeres comunicativas. 191
XXII.—Las románticas. 201
XXIII.—Las mujeres políticas. 210
XXIV.—De la teoría á la práctica. 221
XXV.—La mujer. 240
XXVI.—El carnaval. 249
XXVII.—La calle de Sevilla. 258
XXVIII.—Las ferias de Madrid. 269
XXIX.—La providencia. 282

Teoría de lo infinito, por Guillermo Tiberghien, traducida por D. G. de Lizárraga, 8 y 10 rs.

Teoría de la propiedad, por Proudhon, un tomo, 8 y 10 rs.

Descentralizacion universal, por Arresse, un t. 8 rs.

Curso de Psicología, por Ahrens. 2 tomos, 24 y 28 rs.

La enseñanza obligatoria, por Tiberghien, traduccion de D. Hermenegildo Giner, un tomo 8 y 10 rs.

Recuerdos de Filipinas: cosas, casos y usos de aquellas islas; vistos y oidos y contados, por Francisco Cañamaque, un tomo en 8.° 10 rs.

Miscelánea histórica, política y literaria, por don Francisco Cañamaque, un tomo en 4.°, 10 y 12 rs.

El Derecho moderno, por F. Cañamaque, un t. 4 rs.

Un año en París, por Castelar, un tomo en 4.°, 24 y 28 rs.

El nacimiento de un pueblo, por Pelletan, un tomo en 8.° 10 rs.

Las Mujeres de la revolucion, por Michelet, un tomo en 8.° 10 rs.

Lecciones de Pedagogia, por J. M. Gerando, un tomo, 10 y 12 rs.

BIBLIOTECA DE AMBOS MUNDOS.

Mr. Kinglin ó el pacto con el demonio, por Pigault Lebrun, un tomo, 4. rs.

Dos pillos (memoria de una duquesa), por Ortega y Frias, un tomo, 4 rs.

Un año entre los salvajes (viajes y aventuras del doctor Smith), un tomo, 4 rs.

El Padre Ginés (memorias del tiempo de Felipe II), por Ortega y Frias, un tomo, 4 rs.

Los hijos del desierto (recuerdos de un viaje por la América del Norte), por Hernandez y Fernandez, un tomo, 4 rs.

Las hijas de Elena, por Ortega y Frias, un tomo, 4 rs.

La Piel de Zapa, por Balzac, 2 tomos, 8 rs.

El Lirio en el Valle, por Balzac, 2 tomos, 8 rs.

El corazon de un padre, por Balzac, un tomo, 4 rs.

Los pedidos se dirigirán á la librería de Ju: Rodriguez, calle del Olivo, 6 y 8, Madrid.